

ATTENEA

1933

102



















Año X

Tomo XXV

Núm. 102

# Atenea

008 (83) (05)

## Revista Mensual de Ciencias, Letras y Artes

PUBLICADA  
POR LA UNIVERSIDAD DE CONCEPCION (CHILE)

### SUMARIO

1 ABR. 1933

Moisés Poblete Troncoso. *La organización social del Imperio Incaico.*

Aldous Huxley. *¿Quién era D. H. Lawrence?*

Juvencio Valle. *Margarita Petunia—Raíz de sueño.*

Fernando Santiván. *La avanzada.*

Carlos Keller R. *Conversaciones en el desierto.*

### HOMBRES, IDEAS Y HECHOS

Mariano Latorre. *El gavián.*

Carlos Deambrosis-Martins. *Ugarte en la conciencia de América.*

Luis D. Cruz Ocampo. *El fracaso de la democracia.*

Juan Marshall. *Régimen de la propiedad rural.*

NOTAS Y DOCUMENTOS—LOS LIBROS—GLOSARIO  
—LIBROS RECIBIDOS



Precio: \$ 2.50

Octubre de 1933



# ATENEAE

REVISTA MENSUAL DE CIENCIAS, LETRAS Y ARTES

Publicada por la Universidad de Concepción

COMISION DIRECTORA:

Enrique Molina.—Luis D. Cruz Ocampo

Félix Armando Núñez (Secretario)

Representante de la Dirección en Santiago

Señor Domingo Melfi

ATENEAE inició su publicación en 1924 y la ha continuado hasta la fecha con absoluta regularidad. En los diez números que ha editado anualmente hasta 1930 inclusive y en los doce números que editará desde el año en curso, trata de dar una visión completa y siempre actual de las actividades espirituales chilenas y americanas en primer lugar y luego de las de otros países del mundo.

ATENEAE no publica sino los trabajos que solicita especialmente a sus autores y no mantiene correspondencia alguna sobre los originales que se le remiten. La Dirección de la Revista no se hace solidaria de las opiniones que expresen los autores de trabajos publicados en estas páginas y que lleven firma responsable.

## PRECIOS DE LAS SUSCRIPCIONES:

Un año..... \$ 30.00

Un semestre..... 16.00

En las provincias de Chile y en Bolivia, recargo de \$ 2.00 anuales para franqueo.

Suscripción a los países extranjeros excepto Bolivia sólo anual: 4 dólares, o su equivalente según el país.

Número suelto..... \$ 2.50

Para la atención de todos los asuntos relacionados con la redacción de la Revista ATENEAE, dirigirse a su oficina en Santiago, ubicada en el edificio de la Mutual de la Armada y Ejército, cuarto piso, oficina N.º 22, o a la Secretaría de la Revista Atenea, Concepción.

Agente general para suscripciones y ventas

LIBRERIA SALVAT

Santiago — Agustinas 1043 -- Casilla 2326

Agente en Concepción para suscripciones—Librería del  
S. Rafael Merino H.



Pedidos 69-63

# HISPANIA

A JOURNAL DEVOTED  
TO THE INTERESTS  
OF TEACHERS OF SPA-  
NISH, AND PUBLI-  
SHED BY THE AMERI-  
CAN ASSOCIATION  
OF TEACHERS OF  
SPANISH

Apartment 333

STANFORD UNIVERSITY,  
CALIFORNIA

# CONTEMPORANEOS

Revista Mexicana  
de Cultura

Alfredo A. Bianchi ★ ★

EDITORES:

Bernardo G. Gastelum,  
Jaime Torres Bodet,  
B. Ortiz de Montellano,  
E. González Rojo.

APARTADO POSTAL 1811  
MEXICO, D. F.

# MERCURIO PERUANO

Revista mensual  
de Ciencias Sociales y  
Letras,  
fundada en 1918.

Director Fundador:

Víctor Andrés Belaunde

APARTADO N.º 176

Lima - Perú

# LEONARDO

Rassegna Bibliografica

diretta da

Federico Gentile

Direzione ed Amministrazione:

Via Palermo, 10-12

Milano (III)



# NOSOTROS

Revista mensual  
de letras, artes, historia,  
filosofía y ciencias sociales

**DIRECTORES:**

Alfredo A. Bianchi

Roberto F. Giusti

**SECRETARIO:**

Emilio Suárez Calimano

Lavalle, 1430 - Buenos Aires

República Argentina

# REPERTORIO AMERICANO

**Semanario de cultura hispánica**

**Director:**

**JOAQUIN GARCIA MONGE**

**Apartado 533**

**SAN JOSE DE COSTA RICA**

**Centro América**

# LA VIDA LITERARIA

Periódico Independiente

**CRITICA**

**INFORMACION**

**BIBLIOGRAFIA.**

**Director:**

**ENRIQUE ESPINOZA**

**RIVERA INDARTE 1030**

**Buenos Aires**

# REVISTA INTERNACIONAL DEL CINEMA EDUCATIVO

**ORGANO DEL I. I. C. E.  
SOCIEDAD DE LAS NACIONES**

Publicación destinada a informar sobre la aplicación del Cine a la educación en cada una de sus ramas (universitaria, primaria, secundaria, agrícola), así a la científica como a la popular, y a la higiene social. Se publica en cinco ediciones: inglesa, francesa, italiana, española y alemana.

**Director: Doctor Luciano de Feo**

**Dirección: Villa Torlonia-ROMA**

Suscripción por un año a la edición española: dólares 4; pesos chileno, 32.



# Atenea

REVISTA MENSUAL DE CIENCIAS, LETRAS Y  
ARTES. PUBLICADA POR LA  
UNIVERSIDAD DE CONCEPCION.

Año X

Octubre de 1933

Núm. 102

Moisés Poblete Troncoso

## LA ORGANIZACION SOCIAL DEL IMPERIO INCAICO

**L**A historia de la humanidad está hecha de múltiples tentativas para llegar a organizar un estado social que realice las aspiraciones de felicidad humana que se han ido sucediendo y transformando a través de los siglos.

Los distintos regímenes establecidos en el mundo antiguo y los que se implantaron más tarde en el mundo moderno han sido objeto de estudios detenidos de publicaciones numerosas. Pero muy poco o casi nada se conocía, hasta época reciente, sobre la organización social y política de algunos grandes imperios que existieron en América antes de la colonización española. Los investigadores han quedado sorprendidos de encontrar en nuestro continente, Imperios poderosos, organizados bajo un régimen que obedecía a ideas avanzadas en el terreno social: los Incas en el Perú y los Aztecas en México.

Desde muchos siglos antes de la conquista española el Perú constituía un vasto Imperio bajo la autoridad del Emperador: el Inca, que se ejercía mediante una admirable organización política y social.

El año 1021, el Inca Manco Capac sometió el Cuzco y lo hizo capital del Imperio. El V.º Inca, Capac Yupanqui, hizo la guerra a las importantes tribus quechuas, pero solamente bajo el Inca Vira Cocha se realizó la conquista total del Perú y sus sucesores extendieron los dominios del Imperio hasta Quito en el Ecuador, por el Norte, y hasta Chile, por el Sur.

El Imperio Incaico alcanzó todo su apogeo y su organización definitiva en el año 1525. Es en el año 1532 cuando el capitán español Pizarro desembarcó en el Perú y sometió a sus habitan-



tes a la dominación española, desde ese momento el Imperio Incaico desaparece y su organización se transforma.

El Imperio Incaico se encontraba organizado bajo el poder protector y divino de los Incas. El Inca que ejercía una autoridad sin contrapeso, era considerado como el descendiente directo del Sol; dirigía todos los negocios administrativos del Imperio y al mismo tiempo era el Jefe Supremo del ejército y el más alto pontífice de la religión; dictaba las leyes, fijaba los impuestos, designaba los representantes de la autoridad imperial en las distintas provincias: *los curacas* o virreyes, que eran removidos a su voluntad; igualmente nombraba a los jueces.

Los incas habían dado al Imperio una organización social digna de admiración.

La población del Imperio estaba dividida en comunidades que principiaban por la unidad de 10 individuos y que constituían un decurión dirigidos por un jefe; 5 decuriones formaban una unidad que estaba a su vez bajo el control de un jefe; dos de estas entidades formaban un centurión dirigido por un jefe; 5 centuriones eran gobernados por un jefe de más alta graduación; dos de estos grupos de 500 individuos se encontraban a su vez sometidos a un gobernador y la reunión de 10 de estas unidades de 1,000 personas constituía la unidad superior del Imperio que estaba bajo las órdenes de un *curaca* o virrey.

La reunión de los dominios de los diversos curacas constituían el Imperio bajo el poder soberano del Inca.

Los curacas tenían atribuciones para dictar leyes especialmente obligatorias en su respectiva sección, fijaban los tributos e impuestos que deben pagarse al Inca; determinaban la organización de la familia, distribuían las actividades de la comunidad y hacían cumplir todas las leyes y ordenanzas de los Incas. Los curacas no constituían una clase hereditaria del poder y el nombramiento de ellos dependía directamente del emperador. Los hijos de los virreyes iban a residir por cierto tiempo en la Corte imperial.

Debían los curacas ir anualmente a la capital, El Cuzco, para asistir a las grandes fiestas anuales y entregar al emperador las contribuciones que habían reunido en sus provincias.

En cada ciudad había un juez que administraba justicia entre todos los habitantes y cuyas resoluciones, en caso de que se estimaran injustas, podían ser revisadas por el juez superior de la ciudad más importante de la provincia. En las ciudades había además un gobernador para velar por el orden y los intereses comunes.

El conjunto de los virreyes o curacas constituía el *Consejo*



*de Estado* que recibía las órdenes del Inca, que eran transmitidas a las distintas secciones por el Jefe, según su rango. El emperador nombraba con frecuencia inspectores secretos que recorrían el reino para vigilar el cumplimiento de sus disposiciones.

La división matemática de la población del imperio, constituido en agrupaciones, facilitaban la perfecta organización del trabajo, el cumplimiento y sanción de las leyes, la vigilancia de la autoridad, el control estadístico de la vida social y económica y la transmisión de las indicaciones y mandatos emanados de la autoridad del Inca. Además—según dice Spencer—hacía más seguro y sencillo el conocimiento individual de los súbditos y la apreciación de sus actividades y finalmente contribuía a una más acertada repartición de las labores y por lo tanto al perfeccionamiento general de éstas. Un concepto avanzado en materia de distribución del trabajo, regía el conjunto de las actividades económicas.

*Organización del Trabajo.*—Durante el período Incaico el concepto del trabajo fundamentó la vida nacional. El Imperio reposaba, política, social y económicamente sobre la sólida base del *esfuerzo colectivo en beneficio del bienestar común*.

La perfecta organización y precisión de las labores, la igualdad de los habitantes en las obligaciones que el monarca y la religión les imponía, la absoluta justicia y regularidad con que se llenaban las funciones del trabajo y con que éste producía sus frutos para la satisfacción de las necesidades de la vida de la comunidad, formaron esa constitución armónica de una sociedad, que estando materialmente avanzada—con relación a sus naturales capacidades y medios—lo estaba mucho más políticamente, adelantándose siglos a modernas concepciones de la solidaridad humana, cuyo germen parece latir aún en aquel remoto Imperio de los Incas.

En efecto, del examen de la organización de la vida política y social de la época incaica, aparece netamente la existencia de un Imperio que los más grandes historiadores que se han ocupado de él, consideran—desde el punto de vista social—como de un socialismo perfecto.

Hemos visto cual era la división política establecida para asegurar una mejor armonía y un mayor rendimiento de la capacidad productora de la población, la que se encontraba dividida en grandes núcleos para las distintas labores nacionales. Así, mientras la gran mayoría de la población se entregaba al *cultivo de la tierra*, grupos menos numerosos, pero de mayor capacidad, eran encargados de la *explotación de las minas*; otros



eran destinados a la fabricación de *tejidos para las necesidades públicas*; otros a las labores industriales primitivas que existían en la época; grupos perfectamente disciplinados—como los anteriores—a los servicios de transporte, otros especializados en relación con las tareas, al *servicio de correos* y otros más pequeños a otras funciones públicas.

La orden más importante dictada por los Incas establecía que los indios debían estar siempre *dispuestos al trabajo*. La eficacia de este concepto se encuentra en las enormes obras realizadas durante el Imperio: caminos, templos, canales, edificios, etc. Era necesario—establecían las leyes—sacar al indio de la ociosidad.

Una ley llamada *casera* establecía, a este respecto, dos principios: el primero era que *nadie podía permanecer ocioso*; aun los niños de cinco años eran ocupados en trabajos compatibles con su edad. Igualmente los ciegos y los cojos, estaban afectos a ciertos trabajos livianos. El resto de los individuos que fuera sano, era ocupado cada uno en un trabajo determinado, como hemos visto. Era el acto más degradante para ellos el ser *castigados públicamente por pereza* como ocurría a veces.

La misma ley establecía que los indios debían comer con las puertas abiertas y los inspectores tenían derecho de entrar libremente en sus casas para visitarlos y comprobar la aplicación de la orden. Con igual propósito los inspectores denominados «*Lacta camaya*» podían, además, visitar los templos y los edificios públicos. Estos funcionarios o sus delegados inspeccionaban minuciosamente las casas para ver si el hombre tanto como la mujer, tenían el *hogar en orden y limpio* y si existía el debido estado de disciplina entre los hijos. Además, debían comprobar si cada casa tenía las cosas suficientemente limpias y en orden, como los tejidos, ropas, utensilios y otros efectos. Aquellos que tenían todo ordenado recibían el premio de una *recomendación o alabanza en público*, mientras que el desordenado era azotado en los brazos y en las piernas o bien recibía otros castigos determinados en las leyes.

Ellos llamaban «derecho consuetudinario» el que obligaba a los indios (excepto los ancianos, los enfermos y los niños), a trabajar en *empresas públicas* (obras públicas de la comunidad), tal como en la construcción de edificios públicos, de los templos y palacios, cultivar los campos del Inca o de los curacas, hacer puentes, reparar los caminos, hacer canales, y otras labores semejantes.

Existía en vigencia una ley llamada *mita-chanacuy* que or-



denaba que para realizar los trabajos públicos debía establecer un turno regular para cada aldea, familia o individuos.

Era llamada «ley fraternal» aquella que obligaba a los habitantes de cada ciudad o aldea a ayudar gratuitamente a las cosechas, construcción de casas y trabajos semejantes.

Los mineros estaban obligados a trabajar *dos meses al año, y no más*, y se entendía con este tiempo cumplida la obligación de pagar, en trabajo, un tributo al Inca.

Cada uno tenía un oficio que se sucedía de padre a hijo.

Es admirable comprobar que una de las preocupaciones del Inca era la de *dignificar el trabajo*. Los historiadores cuentan como se realizaban algunas labores en medio de alborozo general, entre cantos y danzas. El Inca mismo dignificaba el trabajo inaugurándolo cada año con una ceremonia magnífica.

Contribuía, por otra parte, a hacer llevadera la situación de los indios la constitución religiosa de la Sociedad, que basaba su régimen en mandatos divinos.

La división del trabajo constituía la principal característica del régimen social incaico. Para las obras públicas que importaban un nuevo tributo, los diversos clanes mandaban contingentes de hombres preparados que abrían los caminos, levantaban los edificios y los templos y realizaban funciones de utilidad general. Así se hicieron esos monumentos grandiosos cuyas ruinas constituyen la admiración de los viajeros y que se pueden ver especialmente en las regiones del Cuzco, capital del antiguo Imperio, donde el templo del sol recuerda una magnificencia que los siglos no han podido borrar.

En resumen, puede decirse que el régimen social establecido en la época incaica estaba plasmado sobre un socialismo en que predominaba un admirable concepto de solidaridad y que en la organización del trabajo se tenían en cuenta las aptitudes individuales.

*División del Trabajo.*—Las mujeres de la sierra transportaban pesos como el hombre; en el hogar preparaban los alimentos y traían desde los bosques la leña necesaria. Hombres y mujeres hacían los tejidos de lana y de algodón, como asimismo los zapatos que les eran necesarios.

No existía entre los indios ni sastre, ni zapatero especializados; en algunas tribus los tejidos los hacían las mujeres y el calzado los hombres de cada familia, según sus propias necesidades. Había, además, mujeres especializadas para hacer tejidos finos para los jefes. En algunas provincias situadas a gran distancia del Cuzco, que no estaba del todo sometida y adminis-



trada por el Inca, las mujeres iban a trabajar en el campo y el hombre se quedaba en el hogar para coser y tejer. Las mujeres eran grandes trabajadoras, cuidaban los animales, hacían las cosechas

En general no había comerciantes, ya que cada uno era sastre, zapatero, y tejedor. En otras ocupaciones que no estaban en relación con lo que cada uno necesita ordinariamente, había artesanos especialistas; plateros, pintores, alfareros, constructores de barcos, tejeros, albañiles y constructores de edificios que eran utilizados por los Incas y la nobleza.

Los Incas y los Curacas tenían a su servicio hombres instruidos, expertos en todas esas artes y trabajos escogidos entre los que se habían hecho acreedores a esta distinción. Había ciertas profesiones y empleos que tenían *maestros* como son los que trabajaban en oro, plata, cobre, etc., los carpinteros, albañiles, talladores de piedras y otros.

Los incaicos eran maestros en el arte de labrar o cultivar la tierra, cazar, pescar en los ríos y en el mar, en trabajos de madera para los palacios reales y edificios públicos y en forjar metales. En la fortaleza de Tumbes había un gran número de plateros que se ocupaban únicamente de hacer vasos de oro y plata, y otros ornamentos necesarios para el arreglo de los templos y para el uso del Inca mismo. Hacían también platos de estos metales para adornar los templos y palacios. Las mujeres que estaban al servicio del templo se dedicaban solamente a tejer y coser paños finos de lana que se usaban en las grandes ceremonias.

Los historiadores cuentan que un general incaico Chalcuchima, tenía a su servicio, mayordomos y camareros que debían dedicarse a procurarle lo necesario, y varios carpinteros que trabajan en el arreglo y mantenimiento de su palacio.

Los tejidos finos y los zapatos eran generalmente hechos en provincias donde los indios eran más expertos en estos trabajos y donde las materias eran más abundantes. (Eran contruidos con tejidos de hoja del árbol *maguey*).

Las armas igualmente eran hechas por la misma razón en provincia; algunas clases hacían los arcos, las flechas, lanzas, etc., otras tribus hacían los escudos, otras las hondas, en otras las argollas de las armas, etc.

El personal ocupado en el servicio del palacio del Inca, se componía de limpiadores, acarreadores de agua, leñadores, cocineros, porteros, lacayos, guardas de tesorería, guardianes, jardineros, cazadores y muchos otros sirvientes semejantes en todas las casas reales. Al efecto cada tribu y aldea debía propor-



cionar un número determinado de especialistas en aquellos oficios, para que fueran a servir al Inca. Estos servidores eran cambiados periódicamente y se consideraba esto como una especie de tributo obligatorio que debía pagarse por las diferentes clanes al monarca.

Dos provincias fueron elegidas para que proporcionaran los hombres necesarios para transportar al rey en su palanquín o litera que era de oro, cuando salía en público o hacía viajes.

Cada provincia elegía lo que era más de su especialidad para enviar al Inca, la de Chichas enviaba maderas y plantas aromáticas, otras enviaban danzarinas, etc., los indios de Caxamarca, según dice Spencer, fabricaban tan buenos tapices como los hechos en Flandes y tan finamente tejidos que parecían de seda, aunque eran solamente de lana. Muchos de estos tapices de 600 y más años, pueden admirarse en el museo Incaico de Lima que donara al Gobierno don Rafael Larco Herrera, museo dirigido por el sabio Tello quien me proporcionó interesantes datos sobre la civilización incaica en mi visita al Perú en 1930.

*Régimen de la propiedad.*—Donde la estructura social del Imperio Incaico adquiere toda su significación, es en la organización del régimen agrario que era de un colectivismo perfecto. Este régimen precedió aún a la sólida organización política del Imperio, si bien es cierto fué posterior al estado social en que agrupaciones humanas errabundas se adueñaban de la tierra. Las hordas ya sedentarias, fueron las que iniciaron las labores de los campos y ya en esta época las tierras eran repartidas *conforme a las necesidades de los que componían el grupo social*. La duración de la posesión de las tierras estaba basada en las necesidades de la población y generalmente *duraba un año*. No obstante el reparto periódico de ellas, el dominio imanente pertenecía al Clan y no se dividía por sucesión de la familia. El lote de tierra llegó así a conservarse *pro indiviso*, aunque la familia se dividiese y tenía como nombre *sayaña*. Este régimen de la propiedad común se mantuvo durante muchos siglos, aun después de la conquista, en el altiplano de Bolivia que perteneció al Imperio Incaico. Las noticias que abarcan hasta el período Incaico inclusive, consignan tal estado social no como una creación política del Imperio—que la concibió y la mantuvo hasta la colonización española—sino como una realidad natural subsistente en la época de los emperadores *quechuas*. Es interesante comprobar que los repartos periódicos de las tierras constituían una costumbre desde los tiempos más remotos. La subsistencia de esta práctica fué modificada y perfeccionada en



los moldes de la organización imperial, de la política de los *quechuas* que era más coordinada y más fuerte.

El reparto anual de las tierras se hacía entre los jefes de familia.

Las tierras del Imperio se dividían en grandes extensiones, la primera pertenecía al Sol, supremo regidor de cuanto existía; se cultivaba antes de todas y sus productos se dedicaban a las necesidades del culto y al sostenimiento de la clase sacerdotal; otro grupo de tierras eran cultivadas en beneficio de los ancianos, de los inválidos, de los enfermos, de las viudas, cuya situación les impedía trabajarlas por sí mismos. Un tercer grupo era repartido entre los jefes de familia para que los cultivara en su beneficio y finalmente una extensión especial era reservada a las necesidades del monarca y de los funcionarios imperiales. Este grupo era lo que constituía las tierras del Estado.

El cultivo de todas estas divisiones del suelo, era realizado por *toda la comunidad*, dentro de un concepto elevado de solidaridad social.

Los fundamentos ideales de este sistema se encuentran en la ficción de considerar el dominio eminente de ellas como perteneciente al imperio cuya soberanía representada por la autoridad del Inca, confería a este la facultad de conceder el usufructo de las tierras a sus súbditos.

Según la teoginia indígena Incaica, las tierras pertenecían en su origen, a la divinidad creadora y estaban destinadas a beneficiar a los hombres proporcionándoles sus frutos. El Inca, hijo predilecto y representante de la divinidad, era por consiguiente el encargado de realizar con el ejercicio de su autoridad soberana, los designios divinos. Esa autoridad imperial, fuente de derechos y de prerrogativas fué la que se sustituyó con el censo de los súbditos y aun también por la fuerza, a lo que podría denominarse, si se aplicara una frase moderna «la soberanía nacional» y en consecuencia la que manteniendo sus fueros inminentes inviolables, llegó a conceder el equitativo y necesario usufructo de las tierras incaicas.

Hemos visto como se destinaban, en primer lugar, tierras para el fomento del culto divino, correspondiendo precisamente esto, tanto a la facultad de la investidura del hijo del Sol, fiel a las creencias religiosas del pueblo, como a los intereses de la teocracia imperante. Es por esta causa que el pueblo del Imperio Incaico religiosamente sentía la necesidad y la obligación de cultivar y conservar ese patrimonio de acuerdo con los principios divinos. El Estado, es decir el Inca, por otra parte, reservaba



las tierras que debían sostener los gastos de la administración imperial y los de sus servidores.

En cuanto al reparto de las tierras del pueblo, es interesante anotar en que forma se realizaba. El Padre Acosta, importante historiador de la época incaica, decía a este respecto «estas tierras de comunidad se repartían cada año y a cada uno se le señalaba el pedazo que había menester para sustentar su persona y la de su mujer y sus hijos y así era unos años más como otros menos, según era la familia, para lo cual había sus medidas determinadas» (1). Se refiere este historiador al «tupú» medida equivalente a 3,500 m<sup>2</sup>. que correspondían al Jefe de familia, acrecentándose con un «tupú» más por cada hijo y medio «tupú» por cada hija. Llegados a la mayor edad los hijos casados o solteros, cultivaban sus lotes desvinculándose del lote del padre. Solamente las hijas casadas cesaban en sus derechos sobre sus «tupú» adquiriendo en cambio coparticipación en el lote del marido. Estas distribuciones de tierras se respetaron a través de los siglos y se incorporaron férreamente en las costumbres y fueron implantadas por los Incas en todos los pueblos que conquistaron y que sometieron a sus dominios, especialmente en las regiones bolivianas y del norte de Chile y como veremos más adelante subsisten todavía en toda su fuerza en alguna tribu de Bolivia.

La continuación no interrumpida de la posesión de parcelas, debido a la redistribución anual que permitía esta conservación conforme a las necesidades de la agricultura y de la comunidad, estableció la confirmación frecuente de los derechos de los mismos usufructuarios, conservándose de este modo un orden social, que llegó a constituir con el tiempo una nueva etapa en la evolución de la propiedad territorial; la constitución de la propiedad familiar.

Es de notar que los repartos de estas tierras como los beneficios consiguientes, requerían de parte de los usufructuarios dos condiciones fundamentales: el ser nativo y residente en la aldehuela comunal y el *cultivo obligatorio del lote concedido*.

Es curioso recordar que en la época incaica existía una especie de axioma sobre la obligación de trabajar las tierras para poder poseerlas y que el historiador mencionado resume así: «el que no trabaja no es parte al coger». Este mismo principio es el que se empleara en la legislación agraria mejicana que se basa a su vez en la antigua legislación española que estableció el *egido comunal* y la *obligación de los egidatarios de trabajar las*

---

(1) Historia natural y moral de los indios.



*tierras so pena de perder su posesión*, y es el mismo principio que se ha consultado en la avanzada ley agraria española de septiembre 1932.

Las tierras destinadas a mantener el culto, así como las del Inca y de la nobleza, que constituía la clase administradora, la de las viudas, ancianos inválidos, enfermos, huérfanos y guerreros, eran cultivadas obligatoriamente por el pueblo. En los casos de incapacidad para el cultivo por falta de ayudantes, se realizaban los trabajos agrícolas mediante la organización de un sistema llamado *Minka* que consistía en la cooperación y auxilio recíproco que obligaba al usufructuario de la parcela, que era trabajada—en caso de imposibilidad suya—por otras personas o con la ayuda de otras personas, a sustentar con los productos de sus cosechas y con sus economías a sus auxiliares en el trabajo. Era en el fondo un embrión de cooperativa de producción agrícola.

Con el tiempo se acentuaron los caracteres de la propiedad familiar. A la muerte del Jefe de la familia llegó a conservarse el dominio de la tierra adjudicada y se subdividía ésta en lotes, en número correspondiente a los descendientes. Puede considerarse que éste es el principio de la formación de la propiedad privada en el Imperio Incaico y marca la evolución de la propiedad colectiva hacia la propiedad individual.

Este proceso se inicia con la formación de clases sociales privilegiadas que llegan a propagarse en el sector de las comunidades. Esta fase de la abolición de la propiedad territorial, se aceleró con la conquista y colonización española.

La nobleza y los «curacas» se hallaban sometidos y vinculados a la autoridad omnipotente del Inca, por manera que amparando la tradición cortesana en el Gobierno, sin el control que podían ejercer las castas de nobles independientes y fuertes, el feudalismo de los curacas asentado en las bases de un régimen de propiedad familiar, no era lo suficientemente fuerte para determinar la formación y desarrollo de la propiedad individual. Sin embargo, debido a condiciones geográficas o a otros factores sociales, se produjo una desigual evolución agraria; los Indios Caracas del Norte del Perú, Caras y los Cañaris, progresaron en este sentido mucho más que los Indios de la región del Sur, los Chancas y Pocras.

Es un hecho que a la organización patriarcal de la familia y a la división del trabajo concreta y específicamente acentuada por las necesidades del cambio de productos agrícolas y por exigencias administrativas, se debió el tránsito de la propiedad colectiva a la propiedad individual, En el Perú el Jefe de la



familia, como el pater-familia romano, concentraba en su persona poderes absolutos que realizándose con su derecho a la tierra modificaron su mentalidad de precario poseedor temporal de una parcela, en permanente señor y usufructuario de la misma.

Por otra parte, las variaciones del sistema socialista agrario, fueron determinadas por los efectos políticos de las conquistas. Sabido es que el Imperio Incaico «Tahuantisuyo» fué el resultado de grandes conquistas con pacíficas anexiones y también con guerras de exterminio. El crecimiento del imperio involucró una tendencia hacia la uniformidad en el orden social. Es así como los caciques de las regiones conquistadas usufructuaban las tierras que les concedía como privilegio el Inca, de modo distinto y conforme a creencias distintas a la de los comuneros que constituyen el bajo pueblo. La posesión de estos campos extensos pertenecientes a los caciques involucraba derechos feudales, como el cultivo obligatorio por el pueblo, es así como llegó a existir una superposición de clases e intereses al respecto: *comunidad agraria en el llano, individualismo caciquil en las clases altas de la sociedad.*

El sometimiento de los pueblos vencidos por los Incas llevaba consigo el despojo y el reparto del botín de guerra: así la servidumbre agraria se inició como consecuencia de la subordinación política. Si la conquista se producía violentamente, el exterminio de los vencidos repercutía en el régimen de la propiedad territorial. Las necesidades de la pacificación y de la subsistencia del nuevo orden establecido, eran satisfechas con el traslado de colonos quechuas para cuya subsistencia era menester distribuir las tierras confiscadas a los caciques y pueblos rebeldes.

El momento de la conquista española, la propiedad individual, sólo estaba en su germen y si existía era más bien en los territorios conquistados por los Incas

Una investigación interesante realizada en el altiplano boliviano por el Director del Instituto de Etnología de la Universidad Nacional de Tucumán en 1930, permitió descubrir en el altiplano boliviano la existencia de un pueblo el de los «chipayos» que tienen absolutamente la antigua organización y división sociológica del Imperio Incaico, que se conserva en toda su pureza que, por lo demás, conviene recordar, persiste todavía entre los Aymarás (Ecuador). La tribu de los chipayos está constituida por dos clanes y un subclán. Cada clan tiene sus tierras comunales que se reparten en la época incaica cada año.



Los pastoreos son comunes a todos los miembros del clan y cada clan tiene su jefe.

Los Incas supieron aprovechar casi toda la tierra de su Imperio merced al trabajo en común, lograron irrigar enormes extensiones de terreno por el sistema de canales, cuyos vestigios se conservan en los departamentos de Piura, Ica, Lima, Arequipa y sobre todo en la provincia de Tumbes, en donde se calcula que irrigaron alrededor de 135,000 hectáreas. Los incas enseñaron también a las tribus establecidas en esta región a utilizar los terrenos pedregosos de las faldas de los cerros y a habilitar para la siembra las laderas de las montañas que las lluvias arrasan anualmente. Es así como hasta hoy día algunas comunidades separan las piedras de la tierra vegetal y defienden a ésta de los deslizamientos causados por la lluvia, por un sistema de escalones, como se puede ver en algunas regiones de Suiza (Vevey) y en muchas regiones de Italia, principalmente en Lombardía y Toscana.

Una práctica interesante en el régimen incaico y del más puro socialismo se encuentra en el hecho de que a los recién casados la comunidad entera les construía la casa que debían habitar y se les hacía donación de ella.

En la resolución de los grandes problemas que afectaban a la comunidad intervenía una asamblea compuesta de todos los miembros, con exclusión de los niños y de los jóvenes, formando así un cuerpo deliberante, resolutivo y consultivo en que se afirmaban la soberanía de la tribu y cuyo mandato y decisiones se encomendaban a las personas que la asamblea nombraba a fin de que pudieran ejecutarse.

Todos los testimonios históricos coinciden en la aserción de que el pueblo incaico, laborioso, disciplinado y sencillo, vivía en bienestar material. Las subsistencias abundaban, la población crecía, a tal extremo que había alcanzado a 10.000,000 de habitantes a la época de la llegada de los colonizadores; hoy esta población está reducida alrededor de 1.500,000. El dato demográfico es, a este respecto, el más decisivo.

El Imperio Incaico ignoró radicalmente el problema de Malthus. La organización socialista implantada por los Incas había, hasta cierto punto, enervado el impulso individual, pero había desarrollado extraordinariamente en ellos, en provecho de este régimen económico, el hábito de una humilde y religiosa obediencia a su deber social. Los Incas sacaban toda la utilidad posible de esta virtud de su pueblo, valorizaban el vasto territorio construyendo caminos, canales y lo extendían sometiendo a su autoridad tribus vecinas. El trabajo colectivo,



el esfuerzo común, se empleaban fructuosamente en fines sociales.

Los conquistadores españoles destruyeron, sin poder naturalmente reemplazarla, esta formidable máquina de producción. La sociedad indígena y la economía incaica se descompusieron. Rotos los vínculos de su unidad, la nación se disolvió en comunidades dispersas. El trabajo indígena cesó de funcionar de aquél modo solidario y orgánico de antaño.

La raza indígena era una raza de agricultores. El pueblo incaico era un pueblo de campesinos dedicados ordinariamente a la agricultura y al pastoreo. Las industrias y las artes tenían un carácter doméstico y rural. Existía en ellos la creencia de que «la vida viene de la tierra». Los trabajos públicos, las obras colectivas más admirables del Tahuantisuyo tuvieron un objeto religioso y agrícola. Los canales de irrigación de la sierra y de la costa, los andenes y terrazas de cultivo de los Andes, quedan como los mejores testimonios del Perú incaico. Su civilización, a semejanza de la egipcia se caracterizaba en todos sus rasgos dominantes, como una civilización agraria. La tierra—escribe Barcacel estudiando la vida económica de Tahuantisuyo—en la tradición incaica es la madre común de sus entrañas, no salen sólo los frutos alimenticios, sino el hombre mismo. La tierra depara todos los bienes. El culto de Mama Pacha la tierra *es parte de la heliolatría y como el sol no es de nadie en particular, la tierra tampoco lo es.*

Los caracteres fundamentales de la economía incaica eran los siguientes: 1) propiedad colectiva de la tierra cultivada por el *ayllu* o conjunto de familias emparentadas, dividida en lotes individuales intrasferibles; 2) propiedad colectiva de las aguas, campos de pastores y bosques por la «marca» o tribu o sea la federación de *ayllu* establecida alrededor de una misma aldea; 3) cooperación común en el trabajo.

Para algunos observadores superficiales la existencia de socialismo incaico aparece indiscutible, pero la organización de la *comunidad* indígena incaica, órgano específico del socialismo, basta para destruir cualquier duda. El despotismo de los incas ha herido, sin embargo, los escrúpulos de alguna gente, pero para destruir esta susceptibilidad es necesario considerar que el socialismo moderno es una cosa muy distinta del socialismo incaico. Uno y otro socialismo son el producto de diferentes experiencias humanas, pertenecen desde luego a distinta época histórica y son elaboración de diferentes civilizaciones.

La civilización de los Incas fué, ante todo, una civilización agraria: la civilización en que se proclaman los principios de Marx



es esencialmente una civilización industrial. En aquella el hombre se sometía a la naturaleza, en esta otra la naturaleza se somete a veces al hombre. Es absurdo en consecuencia confrontar las formas y los principios de uno y otro socialismo, es un axioma en la investigación histórica el de que las comparaciones deben hacerse dentro de las diferencias de tiempo y de espacio, de otra manera cae fatalmente en grandes errores.

La libertad individual, es por ejemplo, un aspecto del complejo fenómeno de la época liberal y puede definirse como la base jurídica de la civilización capitalista. En ningún caso esta libertad cabía en la vida del Imperio Incaico. El hombre de ese Imperio no sentía ninguna necesidad de la libertad de imprenta. Los indios podían ser felices sin conocerla y sin concebirla: la vida y el espíritu del indio no estaban atormentados por ningún afán de especulación ni de creación intelectual. No estaban tampoco subordinados a la necesidad de comerciar.

¿Para qué podría servirle entonces al indio esta libertad producto de nuestra civilización?

La revelación de la libertad, como la revelación de Dios, varía según las edades y los pueblos. El socialismo incaico no suponía la libertad individual ni el sufragio popular. La autocracia y el socialismo son incompatibles en nuestra época, pero no lo eran en la sociedad primitiva.

El socialismo contemporáneo es la antítesis del liberalismo. En la sociedad incaica no existía el robo porque no existía la propiedad, o mejor dicho existía una forma socialista de la propiedad

Tal es en sus grandes líneas la magnífica organización socialista del Imperio Incaico.

En esta época en que el mundo moderno se debate ante la crisis de sistemas económicos, sociales y políticos y que trata de orientarse hacia nuevos principios que permitan solucionar los complejos problemas del momento, es interesante constatar que en el mundo antiguo había ya pueblos que habían encontrado la felicidad colectiva en un régimen inspirado en el elevado principio de la solidaridad social.



Aldous Huxley.

## ¿QUIEN ERA D. H. LAWRENCE?

**L**AWRENCE fué en cada instante de su vida inevitablemente artista. Si, inevitablemente, esta es la verdadera palabra; porque hubo para él también momentos en que quiso escapar a su destino. En una carta a Eduardo Garnett, pregunta: «¿Por qué, por qué hemos de dejarnos molestar por la literatura y otras locuras semejantes? ¿Por qué no podemos llevar una vida razonable y honrada, sin que nos molesten los críticos del «Pequeño Teatro»? A pesar de eso amaba Lawrence su destino, y el arte de que era maestro. Sea como sea, querer o deber, esto en último término no tiene importancia, ante la evidencia de que Lawrence estuvo en el verdadero sentido de la palabra poseído por su fuerza creadora. No podía hacer otra cosa. No le quedaba otro camino que someterse a aquel extraño poder que dentro de él creaba sus obras de arte. Lawrence se sometía a él completamente y con humildad. ¿Es realmente difícil luchar contra la propia imaginación—y tirar todo por la borda? Es como si estuviera uno desnudo para dejarse atravesar por el fuego divino. Y este es un sentimiento terrible. «Hay que ser muy religioso para ser artista». En cambio, pudo agregar: Hay que ser un artista muy fuerte, consciente de la inspiración y de la fuerza ineludible del genio, para ser religioso. El talento propio y característico de Lawrence era



una sensibilidad especial para aquello que Wordsworth llama «formas desconocidas de la existencia». Siempre tenía consciencia del misterio del mundo, y el misterio era para él siempre el Numen Divin. Lawrence, en oposición a la mayoría de los hombres, no pudo olvidar nunca que fuera de los límites de la consciencia humana hay una existencia oscura, algo «Otro». Esta sensibilidad especial iba a parejas con una gran capacidad para revestir lo inmediato vivido, con formas artísticas. De esta especie era el talento verdaderamente propio de Lawrence. Esto nos explica mucho. En primer lugar su posición frente a lo sexual.

Sus propias experiencias como hijo y amante, pueden haber intensificado su dedicación exclusiva a este tema, pero seguramente no lo motivaron. Fueran cuales fueran sus propias experiencias, Lawrence estaba obligado a ocuparse de lo sexual; su esencia lo obligaba a ello. La experiencia sexual significaba para Lawrence, que en la vivencia se concentraba como en un foco luminoso, el conocimiento inmediato, no espiritual, del «Divino Tú». Un foco luminoso de «lo Nocturno». Expresado paradójicamente ese «Algo» que no somos nosotros mismos sería sin embargo algo que vive en nosotros. Esta quintaesencia de «lo que está afuera», del «Divino Tú», es sin embargo, el sentido de nuestro ser íntimo. «Y a Dios, el impenetrable, el inconocible, lo conocemos en la carne, en la mujer. Ella es la puerta de nuestra entrada y de nuestra salida. En ella volvemos a Dios; pero igual como los testigos de la transformación de Cristo, ciegos e inconscientes». Si ciegos e inconscientes; porque si no es así, es la revelación, no del «Divino Tú», sino de un mal muy humano. ¡Qué horror sentía frente a todos los Donjuanes, ante todos los lujuriosos de los sentidos, sapientes y conscientes! ¡Y cuán amargamente despreciaba la opinión del Wilhelm Meister, que veía



en el amor un medio de educación, un medio para la cultura, un masaje del alma! Mal usar el amor de este modo, conscientemente y con intención, lo encontraba Lawrence errado, y le parecía casi una blasfemia.

Para un hombre que posee el talento de aprender el secreto de lo «Otro», el verdadero amor tiene que ser (para hablar como Lawrence), necesariamente «nocturno» del mismo modo como el verdadero saber es nocturno y de intuición sensible, un ir a tientas en la noche. El hombre habita, para su propia comodidad, en un universo hecho por él mismo, en medio del mundo grande y extraño, del macrocosmos, y de la propia incertidumbre acerca de sí mismo. En la ilimitada oscuridad de aquel mundo cava la luz de su propio pensamiento rutinario una pequeña cueva iluminada—un túnel luminoso en el que vive y tiene su existencia desde el nacimiento de su consciencia hasta la muerte de ésta. Para la mayoría de nosotros significa este túnel luminoso, el mundo entero. No tomamos en cuenta la oscuridad alrededor de él, o cuando se nos impone con insistencia, la menospreciamos, por miedo. Eso no hacía Lawrence. Tenía ojos que más allá de las murallas de la luz, podían mirar lejos, en la oscuridad. Antenas sensibles que lo mantenían siempre despierto. No podía satisfacerle un túnel humano hecho por él mismo. No podía comprender como otros se contentaban con eso. Por lo demás—y en eso era diferente a los otros, a los grandes filósofos y a los hombres de ciencias—no quería agrandar el plano iluminado, sino que afirmaba la oscuridad circundante y se sentía en ella a gusto.

La mayoría de los hombres viven en un pequeño charco de luz que arrojan con los focos de la costumbre; pero también existe una iluminación pura y fuerte, producida por el intelecto objetivo y científico. Ambas fuentes de luz parecían sospechosas a Lawrence. Ambas parecían falsificar aquello que para él significaba



la realidad sentida en su forma absoluta: la oscuridad del secreto. «Mi verdadera religión», —expresó ya en 1912—«es la fe en la sangre y en la carne, que son más sabios que el espíritu». «Podemos errar en el espíritu, pero lo que siento, cree y dice la sangre, es siempre verdadero». «Su rebelión apasionada contra el saber encontraba muy a menudo expresión en frases realmente fantásticas y arbitrarias. Eso no era incapacidad, porque Lawrence poseía, además de su singular talento una inteligencia extraordinaria y potente. Además del genio, tenía una buena cabeza. Pudo haber comprendido totalmente los fines y métodos de las ciencias si hubiera tenido tal intención. En realidad las comprendía perfectamente y por esa misma razón las desechaba por su esencia. Porque los métodos de las ciencias y de la filosofía crítica eran incompatibles con el ejercicio de sus cualidades: la aprehensión inmediata y la expresión artística del divino «otro». Y la finalidad de la ciencia que consiste en poner más y más lejos los límites de lo desconocido, no podía estar de acuerdo con sus intenciones, que consistían precisamente, en quedar lo más posible en contacto con el secreto circundante. Por eso desechaba, a pesar de su inmenso prestigio, las ciencias y la filosofía crítica. Permaneció absolutamente fiel a sí mismo. No trató de explicar, ni de definir su saber inmediato acerca del misterio, ni siquiera hizo el ensayo de reemplazarlo por un saber abstracto. Prefirió vivir y saber. vivir a los demás.

Lawrence no quiso saber nada de ninguna cosa que no tuviera correspondencia con el numen que vivía en él mismo. De ahí su principio estético que el arte tiene que ser totalmente espontáneo, y como el artista, imperfecto, limitado y perecedero. De ahí también su principio ético, según el cual el mayor deber moral del hombre consiste en no tratar de vivir por encima de su capacidad humana, y más allá de los límites



de su haber psicológico heredado. El arte debe creía él, florecer en un impulso inmediato a la comunicación y expresión de sí mismo, debe perecer con la disolución de ese impulso. De todos los materiales de construcción amaba Lawrence la arcilla. Le atraía su extraordinaria plasticidad y su caducidad. No podían existir pirámides eternas de arcilla, ni tampoco templos de Partenón matemáticamente exactos. Lawrence amaba a los etruscos, porque edificaban sus templos de madera, materia igualmente caduca como la arcilla, y que ya no existían. La piedra lo oprimía con su solidez indestructible, con su capacidad para adoptar las formas duras e implasmables de la geometría pura, y conservarlas para toda una eternidad. Los edificios grandes le producían malestar, aun cuando fueran de una belleza acabada. Un malestar semejante sentía en presencia de cualquier obra de arte acabada en su perfección. En música le gustaba la canción popular, como forma delicada y diáfana salida del impulso espontáneo. La sinfonía lo aplastaba, le parecía demasiado poderosa, elaborada con excesiva consciencia y cuidado. Estaba firmemente decidido a no dejar que alguna de sus obras fuera pretenciosa. Las hacía florecer de la profundidad de su saber, dejándolas tomar su propio curso, y nunca hubiera usado de su intelecto consciente para imponerle la apariencia de una perfección sobrehumana. Esa era su característica, casi nunca cambiaba ni corregía lo ya escrito. Aun le he oído decir a menudo que era incapaz de corregir. Cuando estaba descontento con algo que había escrito, no limaba, recortaba y transponía como lo hace la mayoría de los escritores, sino que comenzaba de nuevo. Creo que existen tres manuscritos completos y totalmente diferentes de «El amante de Lady Chatterley», ¡Y esta no fué la única novela que escribió más de una vez! Estaba decidido a hacer surgir todo lo que escribía en forma inmediata



de la fuente de fuerzas misteriosas y sobrehumanas. Lawrence sostiene que nunca debe ser permitido al intelecto consciente inmiscuirse posteriormente en lo creado, para imprimirle su esquema abstracto de perfección.

«Me exigen forma; esto quiere decir que quieren que yo use su forma perniciosa, miserable, esquelética, y eso no lo quiero». Esto lo decía acerca de sus novelas. Pero lo mismo puede aplicarse a su vida. «Cada hombre», exigía Lawrence, debe ser un artista de su vida y debe modelar su propia línea ética. El arte de vivir es mucho más difícil que el arte de escribir. «Es mucho más delicado amar, ganar amor, que explicar el amor». Y por eso mismo se debe ejercer el arte con la sensibilidad más refinada, despreciando a aquella dañina y esquelética forma de la moral que los hombres tratan de imponerle a uno. La tarea de un buen artista consiste en ser fiel en la vida, a su naturaleza. Tiene que tomar el material que le es dado. Las debilidades y lo oscuro, al mismo tiempo que el sentido y las virtudes, la misteriosa oscuridad y lo del «más allá», no menos que la luz de la razón y del Yo consciente; debe tomarlo todo y tejer con ello, armoniosamente, su dibujo propio y no el de otro.

Desde el comienzo de su carrera, consideraba Lawrence sólo el politeísmo como apropiado a la esencia del hombre. Un Dios tiene el mismo derecho a la existencia como otro Dios. Los oscuros son divinidad pura del mismo modo que los claros. Su politeísmo era democracia pura. De su concepción de la esencia del hombre resultaba la formulación de dos tesis sorprendentes, una ontológica y otra ética. De la primera se podría decir que es la doctrina del sin sentido cósmico. «No hay sentido. Vida y amor son vida y amor; un ramo de violetas es y sigue siendo un ramo de violetas, y encontrar un sentido en eso significa destruirlo todo. Vive y deja vivir, ama y deja amar,



florece y desaparece, y sigue la línea natural que fluye sin sentido. «La falta de sentido ontológico tiene su complemento ético en la doctrina de la despreocupación.» Ud., será simplemente devorado por el *preocuparse*. Ud., está tan ocupado de preocuparse, por el fascismo, por la Liga de las Naciones, de si la Francia está o no en su derecho, o si el matrimonio está amenazado; que nunca sabe, donde Ud. mismo, está parado. Ud., nunca vive en el lugar en que está. Ud., habita el espacio abstracto, el vacío gris de la política, de los principios del derecho y del no-derecho, y así sigue Ud., condenado a lo abstracto».

La fidelidad a su genio no lo dejaba libre. Lawrence tenía que insistir en aquellas fuerzas misteriosas de «lo otro», que afuera están esparcidas y adentro concentradas; cuerpo y alma del hombre. No pudo hacer nada de otra manera, a pesar de que como novelista se amontonaba el mismo, un serio obstáculo con ello. Porque según su modo de ver, la mayoría de las actividades del hombre eran desviaciones más o menos criminales de su verdadera ocupación: vivir humanamente. El se negaba a escribir sobre tales desviaciones, y esto quiere decir que se negaba a escribir acerca de las actividades principales de nuestro mundo contemporáneo. Pero como si aun no le bastara esta limitación drástica de su objeto, pasó más allá y se negó a escribir en una de sus novelas de personalidades humanas, en el sentido tradicional de las palabras «El Arco Iris» y «Mujeres Amantes» ( y casi todas sus novelas) son la aplicación práctica de una teoría que está explicada, en una carta, muy interesante e importante, a Edward Garnett, y que lleva la fecha de 5 de junio de 1914. «En cierto modo es para mí más interesante, lo que hay de físicamente inhumano en el hombre que el anticuado elemento humano que lo obliga a uno, a imaginarse el carácter, según un esquema moral determinado y elaborado consecuente-



mente. Ud., rechaza este esquema moral determinado. En Turgeniew, Tolstoy y Dostoiewsky, es el esquema moral en el que caben todos los caracteres, y es casi siempre el mismo esquema—por extraordinarios que sean los caracteres mismos—romo, anticuado, muerto. Me preocupo poco de lo que una mujer siente—en el sentido común de la palabra. Sentir supone un ego, que puede sentir. Sólo me preocupo de lo que la mujer es, lo que ella es. Inhumanamente, fisiológicamente, materialmente... En mis novelas no debe buscar Ud., el Yo fijo y tradicional del carácter. Todavía existe otro Yo según cuyas acciones el individuo se hace irreconocible, y recorre por decirlo así estados alotrópicos. Se necesita aplicar una capacidad sensitiva más profunda que la que estamos acostumbrados a usar».

El conocimiento de Lawrence acerca del artista, era por lo que se ve, conocimiento personal. Sabía de propia experiencia que el verdadero poeta o escritor es en el fondo un ser individual que no debe mezclarse con la masa, y que se traiciona a sí mismo cuando persigue con demasiada ansia los deseos ordinarios de los hombres. Todos los artistas conocen este hecho propio de su especie, y muchos nos han transmitido este conocimiento; y aun con pesar, porque estar de verdad desprendido interiormente no es un agrado. Lawrence sufrió seguramente toda su vida con la soledad a lo que lo condenaba su talento. «Uno no tiene verdaderas relaciones humanas—y eso es tan aplastante. «Uno no tiene verdaderas relaciones humanas» —esta es la queja de todos los artistas.

Lawrence poseía, según la ocasión, una facilidad extraordinaria para entrar en relaciones próximas con casi todos los hombres con que se encontraba. «Aquí (en la pensión de Bournemouth, donde vivió en 1912 después de su enfermedad) quedó muy enredado en la vida de otros hombres —y esto es tan interesante,



a veces un poco doloroso, pero también es divertido. Me acerco rápidamente a la gente y eso resulta complicándome la vida. Por otro lado, no tengo nada en contra de pequeños enredos». Su amor al arte, en cambio, era más grande que su amor a los enredos, y siempre cuando el enredo ponía en peligro su actividad como artista, lo sacrificaba y se retiraba. La única relación profunda de Lawrence era la que lo unía a su mujer. «Es sin esperanza para mí», le escribía a un colega, «tratar de emprender algo cuando no tengo a mi mujer detrás de mí... Böcklin—u otros semejantes a él—sólo podía sentarse en el café con la espalda hacia la pared. Yo no me puedo imaginar al mundo sin la mujer a la espalda... Una mujer que yo amo, me pone en contacto inmediato con lo desconocido.»

En general, estaba condenado, por su modalidad en lo esencial, a vivir solitario. «No quiero vivir más en este tiempo», escribía. «Lo conozco, y lo rechazo». En la medida que me sea posible quiero poder estar fuera de este tiempo, quiero vivir mi vida y ser feliz en lo posible. Aunque todo el mundo caiga como horror al precipicio sin fondo... Yo creo que la mayor virtud consiste en ser feliz, en vivir con la mayor verdad posible, y no dejarse vencer por las falsedades de un tiempo «Personal». Este adjetivo es muy significativo. De todas las palabras de menosprecio que se puedan aplicar a nuestra época poco agradable, es «personal» seguramente más o menos el último que se nos ocurriría a la mayoría de nosotros. Para Lawrence este adjetivo era el primero. Su talento consistía en sentir y reflejar lo desconocido, lo misterioso, lo «otro». A alguien dotado de este talento tenía que parecerle casi toda época indebida y peligrosamente personal. Tenía que desecharla y huirla. Pero huyendo no podía otra cosa que lamentar la falta de «relaciones humanas



verdaderas». Lawrence ha tratado obstinadamente de crear una relación con la comunidad humana.

Creo que era el sentimiento de desconexión lo que empujaba a Lawrence en su incesante peregrinación alrededor del mundo. Los viajes eran para él al mismo tiempo huída y búsqueda: búsqueda tras alguna sociabilidad con que pudiera entrar en contacto, «tras un mundo, en que los tiempos no fueran aún personales y en los que el haber consciente no hubiera aún retorcido la vida, una huída de las miserias de la sociedad a que pertenecía y de la que a pesar de su desconexión como artista, se sentía profundamente responsable. Su búsqueda era infructuosa, tal como su huída quedaba sin resultado. No pudo escapar ni a su nostalgia ni a su sentimiento de responsabilidad; y nunca encontró a una sociedad a la que pudiera haber pertenecido. Con una especie de desesperación, se precipitaba más y más profundamente en el secreto circundante, en la oscura noche de «aquello otro», cuya esencia y símbolo es la experiencia sexual.

Basta de explicación y de interpretación. Para los que han conocido a Lawrence no es esto lo más importante, sino que él haya sido así, como era. . . .

La convivencia con Lawrence era siempre aventurera, como un viaje de exploración en tierra nueva. Porque él mismo, ciudadano de otra ordenación del mundo, habitaba un universo diferente al de la generalidad, un mundo más amable, más intenso. Él miraba las cosas con los ojos de un hombre que ha estado en la orilla de la tumba, y al que el mundo se descubre desde la oscuridad en toda su belleza y con todos sus milagros. La existencia le parecía un sólo y largo proceso de convalecencia; como si cada día de su vida hubiera sanado nuevamente de una enfermedad mortal.

Su gran encanto como amigo consistía en que nunca



le aburría algo, y que por lo tanto no podía él mismo aburrir a nadie.

Ningún trabajo le parecía demasiado nimio, o trivial, como para que no le hubiera valido la pena de emprenderlo y realizarlo. Sabía cocinar, coser, podía zurcir calcetines y lechar vacas, era un buen leñador y tenía facilidad para bordar. Los fuegos hechos por él siempre ardían bien, y un suelo lavado por Lawrence estaba realmente limpio. Además, poseía la facultad más admirable aun, en un hombre muy nervioso e inteligente; la facultad de no hacer nada. Podía estar simplemente sentado y estar completamente contento, y su contento era, cuando uno estaba con él, verdaderamente contagioso. Igualmente contagioso eran sus caprichos repentinos y su risa. Aun en los últimos años de su vida, cuando la enfermedad comenzaba a vencerlo y a matarlo lentamente, volvía a veces a reír como en sus buenos tiempos. Desgraciadamente al final se hacía amarga esta risa.

Le he oído hablar a menudo de los hombres y sus quehaceres con una burla de tal modo demoníaca, que a pesar de la fogosidad poco común y de la profundidad de lo que expresaba, era doloroso oírlo. El secreto conocimiento de su decadencia lo invadió en los últimos años de su vida con una tristeza avasalladora. Esta tristeza se manifestaba a veces por medio de verdaderas explosiones de furia. La falta de decoro sentimental. La furia como exteriorización sentimental le parecía menos indecente. A una melancolía resignada o quejumbrosa prefería la furia. Se vengaba del destino que lo obligaba a la tristeza, burlándose de todo. Y como su tristeza de hombre que se acaba lentamente, era indeciblemente profunda, su burla tenía que llegar a ser horriblemente amarga.

La vitalidad tiene tanta fuerza de atracción como la belleza y en Lawrence borboteaba una fuente inextinguible de vitalidad. Mientras que según el pro-



nóstico médico, debía haberse muerto mucho antes, seguía la vitalidad fluyendo en él y deshaciéndose de vez en cuando, como un gran globo de espuma se deshace en el sol. Durante los últimos años parecía una llama que palpita al apagarse, pero que como por milagro seguía ardiendo, a pesar que le faltaba el alimento. Y uno se acostumbraba, a pesar de tan repetidos sobresaltos, a seguir viendo palpar esa llama que en su lámpara rota y vacía se consumía a sí misma, que se tentaba a creer que ese milagro pudiera durar eternamente. Pero esto no podía ser. Y cuando yo, después de una separación de varios meses, volví a ver a Lawrence en la primavera de 1930 en Vence, terminaba el milagro, la llama que palpitaba todavía al ahogarse, se apagó algunos días después.

Traducido especialmente para «Atenea» por LUISA FREY GABLER.



## Margarita Petunia

Margarita petunia,  
golpe de gracia, y gracia,  
panal, gusto en la lengua,  
sol en la piel sin mancha.  
Margarita de fuego,  
miel y leche en la cáscara,  
cinta de roja seda,  
senos de almendras blancas.  
Pestañas, hilos de araña,  
dientes agudos, uñas,  
blanco carbón del cielo.  
Margarita petunia.

Dame a beber tus jugos,  
Margarita lunaria,  
sorbo a sorbo tus mentas,  
tus incendiadas aguas,  
tus cervezas violentas,  
Margarita lunaria.

Manzana, hambre, pecado,  
sed, bocado, mordisco,  
árbol caído en tierra,  
tierra de sales finas.



*Cabargar en el fuego,  
galopar en el humo,  
pólvara del momento,  
flecha en el vientre, nudo.*

*Esa saliva dulce,  
esa salmuera ardiente,  
ese alcohol con guindas  
derramado y alegre,  
¡Sobre la llama virgen  
esa siembra de aceite!*

*Arde, sábana blanca,  
muerte, mistela rubia.  
Lluvia de aguas borrachas,  
Margarita petunia.*

## *Raíz de sueño*

*Lo dulce con lo bueno hizo pacto en lo bello  
y aquí en el alma, ahora, tengo este nudo ciego.  
Crece con fe la hortensia dentro de mis recuerdos,  
al fondo de mi memoria crece la flor de invierno  
abriendo como paraguas sus corimbos de cielo.*

*Pascua de luna clara, crepúsculo de canela,  
la noche, su amatista, su tabaco de estrellas;  
y, flecos de un agua lenta perfumando mis dedos,  
la tulipa que alarga sus pestañas de seda.*

*Damascos, porcelanas, opio para el ensueño,  
alcoba, árboles de humo, mujeres, terciopelo;  
y florecedora rama en el jardín del agua,  
los designios ocultos madurando sus yemas.*



*Sin que en ellos soñara me robaron el sueño,  
rasgados, orientales, nipones, paralelos,  
irreales, mentirosos, pero tan verdaderos.*

*Hojas de té, menudas, dispersas, florecidas,  
plumas leves, fugaces, incienso azul, romero,  
multicolor tabaco, millonaria acuarela,  
amapolas, capullos, cerezos, crisantemos.*

*Este fino diamante nunca agota su hechizo,  
esta vieja palabra tiene fragancias nuevas:  
alfombras, quitasoles, tapices, abanicos,  
japonesitas dentro de un palanquín de seda.*

*Largos, largos y ausentes, servidores del sueño,  
el Imperio Celeste vive encerrado en ellos.*



Fernando Santiván

## LA AVANZADA

De «Memorias de un tolstoyano».

RESUMEN ANTERIOR.—En el N.º 100 de ATENEA, F. Santiván cuenta cómo nació la idea, entre un grupo de intelectuales santiaguinos, allá por el año 1907, de fundar una colonia basada en las teorías sociales de León Tolstoy. Augusto G. Thomson, conocido años más tarde con el pseudónimo de Augusto d'Halmar, Julio Ortiz de Zárate, y el autor del artículo, se reúnen diariamente en el Parque Forestal. Después de mucho discutir teorías, uno de ellos propone: «¿Y por qué no poner en práctica las ideas tolstoyanas?». Y quedó decidido entre ellos llevar una vida primitiva y ascética en cualquier campo apartado de la capital.

**E**S imposible que el venerable apóstol de Yasnaia Poliana, ni el profeta de la austera Reforma, tuvieran mayor unción, ni más severa grandeza en su actitud, que Augusto Thomson en aquellos días que precedieron a nuestra partida. Acaso los grandes espíritus requieren cierta aureola teatral para imponer a la humanidad sus ideas fulgurantes.

Solo más tarde hemos reconocido en el gran Tallaví, al interpretar «El Místico» de Rusiñol, gestos y actitudes como las de Augusto Thomson al sentirse visitado por el espíritu ascético. Sin abandonar por eso su personalidad anterior; antes bien, conservándola en



discreta e inteligente transición, Augusto se adaptó a su nuevo avatar, con fino cálculo artístico.

Los asiduos a la tertulia familiar fueron los primeros en conocer el proyecto expedicionario. Elegirían como campo de acción la misteriosa frontera, con sus bosques impenetrables y sus cascadas de profunda sonoridad.

Al escuchar los proyectos de Thomson, Luis Ross vibraba como una cuerda tensa. Sus ojos sombríos giraban en su rostro de árabe adolescente, con tanteos de reflectores.

—¡Qué vida! ¡qué linda vida!—gritaba—¡Sublime!... Educarán ustedes a los araucanitos, como los misioneros... Formarán hombres libres, a semejanza de Reclus y Kropotkin.

Thomson improvisaba. Gravemente, con voz lenta, respondía:

—La escuela será la base de nuestra obra. Estableceremos los métodos de Yasnaia Poliana.

Balentín Brandau, espíritu analítico, observaba con ojos reidores, detrás de sus gruesos lentes:

—¿Con que están resueltos a abandonar las comodidades mundanales, eh?—preguntaba a Julio Ortiz de Zárate.

Y éste respondía, apretando sus firmes mandíbulas, con expresión de atleta de feria que se dispone a quebrar con los dientes, fierros y piedras:

—Sí, ¡estamos resignados a ser felices!...

A pesar del espíritu apostólico se posaba para la posteridad. Algunos diarios hicieron comentarios irónicos. No eran tiempos aquellos para operaciones idealistas; ni el reciente romanticismo literario, prendido con retardo en nuestras tierras vírgenes, como una banderola olvidada de la remota orgía europea, hacía posible la comprensión de una calaverada mística. ¡Colonia tolstoyana! ¡Empresa de locos! Y el ridículo restallaba por todas partes en sonoras carcajadas. Un diario de la



tarde, publicó un párrafo que alguien atribuyó a la pluma de Nadir:

«Un grupo de muchachos proyecta salir para el sur, con el fin de fundar una colonia inspirada en las teorías religioso-filosóficas de Tolstoy. Es de presumir que los colonos intentarán vivir desnudos, como Adán, nutriéndose en las selvas, de raíces, animalitos y peces crudos. Es de lamentar que Eva haya sido excluída de esta comunidad; seguramente, los colonos habrían tenido ocasión de formar con ella, moralizadores cuadros plásticos» . . .

Thomson sonreía con desdén señorial, perdonador y mártir, como un ermitaño experimentado en vigiliias y privaciones. Julio Ortiz mostraba sus pacíficos colmillos de lobo, y yo ardía en ansias de combate, como aquellos cruzados que defendían su fe a mandobles bien poco cristianos.

—¡La irresistible al mal!—recordaba nuestro joven maestro, y ambos acólitos escondíamos las armas bajo los sayales beatos.

Pero, para equilibrio de los nervios no todo eran sarcasmo y chanzas incomprensivas. El poeta Pezoa Véliz, escribía desde Valparaíso, confesándose atraído por nuestra iniciativa tolstoyana y proyectaba adherirse a nuestro grupo, tan pronto como pudiera.

—¡Hermanos!—exclama en el encabezamiento de sus cartas, y había en esta palabra, sin duda, un sabor de alma popular, bien castizamente chilena.

Los pintores Backhaus, Valdés y Burchard, daban los últimos pasos para seguir al joven pontífice. El anarquista Escobar y Carvallo y el pintor Rebolledo Correa nos estrechaban la mano a la distancia. Ellos formaban parte de una colonia comunista establecida en un viejo inmueble de Santiago. Allí se admitía al bello sexo y no faltaban neófitos ingenuos que interpretaban las teorías marxistas despojando a los «com-



pañeros» de los útiles de casa y de sus mujeres, como de «objetos» pertenecientes a la comunidad.

Baldomero Lillo, por esos días recién nacido a las letras chilenas con biceps de atleta adulto, aprobaba fraternalmente. En retorno, Thomson saludaba al nuevo novelista desde «La Lira», como al cantor de los desamparados. Magallanes Moure ofrecía su concurso entusiasta, aunque, por motivos familiares, no podía acompañarnos en la aventura.

Samuel Lillo movía la cabeza murmurando con protectora condescendencia de hermano mayor: «Estos niños»... mientras Diego Dublé Urrutia chillaba y discutía. En esos días recibió Dublé su título profesional y proyectaba enviar a sus relaciones una misiva a manera de romántico cartel: «Diego Dublé Urrutia, al obtener su título de abogado, anuncia a usted que renunciará a su profesión, para dedicar todo su tiempo al cultivo de las Bellas Letras». Una bomba que, según creo, no alcanzó a estallar.

Mientras tanto, los futuros colonos continuábamos los preparativos. Se me comisionó como explorador a la frontera, en donde yo poseía un primo, terrateniente de veinte mil hectáreas de bosques vírgenes.

Con ánimo ligero arrojé por la borda un pequeño puesto de vendedor de librería que un lejano pariente, tutor de la sucesión del viejo librero Roberto Miranda, me diera para costear en el pedagógico mis gastos de estudiante pobre.

¡Edad venturosa, los diez y siete años, sonoro petardo cargado con rojos claveles y pétalos de azucenas! Huérfano y libre, husmeaba el aire, espeso de inquietantes perfumes de primavera. Una ansia de romper cadenas, me hacía cerrar los ojos y cargar contra el porvenir.

Con la venta de muebles y ropas de mi cuarto de estudiante, reuní un puñado de monedas, apenas las suficientes para costear el pasaje hasta Bulnes, pueblecito plácido, próximo a la vieja e histórica ciudad de



Chillán. Allí residía el afortunado pariente poseedor de fabulosos bosques.

—Convenido,—respondió éste, sonriendo; irónico y protector, al escuchar mis confidencias. Regalaré todo el terreno que necesiten y puedan cultivar por sus propias manos. ¿Cuánto? ¿Cien cuadras? Dispón de ellas, y más si quieres.

Mi primo era diez años mayor que yo, alto, flaco y barbudo. Queríame como un hermano mayor. Debe de haber reído interiormente a carcajadas al pensar en el grupo de muchachos inexpertos que proyectaban adueñarse de la selva gigante, sin más elementos de trabajo que su entusiasmo.

La edad adolescente es así. La generosidad va del brazo con la inconsciencia en loca hermandad. En esa época de la vida, florecen los sentimientos magnánimos. Entonces se cree en el amor y en la amistad como en cosas tangibles y se da toda la sangre con la naturalidad con que se alarga la pitillera para ofrecer un cigarrillo.

Tolstoy, en la «Guerra y la Paz», presenta el tipo de un condesito, tan generoso como ingenuo. Posiblemente, es el retrato del propio autor en su infancia. Sale el jovenzuelo a combatir a Napoleón, con la alegría con que se puede ir al campo a cazar mariposas. Cuando convive con sus camaradas y superiores de cuartel, se precipita a ofrecerlo todo: caballos, joyas, provisiones, dinero... Era preciso defenderse de su dadivosa manía.

Vemos también a Lord Byron en su época de colegial erigiendo un sagrario a la amistad; allí adora y es adorado por sus camaradas como un semi héroe. Las empresas con que sueña, y las que más tarde realiza, llevan la marca del sentimental impetuoso y contradictorio, ávido de infinito y de sensaciones ignotas.

También Augusto Thomson, niño, tan parecido en su figura, en su rostro y hasta en la comunidad de ori-



gen escocés, al joven autor de Childe Harold, caracolea en su carcel piafante, dispuesto a lanzarse sobre vedadas sensaciones, ambicioso del vivir intenso.

Contábanos él mismo que, en cierta ocasión, siendo niño, anheló probar las emociones del ladrón. Era en esa época empleado en una casa de martillo regentada por un aristocrático subastador de apellido vasco. Entre las especies que se exhibían al público antes de efectuarse el remate, había una daga antigua, ricamente cincelada por un artífice arábigo. Habiendo decidido Augusto apoderarse de la joya, encerrada con llave en una vitrina, preparó cuidadosamente su plan, y en los momentos en que empleados y patronos se enfrascaban en el recuento del dinero, ocultose en la sombra y se arrastró con cautela de ratón y suavidad de reptil entre los muebles de la almoneda. Si lo hubieran sorprendido, habría perdido su bien merecida reputación de muchacho honrado. Seguramente lo esperaban la vergüenza, la cesantía. ¡Qué de emociones, que de temores dolorosos antes de llegar al codiciado objeto! Al enfrentar la vitrina se hallaba tan extenuado, que estuvo a punto de sufrir un desmayo.

Era de esperar que Augusto guardaría en sitio de honor aquel tesoro tan costosamente obtenido, él, que administraba con arte recuerdos y baratijas de coleccionista; pero, esta vez, tan pronto como un amigo le hubo manifestado admiración por la daga, se desprendió de ella sin dolor, como millonario Buckingham que desparrama perlas a su paso.

Acaso el propósito de fundar una colonia ascética a la manera de Tolstoy, no fuera en nosotros más que un generoso anhelo de martirio por la novedad que significaba en nuestra vida. No es imposible que con igual entusiasmo hubiéramos marchado a la guerra o decidiéramos seguir en pos de Joaquín Murieta, el héroe californiano fuera de ley. No quiere decir que nuestra admiración por el maestro de Yasnaia Poliana



fuese poco sincera. Ardía en nosotros, especialmente en Ortiz de Zárate y en mí, un rendido espíritu apostólico, pero las inspiraciones que corresponden al periodo de la pubertad, poseen un complejo vago, misterioso y contradictorio. En esa época que se puede elegir con igual facilidad el camino del monasterio, o el de la cárcel. Todo es cuestión de circunstancias, ambientes y sugerencias externas.

Conseguido el terreno para nuestra futura colonia, regresé apresuradamente a Santiago, impaciente por activar nuestra partida. Al llegar supe por mis compañeros que no faltaron malos augures que vaticinaron nuestro fracaso.

Alguien explicó que en la selva abundaban leones y que seríamos comidos como corderillos. Pero el vaticinio más terrible era el de las lluvias. Allí no existía el verano, solo podrían subsistir los sapos y los cisnes del poeta Winter. Thomson, después de examinar el verde suave de un mapa austral, decidió que el paisaje debía ser bello. La posibilidad de las lluvias, se descartaba llevando buenos paraguas.

Por fin, una mañana de diciembre, si no me engaña la memoria, nos reunimos en un vagón de tercera. En medio de una multitud maloliente, envueltos en espesa atmósfera de humo de mal tabaco, codeados y estrechados por ásperos personajes del pueblo, que comían tortillas y empanadas, y arrojaban al suelo cáscaras de frutas, escupiendo y riendo con voces discordantes, formábamos un pequeño grupo insólito y curioso. Las enérgicas manos de Julio Ortiz de Zárate, acumularon en un ángulo del vagón las bolsas de ropa que constituían nuestro equipaje. Entre ellas, la delgada figura de Thomson, con gorrilla de viaje y guardapolvo de brin crudo, surgía como un inglés de zarzuela española, largo y flemático. Miraba en derredor, y al observar a nuestros compañeros de viaje, una mueca de pulcritud alarmada se prendía en su boca estremecida por



ligero tic nervioso. Julio y yo afectábamos complacencia campechana en contacto del hermano pueblo, a quien íbamos a conocer de cerca, y a redimir...

Thomson, lentamente, se calzó guantes de hilo, extrajo un libro del maletín, y se dispuso a leer en voz alta. Leyó para Julio y para mí; su actitud y las bolsas de ropa colocadas como trincheras a nuestro alrededor, crearon sin dificultad una valla que nos puso a distancia del pueblo que nos rodeaba. Ellos nos observaron un instante con extrañeza y curiosidad; no tardaron en desentenderse de nosotros.

Augusto leía la Trilogía de la Muerte, de Maeterlink. Con admirable acento insinuaba misterios, vaguedades, sugerentes terrores.

Por las ventanillas del vagón, veíamos huir, mientras tanto, el paisaje suave, fino y luminoso de nuestros campos centrales. La cordillera, enorme y pensativa, se alzaba al fondo con su imaculada clámide blanca y parecía examinarnos con la gravedad extrañada de un gigante que ve pasar un ejército de hormigas diligentes.

Murallas de álamo verde pálido, encerrando poteros cubiertos de cultivos y de animales que pastaban en aparente inmovilidad, canales y ríos de aguas correntosas, sombríos bosquecillos de matorrales, dábanos impresión de trabajo, de paz y plenitud. Julio Ortiz y yo cambiábamos opiniones y trazábamos planes de fecunda labor campesina. Augusto nos escuchaba distraído. Ya cerca de Chillán, comenzó a ponerse cavi-  
loso. Aquel barullo de gente desaseada que entraba y salía, por la puertecilla del vagón como una tropa bárbara lo tenía en constante nerviosidad. Se quejó de dolor de cabeza; comenzó a sentir bascas; su rostro fué adquiriendo color azafranado.

—¿Queda mucho para llegar?—interrogó, observándonos con ojos angustiados.

—Bastante,—respondí.—Esta noche alojaremos en Temuco. Mañana, a medio día, saldremos de allí. Al



caer la tarde, estaremos en Antilhue. Después, a caballo, habrá todavía una jornada de camino...

—¡Hum! Pero eso es el fin del mundo...

—¿Qué?

Guardó silencio. Comprendí que alguna idea se abría paso trabajosamente en su cerebro, y que su pensamiento huía lejos de nosotros.

Julio entabló charla con una gruesa campesina. Había subido en una de las estaciones y amontonando a su alrededor canastos, bolsas de ropa, jabas de gallinas, un perrillo... Instalada en medio de su enorme equipaje, secábase el sudor con un pañuelo de yerbas y miraba recelosa sobre sus paquetes, recontándolos mentalmente.

—Bueno,—exclamó Augusto de pronto.— ¿Y hay casas en el fundo a donde nos dirigimos?

Aquella pregunta me produjo consternación. Yo había hablado repetidas veces de selvas vírgenes, de terrenos solitarios y sin recursos. ¿No se había dado cuenta, Augusto, aun?...

—No,—respondí con seguridad.—Allí tendremos que construir un rancho de tablas, y si no hay madera elaborada, lo haremos con troncos ramas y canalones labrados a mano...

—Miren,—exclamó Augusto, como si tomase de pronto una resolución.—He pensado que sería más conveniente que nos fuéramos a Arauco.—Allí tú tienes parientes, añadió, dirigiéndose a mí.—Esa región, a lo que parece, es menos desamparada y está más cerca de la capital que la otra...

Siguió una breve discusión. Tuve que contener mis ímpetus; irritábame este cambio brusco de un proyecto que habíamos estudiado largamente, para reemplazarlo por otro en que no había más de positivo que nuestros buenos deseos. Era ridículo... Julio me daba la razón; pero, ante la insistencia de Thomson, tuve que ceder.



—¡Ustedes sabrán!...— exclamé, con disimulado fastidio.—A mí me es indiferente.

Pero, en mi interior, se desmoronaba una ilusión. ¿Cómo? ¿Solo ahora se venía a pesar los inconvenientes de nuestra aventura? ¿No estábamos de acuerdo en que nada nos arredraría, ni los trabajos, ni las enfermedades, ni las miserias? Nuestra empresa era de audacia y resolución. Los misioneros que se internaron en la selva de Valdivia, no se preguntaron si los indios los recibirían con los brazos abiertos o si los colgarían en cualquier roble de la montaña. ¿Y nuestra arma formidable: «la irresistible al mal»? Tanto más que los indios de hoy no eran los de tiempo atrás, fuera de eso, sin que nadie lo supiera, escondía yo en mis bolsillos un pequeño revólver, casi un juguete, viejo y mohoso, pero que podría, acaso, hacer estallar cinco balas magníficas que lo acompañaban. Era como un pecado que llevase oculto, esa arma, que respondía a mi sangre ardorosa, a la combatividad heredada de mi padre, viejo veterano de las selvas, y de mis antepasados maternos, revolucionarios de la independencia...

El ajroso castillo de arena levantado en mi alma, comenzaba a desmoronarse. En ese momento caía un torreón... Disimulé una mueca amarga:

—Tendremos que transbordar en San Rosendo,— dije,—y tomar el tren a Concepción.

Recordó Thomson, entonces, como para justificar su cambio de frente, que en esta última ciudad, o en Talcahuano, no estaba seguro, tenía un amigo. Se apellidaba Guerrero.

—Si pudiéramos averiguar su dirección,—murmuró, contaríamos con alojamiento. Además, tendría mucho gusto de volverlo a ver.

Nos habló extensamente de él. Era un viejo camarada de la niñez, de una época de su vida en que frecuentaba una modesta sociedad de barrio, con bailes y malones, juegos de prendas y recitaciones de melopeas. En un paseo que hicieron a un pueblo de los alrede-



dores de Santiago, la rama de un arbusto azotó la cara de Guerrero y le saltó un ojo. En la actualidad, debería ser empleado de la casa Williamson.

Desgraciadamente, el amigo no se pudo encontrar a nuestra llegada a Concepción.

—Mal ojo le veo al tuerto,—exclamé, aventurando el chiste malo con el fin de aligerar nuestro penoso estado de espíritu. Pero Augusto dejó caer sobre mí una mirada severa, y en adelante, los seguí en silencio por las desconocidas calles de Concepción, acomodando del mejor modo sobre mis espaldas el pesado lote de bolsas y maletas que me había tocado en la repartición. No hubo más remedio en vista de nuestro fracaso, que buscar hospedaje en el primer hotelito barato que recomendara el muchacho que nos ayudó a sobrellevar nuestro equipaje.

Sobre la puerta de aquella hospedería humilde, avanzaba sobre la acera, un farol cuadrangular, de vidrios esmerilados, como una cabeza asomada curiosamente. En ellos se leía con claridad: «Piezas para alojados». Un zaguán angosto, largo y sucio, conducía a un pobre cuarto con dos camas. Thomson, al verlo, arrugó la nariz e hizo una rápida inspección que lo dejó descontento. Sin embargo, ante la exigüidad del precio, decidimos quedarnos.

Augusto extrajo de las bolsas un par de sábanas resplandecientes y comenzó a cambiarlas por las que tenía su cama. Toda su ascendencia sajona y sus antepasados galos y nórdicos tomaron parte en el arreglo meticoloso de aquella cama eventual.

Julio y yo ocupamos nuestros lechos, con resignación criolla. ¿—Qué más da? «Una noche se pasa de cualquier modo»...

El cansancio del viaje y la saludable edad que me inmunizaba de todas las molestias, hicieron que me durmiera tan pronto puse la cabeza sobre la almohada. ¿Qué soñé?... Seguramente algo desagradable, porque mi quietud duró poco. Millones de alfilerazos punzá-



banme el cuerpo. Era un suplicio menudo y persistente que me quitaba la íntima satisfacción del descanso. Concluí por despertar del todo. Sin embargo, no me atreví a moverme, por temor de molestar a mis compañeros. Solo cuando sentí que ellos rebullían en sus lechos con desasosiego creciente, me levanté con brusquedad y encendí la vela.

—¿Qué hay?— pregunté, sentándome en la cama.

—¿Qué hay?— preguntaron ellos a su vez.

Lo que vimos entonces fué algo peor que una pesadilla. Erguidos en nuestros lechos, contemplamos, con los ojos muy abiertos, un interminable desfile de bichos oscuros que fluían de las paredes sucias, de los papeles rotos y despegados, y que invadían las colchas, trepaban por las almohadas...

Thomson, sin proferir palabra, con el rostro descompuesto, señaló un pequeño letrero, escrito, de seguro, por algún cliente que nos antecedió en el cuarto. El letrero decía, simplemente:

—«¡Desgraciado! ¡Mata los chinches!»

Eso hicimos. Fué una ocupación entretenida y azarosa como una cacería. En ella empleamos la noche entera, hasta el momento en que vino a filtrarse por la claraboya del techo una turbia luz de aurora. Entonces salimos de aquel antro y nos bañamos en el aire purificante de la mañana.

Caminamos hasta llegar cerca del Biobío. A esa hora las aguas mudas que se extendían hasta perderse de vista, como una inmensa lámina de acero en movimiento pausado, y ligeramente cubierto por nieblas bajas, inmóviles. Una balsa cargada se movía lentamente junto a la orilla opuesta. Yo recordé una de tantas narraciones de Gorki: «¡Ah, de las almadias! Y el agua caminaba en silencio, lamiendo con mil lenguas parloteantes las márgenes fangosas»...

¡Con qué sed de los pulmones aspiramos el aire limpio de aquel amanecer, que parecía penetrar en nosotros hasta las entrañas!



Carlos Keller R.

## CONVERSACIONES EN EL DESIERTO

DESDE LAS ALTURAS

**V**OLAR, volar, volar....

Sobre cerros, montañas, minas; sobre caseríos y esteros. Casi todo es montaña. Montaña inmensa, montaña de todos los colores: amarilla, cobriza, blanca, negra, azul, verde y roja.

El paisaje de Santiago a Antofagasta es una gigantesca sublevación de la montaña contra el llano. Casi siempre triunfa la primera. Sólo de vez en cuando el llano logra extenderse, y entonces la vista se vuelve más monótona. Allá abajo debe arder el sol. No lo podemos apreciar desde aquí arriba, pero el mapa indica nombres sugestivos: Llano de las Piedras de Fuego, Llano de la Paciencia. Y los libros también lo dicen.

El desierto ha sido modelado por un sublime artista del pastel: no hay en él formas bruscas y expresivas, todo es suavidad, y los colores han sido colocados con refinado gusto. ¿Qué sería de los hombres aventureros del desierto, si el paisaje no refrenara sus pasiones?

Pues esta es zona de conquista. El hombre avanzó palmo a palmo, buscando el dorado y el blanco metal, colocando su pie victorioso sobre cumbres casi irreductibles. Es cierto, desde arriba la conquista del desierto parece tan fácil. Los cerros señalan pequeñas aberturas negras que son las boca-minas. De ellas ha caído el material estéril de los desmontes, y en sus alrededores se encuentran los cimientos de algún edificio abandonado y las pircas de un corral. A veces también una mancha verde y unos dos o tres árboles, cuando la mina se convirtió en vertiente. Pero esto sólo muy de vez en cuando. La nota fundamental es la aridez.



La tela de pastel que es este paisaje, no obstante la armonía de sus formas y colores, no adolece de dinamismo. Al plano de los llanos sigue el crescendo de las colinas, el forte de los cerros y el fortísimo de las altas montañas. Es una armonía infinitamente variada la que domina a este inmenso océano en constante movimiento. Hay en él, orden, melodía y ritmo.

Pensar en la tristísima soledad de los valles y quebradas que cruzan el desierto-montaña. La borra gris que llena el lecho de ríos que no existen, aparenta una corriente líquida que no hay. El sol debe convertir esos valles en un infierno. El viento agita el avión y levanta una polvareda en el valle. A veces, la tempestad debe arremeter contra las montañas, y cuando se desencadena una tormenta de lluvia—eso será en intervalos de muchos años—, el valle será inundado por las aguas. Pero como nada las sujeta, se precipitarán rápidamente al océano, y en pocas horas volverán a predominar el desierto. Quizá por pocos días comiencen a florecer los cerros, y entonces este paisaje debe ser avasallador.

Dentro de la inmensidad del desierto, la línea férrea que lo cruza parece una huella que una mano infantil trazó en la arena. Por lo demás, en 1,200 kilómetros recorridos descubrimos dos trenes, que eran como juguetes.

A medida que avanzamos hacia el norte, se extingue lentamente el verde. Doce veces cruzamos una pequeña faja verde que ostenta rica vegetación. Pondré aquí los nombres: Aconcagua, La Ligua, Petorca, Choapa, Illapel, Combarbalá, Cogotí, Limarí, Hurtado, Elqui, Vallenar y Copiapó. Un valle cada cien kilómetros. ¿Qué ancho tendrán? Algunos alcanzarán a extenderse unos 500 metros, pero la mayoría no pasará los 200.

Desde arriba se ve que el ferrocarril y el camino falsifican el paisaje. Buscan el verde. Tratan de cobijarse en él el mayor tiempo posible, como si temieran penetrar en el desierto. Dan grandes vueltas, para no apartarse del verde. Siguen siempre los valles longitudinales. Tienen sed de verde, como el hombre.

El avión es imparcial. Corre en línea recta. Ofrece un corte de austeridad objetiva del país. No se preocupa de los detalles topográficos. Desde el avión, el paisaje se presenta como un mapa ideal. Es cierto que hace desaparecer muchos detalles. Pero para conocerlos, se han escrito los libros.

Desde arriba, todo se contempla *sub specie aeterni*. En el valle, las montañas cierran la vista. Contemplamos los cerros y nos preguntamos, ¿qué habrá detrás de ellos? Cuando niños, nos decían que una de las cualidades de Dios consistía en poder



ver los objetos desde todos los lados simultáneamente. Desde el avión, esta manera de ver es la esencial. Se observan ambas laderas de los cordones de cerros. Se obtiene la visión del conjunto. Y eso vale más que la miopía que resulta de perderse en detalles.

¡Doce fajas infinitamente estrechas sobre 1,200 kilómetros recorridos! ¿Quiere expresarse mejor la aridez de este país? Lo que existe fuera de esos estrechísimos valles, es desierto. Al principio, hasta La Serena, y aun más allá, hasta Copiapó, una vegetación cada vez más rala cubre los cerros, especialmente en la zona de la costa y en la alta cordillera. De ella viven manadas de cabríos, y aun logra alimentar algún ganado durante unos pocos meses, cuando caen las lluvias. Alguna leña también se extrae de ella. También hay regiones en que se dan los cereales de rulo, aunque siempre expuestos a los peligros de un año demasiado seco. Hay también algunas aguadas, en que un campesino ha levantado un mísero rancho, trepando a las altas montañas, para vivir en la soledad de aquellos páramos desamparados. Pero si se suma el valor que producen estas explotaciones esporádicas, ¿resultará el valor de la cosecha de una sola grande hacienda de la zona central o austral?

Como las minas, mucho más numerosas que los recintos ocupados por campesinos, las pequeñas posesiones agrícolas se pierden en la inmensidad del desierto. Contempladas desde arriba, casi producen hilaridad. Pero no. Uno piensa en el esfuerzo de estos hombres. Piensa en su afán de aprovechar la última gota de agua, de imponerse frente al desierto. Piensa en la tristeza de esa vida solitaria, en los sueños que el sol poniente y la claridad de la noche debe sembrar en aquellas almas, surgidos del choque entre la estrechez de su vida y la inmensidad del paisaje. Piensa en eso y los admira. Quisiera ayudarles. Decirles una palabra bondadosa. Dejarles algún obsequio de una vida mucho más rica y complicada. Ver sonreír sus ojos. Oír alguna palabra de sus labios secos y varoniles. Pero, quizá, la aridez del desierto los haya momificado y su gesto sea como el de las momias de Chiu-Chiu. Es decir, de una resignación desesperante.

Las ciudades se presentan como pequeños tableros de ajedrez en miniatura. Infinitos senderos convergen hacia ellas de todas partes, y en el punto en que se entrecruzan, parece que el espíritu ordenador del hombre se ha complacido en resolver la sinuosidad natural de las huellas en un juego matemático de líneas y cuadrados. Es como si el dueño de la creación hubiera querido dejar un testimonio de su existencia, superpo-



niendo a la naturaleza una imagen de su cerebro. El trazado de las ciudades pone una nota de desarmonía a la magistral composición del paisaje. Pero como apenas hay ciudades en ese inmenso recorrido, la naturaleza es más fuerte y ella se impone ampliamente. Por lo demás, esas ciudades no parecen más que parcelas cultivadas de un fundo.

Más allá de Copiapó la aridez del desierto ha destruído todo vestigio de vida. Cruzamos las inmensas quebradas de Chañaral, de Doña Inés Chica, del Carrizo, de la Cachina y de la Peineta. La soledad es indescriptible. Arena amarillenta y sol abrasador. A veces una huella, formada por los pasos de los indios y arrieros que han cruzado esos desiertos en el curso de los milenios y que ninguna lluvia ha borrado. La tristeza del paisaje lo invade a uno. Y sin embargo, nos sobrecoje el deseo de cruzar esas soledades, de colocar el pie sobre la arena, de avanzar por los valles, de conquistar alguna quimera. El anhelo de lo infinito nos es trasmitido por el paisaje. Y por primera vez comprendemos la fuerza mística que impulsó a los conquistadores del desierto a emprender la arremetida contra lo desconocido. Esas huellas a través del desierto son como la ruta hacia la infinidad.

La bahía de Chañaral está llena de camanchaca. La neblina parece llenar toda la costa. Donde se abren los cerros de la costa, la podemos percibir, y a veces se extiende más allá de las primeras cerranías del litoral. Es como si el océano se encontrara en cocción y el vaho quisiera invadir el desierto. Pero éste es más fuerte. Alcanza hasta la misma costa, y la humedad de la camanchaca no logra despertar la vida en los arenales. El contraste no deja de ser grotesco, pues nadie sospecharía que un paisaje cubierto la mayor parte del año de neblina, pueda ser muerto. Anoto en mi diario: lo húmedo se aviene con lo estéril. Casi me parece estúpida la afirmación, pero no encuentro otra expresión.

Más allá viene la región salitrera. El paisaje adquiere ahora un matiz más claro.

Desde arriba, y a pesar del inmenso respeto que les infunde a las categorías de nuestro pensamiento «nuestra primera industria nacional», las salitreras se presentan como aquellos juguetes de máquinas, casas y ferrocarriles que se regalan a los niños.

Las oficinas parecen estrellas de mar. Hacia todos los lados irradian de ellas huellas y pequeños ferrocarriles. Ahora todo eso está abandonado. No corre ningún tren, no sale humo de ninguna chimenea, excepción hecha de Santa Luisa en Taltal.



Los rípios tienen siempre la forma de una doble luna que converge hacia la oficina. Las calicheras explotadas se asemejan a un terreno cubierto de musgos. Son manchas de color más oscuro dentro del desierto amarillo. En los bordes parecen encrespase.

La superficie explotada es insignificante, en comparación con la explorada, pero aun no tocada. Todo el desierto está cruzado de linderos, marcados en forma de líneas trazadas en el terreno. En trechos regulares los tiros han abierto la superficie, indicando que existen reservas de caliche. Estos terrenos calicheros se extienden mucho más al sur de Taltal, y en el norte se confunden con los de Antofagasta.

Pronto nos encontramos frente al primer salar de la Pampa, aquel que se extiende entre la Sierra del Muerto y la de Vicuña Mackenna. Las borras estancadas en la Pampa simulan la existencia de un lago. Pasamos frente al cerro de la Campana, observamos el panorama de la Pampa de Aguas Blancas, cruzamos las cerranías suavemente plegadas que quedan al oriente de la Quebrada de Mateo y aterrizamos en el aeródromo de Portezuelo, a 18 kilómetros de Antofagasta.

¿Es el volar una fatiga, una pesadilla, hay sensación de peligro, de encontrarse en medio del vacío? Es un encanto. Hay sensación de firmeza, de «línea», de seguridad. Es como manejar un automóvil de noble estirpe, franquear los escollos con mano segura, pasar con gran rapidez entre vehículos y objetos y detenerlo elegantemente al llegar al término del viaje.

El espíritu se encuentra en actividad intensísima. Puede vagar sobre montañas y desiertos. Puede hacer piruetas, perderse en reflexiones inexpresables y volver a su ruta natural. Puede retroceder hacia los tiempos más primitivos y avanzar hacia un futuro incógnito.

El volar despierta en nosotros muchas cosas adormecidas y nos obsequia una vida de mayor plenitud y más rica en sus formas.

Quien lo haya experimentado, lo reconoce agradecido.

#### SALITRE

De Portezuelo a Antofagasta son 22 kms. Se atraviesa el Salar del Carmen, dentro del cual se encuentran las ruinas de la primera oficina salitrera instalada en esa región.

En las laderas de los cerros de la costa, la camanchaca hace crecer algunas flores de vivos colores, que transmiten una nota de alegría al terreno estéril.



La ciudad ofrece un aspecto de vida civilizada moderna, que contrasta con la aridez del desierto que hemos dejado atrás. Es una mezcla de Valparaíso y Temuco. No tiene carácter propio. Es que el Norte es un apéndice del Valle Central, de que todo recibió y asimiló.

Reflexiono acerca de este hecho. ¿Cómo es posible que la vida tenga un fondo tan estático y permanente? ¿Cómo explicar que el paisaje no haya transformado al individuo, cambiando su carácter, su mentalidad, sus anhelos?

Pues en el hotel tocan los mismos bailables de Santiago visten de la misma manera, tienen el mismo gusto en todo, la misma fisionomía. Y aun los mismos problemas.

Conversando con los miembros del Comité Civilista, de tanta ingerencia en la política de estos últimos meses, me convenzo de que lo que les interesa es la política santiaguina. Piensan permanentemente en la capital, viven de ella, quisieran participar en sus asuntos, gobernarla, dominarla.

—Queremos que en Santiago sepan que deseamos un Gobierno estable, civilista, constitucional. Deseamos que se respete a la autoridad. No toleramos que se malgasten los fondos del país. Propiciamos el orden y la austeridad. Nos hemos agrupado aquí a fin de posibilitar un Gobierno de esta naturaleza. Queremos que los politiqueros y los militares sepan que existe un frente único que se opondrá a toda tentativa de perturbar la marcha del Gobierno

Es el eterno anhelo de todas las provincias: hablan pestes de nuestra capital, pero desean absorberla.

He buscado algo propio y particular en Antofagasta. No es tan sencillo encontrarlo. Quizá podría citar las ruinas del establecimiento de beneficio de estaño de Patiño, allá afuera, sobre el camino hacia Caleta Coloso. Las murallas se yerguen al cielo cual un fantástico castillo. Podría referirme también a Caleta Coloso, escondida como un nido en un rincón de la bahía. Ahí los carros del ferrocarril están colocados en hileras, como si de repente tuviera que sonar el pito, para que partiera el tren. Y las enormes grúas extienden sus brazos, como si tuvieran alguna esperanza de levantar algo. Y las lanchas se mecen sobre el océano como si tuvieran que transportar algo. Pero todo eso está abandonado. El moho está carcomiendo el metal. El único ser viviente es un pescador que está durmiendo sobre el muelle. Y una gaviota que lo está mirando desde la grúa. Todo eso es completamente inútil.

Detrás del pueblo, algunas bocaminas indican que los cerros encierran metales. Pero nadie trabaja las minas.



¡Y pensar que Caleta Coloso le debe su existencia a la falta de capacidad de Antofagasta! Ahora hay 12,000 cesantes en la ciudad. Me dicen que no se quieren ir al sur, por haberse arraigado en la ciudad. El Estado les ayuda con alimentos. Ellos creen en el resurgimiento, esperan el día en que todo ese equipo paralizado vuelva a moverse, en que resucite la vida.

¿Cómo explicar este amor al terruño, que tan poco tiene de propio que le dé carácter?

Quizá la explicación no se debe buscar en el paisaje; es preciso encontrarla en aquella íntima comunidad que constituye el trabajo común, el sudor dedicado a la obra de todos. El trabajo une más que el paisaje. Todos estos hombres, reclutados de las más variadas regiones del país, y aun del extranjero, son hijos de una madre inmensa: del salitre. Y ese parentesco los une

En la bahía se destaca la silueta de un transatlántico. Hay gran movimiento en el muelle. Nacionales y extranjeros, turistas, ingenieros, comerciantes, gañanes, mayordomos. Damas elegantes con labios rojos.

Fijemos el ojo en algunos personajes que nos acompañarán en las páginas que siguen (1).

Primero uno que se va, pero cuya sombra continuará siguiéndonos: el Ingeniero, el hombre que gastó 32 millones de dólares en la planta de Pedro de Valdivia. Es el prototipo del ingeniero siglo XX. Afable, con ojos azules optimistas. Completamente compenetrado de objetivismo. Para él el mundo es un problema matemático. Hay que buscar la fórmula más acertada y aplicarla. Hay que creer en ella, entregarse absolutamente. De ahí que tenga tanta seguridad en su comportamiento. Y tanto encanto ingenuo en los ojos. El universo es para él un asunto resuelto. Hemos descifrado sus geroglíficos. Sabemos todo y sabemos que lo sabemos.

En seguida el Diplomático. Para él, el mundo es un problema literario. No cree en la técnica ni en las fórmulas. Opina que las cosas tienen un alma escondida, que es preciso descubrir con mucho espíritu de fineza. Ve en todos los problemas las complicaciones psicológicas. Tiene fe en combinaciones espirituales. Pero tampoco se pierde en las regiones nebulosas del otro mundo. Se dice muy pagano y acepta gustosamente los encantos terrestres, entre los cuales incluye las mujeres, el vino y un buen almuerzo, aunque sea chileno. Pero es, sobre todo, un buen europeo.

(1) Ruego al lector no buscar ningún ser de carne y hueso en estas figuras, que son simples decoraciones del paisaje.



Viene después el Ataché Comercial. Es tan europeo como el Diplomático, pero no es literato, aunque también trata de auscultar la vida económica con ojos espirituales. Por profesión tiene que preocuparse de asuntos muy materiales, pero le da preferencia al análisis de la estructura psíquica del *homo oeconomicus*. Es economista contra su voluntad. Estima que un exceso de economía daña a la integridad del hombre. Tiene mucha tradición histórica y cultura secular en sus hábitos.

Finalmente, el Administrador. Como yanqui, es un carácter simple, pero como no es yanqui puro, hay en él otros elementos que varían sus cualidades fundamentales. Cree en la técnica, pero no la considera como una finalidad pura. Se da cuenta de los desastres que la técnica ha ocasionado al género humano, pero tiene fe en la posibilidad de remediar sus males mediante una organización social adecuada. Conoce, además, el poder irresistible del dinero, pero cree que desaparecerá alguna vez. Es una mezcla muy feliz, casi sin contradicciones, de ingeniero, comerciante, capitalista y tecnócrata.

En la quinta Casale, un almuerzo me reunió con todos estos personajes y otros más.

Después del desierto, la quinta Casale es un ensueño. Vegetación exuberante, flores, perfume vegetal.

La conversación fué muy animada.

Los europeos reclamaban salitre barato. Insistían con alguna vehemencia en su punto de vista. De sus palabras se traducía animosidad anti-yanqui.

Los norteamericanos aludían al dumpig alemán. No contestaban con precisión. Al parecer, no tenían interés en hacerlo. En cambio, se refirieron con marcada intención al problema monetario.

—Somos partidarios de la moneda sana, manifestó el Administrador. Yo he perdido el 90 por ciento de mis ahorros en esta crisis. Los valores mobiliarios están excesivamente despreciados. El resto que me quedó lo he invertido en Chile, comprando un fundo cerca de La Serena. Yo creo que la agricultura será la salvación del país. Hay que saber cultivar los campos solamente, producir fruta de alta calidad, para exportarla.

Y siguió alabando los valores puros de la tierra. ¡Qué raro!

Estábamos discutiendo sobre el salitre y terminamos con un elogio a la agricultura.

Más tarde, el Ataché Comercial interroga al Administrador acerca de las cualidades del obrero chileno.

—Oh, contesta aquel, el obrero chileno es tan bueno como el mejor del mundo, quizás mejor. Hemos hecho las mejores



experiencias. Cuando llegaron las primeras palas mecánicas a las salitreras, tuvimos que emplear mecánicos extranjeros, porque el chileno no sabía manejarlas. Hoy día el obrero nacional ha desplazado totalmente al extranjero. Cuando se creó la Coshach, había cerca de 600 empleados extranjeros en la Pampa, ahora son 17. Ustedes tendrán ocasión de apreciar la labor que desarrollan.

El Diplomático protestó.

—No puedo creer que el obrero chileno sea tan bueno como el europeo, dijo.

—¿Y por qué nó? pregunté.

—Porque no es creador, contestó. Puede que realice admirablemente las operaciones que se le enseñen, máxime si se le somete a la esclavitud mecanizadora de la máquina, que lo obliga a trabajar. Pero jamás tendrá el menor anhelo de improvisar, de innovar, de mejorar la técnica.

—No crea eso, señor Ministro, replicó el Administrador. La experiencia que hemos hecho nos demuestra lo contrario. Tiene un espíritu tan alerta y abierto como el mejor obrero extranjero. Ustedes tendrán ocasión de verlo. Todo depende de la forma como se organice el trabajo. Dentro de una buena organización, el obrero chileno es creador.

—Yo creo lo mismo, observé. Desgraciadamente, lo que no hemos conseguido en Chile, es organizar racionalmente a nuestra sociedad. Todo se hace, como decimos, a la diablo, sin método ni sistema. La anarquía de nuestra manera de trabajar implica anarquía espiritual. La creación de que necesita nuestra época no es ya el invento casual de siglos pasados. Hoy día los mismos inventos se hacen con sistema, y por eso sirven para algo. Inventos casuales tienen escasa importancia. Pero de todo esto no se debe inculpar a nuestro pueblo, sino a las clases dirigentes, las que son las responsables del desorden en que se desarrolla nuestra vida.

En esto, al parecer, todos estaban conformes.

Después del almuerzo, el Packard del Administrador nos condujo a la Pampa. El camino es espléndido. El marcador de velocidad señalaba entre 100 y 110 kms. por hora.

Como no hay obstáculos de ninguna especie y el tráfico estaba reducido a un mínimo, por la falta de bencina, avanzamos rápidamente. El Administrador maneja.

A ambos lados se extiende la soledad del desierto. Tres o cuatro veces pasamos por una estación del Ferrocarril a Bolivia, una casita pintada con color verde, que se destaca airosamente del fondo café amarillento de la arena del desierto. La planicie



es interrumpida por lomajes suaves, los que ostentan finísimos colores, de todos los matices imaginables. La pampa es de aspecto sumamente amable, no tiene la menor brusquedad. Parece que la acción del viento ha cubierto todo el paisaje de una capa suave de material ligero.

La estación de Baquedano, donde cruzamos la línea del Longitudinal, se presenta como una inmensa maestranza.

De vez en cuando pasamos por la sepultura de algún cateador muerto de hambre o asesinado en el desierto. Un montón de piedras y una cruz de madera dan testimonio de haber terminado aquí una vida humana. Más allá, observamos el esqueleto de una mula.

El único símbolo de vida son los postes de telégrafo y teléfono que nos acompañan. Y la canción del motor del auto.

Converso con el Administrador.

—No es justo, dice, que se arruine todo el universo, porque existen por ahí algunos banqueros que nadie conoce, que han ideado un sistema que les permite acaparar todas las riquezas, sin correr ningún riesgo y que ahora han paralizado la vida, hasta que se les paguen las sumas que figuran en sus libros.

—¿Pero cree usted que nos libraremos alguna vez de ellos?

—Evidentemente. Lo que debemos hacer es reunirnos todos y negarnos a pagar. Mejor aun sería que nos unamos para repartirnos las riquezas acaparadas.

—¿Pero cree usted que esas riquezas acaparadas representen algo más que una mera ilusión? Mucho me temo que en el momento en que tratemos de apoderarnos de ellas, nos encontremos frente a la sorpresa de que no hay absolutamente nada.

—¿Pero cómo puede ser eso?

—Muy sencillo. Porque esas riquezas sólo existen mientras nosotros les atribuyamos existencia y actuemos como si las hubiere, pagando deudas que creemos deber. En el momento en que ya no exista este reconocimiento, tampoco habrá tales riquezas. La humanidad vive bajo la presión psicológica que sobre ella ejercen sus propias creaciones mentales.

Esta frase gustó mucho al Diplomático.

—Es exactamente lo mismo que está ocurriendo en Europa con las deudas de la guerra, observó. Un buen día nadie querrá pagar, y entonces desaparecerá el espejismo. Pero el señor Keller tiene la razón: el problema es mucho más amplio y lo que él dice rige también para todas las demás relaciones contractuales. Sin embargo, mucho me temo que la civilización se desquiciará totalmente, una vez que se deje de respetar los contratos.



—Así será, repliqué. Pero el hecho es que estamos evolucionando rápidamente hacia ese nihilismo.

El Administrador me preguntó si llegué a conocer al profesor Vavílow, delegado del Soviet, gran figura internacional en el campo de la biología, que hace poco estuvo dos días en la Pampa

Lo conocí.

—El millonario boliviano Aramayo se enojó mucho conmigo, dijo el Administrador, por haberlo invitado a una comida junto con Vavílow.

Y comenzó a hablarme del profesor ruso. Su robusta personalidad, esa mirada risueña que lo caracteriza, ese frente varonil, su profunda credulidad en el éxito del nuevo sistema, sin dejar a un lado la objetividad del investigador científico habían impresionado profundamente al Administrador.

—Vavílow es un niño, le manifesté. Tiene una fe en el comunismo, como un cristiano del siglo diez creía en la vuelta del Salvador. En el fondo, ese comunismo es una religión, aunque se creen ateístas en Rusia. Vavílow es de opinión que la mentalidad chilena está suficientemente desarrollada para el comunismo. En una ocasión me manifestó: «Lenin dijo una vez que si se lavaba bien a los innumerables pretendidos «rojos» que hay en Rusia, resultarían blancos; yo quisiera caracterizar la situación espiritual de Chile parafraseando la afirmación de Lenin. En efecto, aquí hay muchos blancos que, bien lavados, resultarían «rojos»

—Yo, por mi parte, no creo en el comunismo, observó el Administrador. Pero tenemos que hacer un esfuerzo para tener una economía planeada. El caos en que vivimos no puede continuar. La Cosach es una empresa bien planeada. Tenemos excelentes plantas, lo más moderno y perfeccionado de la técnica del siglo. La máquina ha desplazado al obrero, pero nadie se ha preocupado del obrero que perdió su trabajo. Hay bastante que hacer en el mundo para darles ocupación a todos. Es también necesario modificar la distribución de las rentas y aniquilar la influencia de los banqueros. Algún día, quizás más cercano de lo que suponemos, se hará eso. Entonces todo funcionará bien. Cada cual desempeñará un papel útil y tendrá la situación que merece

Así decía el Administrador. Pero él no es comunista.

Más allá se levanta la primera chimenea de una oficina salitrera: Sargento Aldea. Pronto sigue otra, y luego desfilan hilera interminable a nuestra izquierda, sobre el borde del valle porque avanzamos



Una sola de todas está en trabajo: Chacabuco. Frente a ella, en el valle, se encuentran todavía las trincheras bolivianas que Baquedano tomó con elegancia y brío. Parece que sólo ayer fueran evacuadas.

Chacabuco es la más moderna de las oficinas sistema Shanks. Se construyó en 1925, con un costo de un millón de libras esterlinas. Trabajan actualmente 1,800 hombres, con una jornada reducida a cuatro días y medio. Se producen 7,000 toneladas, pero puede producir 15,000 al mes.

Visitamos la planta. Hombres desnudos, de enormes músculos, sudan vaciando los cachuchos. La técnica mucho ha progresado, pero aquí, sin la ayuda del hombre, que realiza el trabajo más pesado, ella no funcionaría.

El campamento está muy bien tenido. Casas sencillas, pero cómodas, de madera. Orden y aseo.

Al lado de la planta, un montón de sales blancas: 127,000 toneladas de salitre a la vista, exactamente el consumo de Francia del año en curso. El Ataché toma una vista y dice que la enviará a Europa, para que vean lo que son 127,000 toneladas.

—Pero si tienen tanto stock, observa el Diplomático, lo justo es bajar los precios. ¿Qué ganan con conservar este salitre en la Pampa, hasta que los intereses se hayan comido el capital invertido?

Estamos de buen humor.

Después tomamos la espléndida nueva carretera de Chacabuco a Pedro de Valdivia y María Elena. Son 72 kms. y atravesamos el Llano de la Paciencia, un plano inmenso, absolutamente desierto. En todo el trayecto, el único testimonio de vida son dos campamentos de cinco ranchos que ocupan las cuadrillas camineras.

Más allá pasamos por el cerro Solitario, con una columna geodésica en la cumbre. Desde el horizonte saluda la cadena de la alta Cordillera: los gemelos San Pedro y San Pablo, el Lascar, el Licancaur. Observamos los cerros de Monte Cristo, detrás de los cuales se encuentra Chuqui. Vemos la depresión de la pampa hacia el río Loa.

—Este paisaje lo llena a uno del anhelo de penetrar en él, observa el Diplomático. Quisiera avanzar a través del desierto, bañarme en la arena, ascender los cerros, conquistar lo desconocido. No sé como decirlo, pero me parece que el desierto hace despertar instintos primitivos y salvajes. Uno se siente como si naciera de nuevo, mucho más vivo y vigoroso. En la Siria experimenté iguales sensaciones.

Comenzamos todos a alabar los encantos del paisaje. Pero



quizá nos alejamos demasiado de la vida real. Al menos, a mí me convenció de ellos un Ford que encontramos en el camino y que nos pidió agua, pues se le había agotado totalmente.

—Desde veinte horas estoy esperando esta ayuda, dijo el chofer.

—Antes, cuando la Pampa trabajaba, observa el Administrador, el tráfico era tan intenso en este camino, que nos vimos obligados a construir esta nueva huella al lado de la antigua, que se encuentra en perfectas condiciones, pero que no podía absorber el tráfico que había. Los accidentes eran tan frecuentes que casi era más peligroso el viaje a través del desierto que en una gran urbe.

En realidad, es ésta una de las tantas paradojas de las Pampas del Norte.

Después cayó la noche. A lo lejos brillaba un mar de luces, como si fueran de una gran ciudad, en medio del Llano: es Pedro de Valdivia.

El cielo parece arder en colores amarillos y rojos, de matices indescritibles. Al atardecer, el desierto revela todos sus encantos.

Sobre un fondo rojo claro, se extienden hacia el cielo los inmensos brazos negros de gigantescas palas mecánicas. Están colocadas en interminable hilera y son como un suspiro, como una sed inmensa de trabajo. O, si se quiere, simbolizan las fuerzas endemoniadas que fueron desencadenadas en el desierto y que ahora se ven crudamente abatidas.

Luego visitamos la pulpería de esa ciudad que se llama Pedro de Valdivia y que tiene 10,000 almas. Es un hormiguero humano. Mujeres bien alimentadas y bien vestidas entran y salen. El precio de las mercaderías es ínfimo, mucho más bajo que en Santiago. La carnicería dispone de enormes frigoríficos. Hay aquí todo lo necesario para la vida: alimentos, géneros, calzado, libros, artículos de confort. Todo ha sido racionalizado, metodizado, organizado.

Un personal, poco numeroso, atiende las necesidades de 10,000 habitantes.

—Esto es asombroso, observo. Vea, Ministro, el derroche de trabajo que hay en nuestros pueblos. En cada esquina se encuentra un turco o italiano. Para diez mil almas, existen doscientos almacenes. Cada cual tiene transacciones de pequeñísimo monto, y la consecuencia es un recargo enorme de los costos de los productos, porque todos quieren vivir. Aquí, con un poco de organización, el caos ha desaparecido. Se consigue aten-



der las necesidades humanas a menor costo, en forma más higiénica y racional.

—Tiene usted toda la razón, dice el Diplomático. ¿Pero dígame, y dónde queda la libertad individual? Usted quiere obligar a todo el mundo a atender sus necesidades de igual manera, a consumir lo mismo, a tener idénticas necesidades. Eso no es humano. En cuanto a mí, yo no compraría absolutamente nada en esta pulpería. Yo no me sometería a esta dictadura.

—Pero, permítame, señor Ministro, replicó el Administrador. Nosotros también tenemos aquí la venta libre. Usted podrá visitar los almacenes y tiendas independientes. Existe aquí absoluta libertad.

Sin embargo, el hombre no parece apreciar tanto la libertad en sí. Al menos se desprendía esto del hecho de que los almacenes y tiendas independientes se encontraban casi desiertas.

Nos hospedaron en el comfortable chalet del Administrador. En el hall, las paredes están cubiertas de exóticas trepadoras. No hay lujo, pues éste relajaría los hábitos de trabajo y la energía que demanda la labor ruda y esforzada en la Pampa. Pero hay confort. Todo ha sido hecho en la forma más práctica imaginable. Todo ha sido racionalizado, cada objeto parece penetrado del espíritu de ingeniero. Naturalmente, esto no ha crecido en Chile. Hasta los muebles, standardizados, de metal, han sido importados. El menaje es del tipo de oficina. Se repite exactamente igual en todas las casas de empleados, y no hay distinción entre las de jefes y subalternos.

Después de un baño, smoking, damas en toilette de noche, comida refinada, chistes, buen humor. Algún cansancio de arte de mis compañeros de viaje.

Aparece un nuevo tipo humano: el inglés de la Pampa. Muy simpático, afable, de claros ojos azules y carne rosada.

El Administrador cuenta un chiste.

—Nunca me olvidaré de un viaje que hice en el ferrocarril que administra mi amigo inglés. En una estación solitaria de la Pampa pedí pasaje a Taltal. El jefe de estación me preguntó en qué clase deseaba viajar. ¿Cómo, le pregunté, hay varias clases? Pues sabía que el tren constaba de numerosos carros salitreros, pero de uno solo de pasajeros, en que viajaban todos. En fin, tomé un boleto de primera. Llega el tren. Me acomodo en el único carro de pasajero, junto con los obreros. Qué diablos estos ingleses, pensé, de pedirle a uno más por el viaje que a los demás. Sin embargo, más tarde me convencí de que la diferencia de pasajes tenía su razón. En efecto, cuando llegamos a una cuesta, la locomotora no fué capaz de arrastrar el convoy. Apa-



reció entonces el conductor y ordenó: los pasajeros de tercera ayudarán a empujar, los de segunda podrán subir a pie y los de primera podrán permanecer en el carro.

Hilaridad.

—¿Y qué hizo usted? preguntó el inglés.

—Como buen yanqui, ayudé a empujar.

Pero a mí me pareció que su ayuda obedecía antes al afán de protestar contra la técnica deficiente de los ingleses.

La conversación se dirigió más tarde a la política. Una señorita chilena trató de convencerme de que Antofagasta había salvado a la República. Todo el Norte se presentaba, en efecto, unido, y a pesar de toda su miseria actual, estaba convencido de dirigir al país.

Después, conversando solo con el Diplomático, me hizo esta observación:

—¿Se ha fijado usted que los ingenieros chilenos han sido perfectamente yanquizados? Es cierto que se interesan por la política nacional, pero observe usted sus hábitos, su lenguaje, su entusiasmo por la técnica: eso no es latino. A mí, todo este ambiente me parece detestable. Es un mundo que no comprendo. Jamás me habría imaginado que la esclavitud y el vasallaje podrían tomar tal desarrollo. Aquí no hay alma, no hay espiritualidad. Con esto termina la vida. Mi sentimiento se subleva, quisiera huir a algún rincón solitario del desierto y adorar a algún volcán, como los paganos.

—Espérese, le repliqué. Ya veremos otras cosas interesantes, siempre que ustedes quieran acompañarme a los oasis donde se desarrolló la vida primitiva y original de los aborígenes.

—Convenido.

Las mujeres comentaban la vida social de la Pampa. Una chilena le dedicaba elogios a la hospitalidad yanqui, al espíritu de camaradería que reinaba en las relaciones entre jefes y subalternos y al afán en hacer agradable la vida en el desierto. El diplomático quiso explicar todas estas condiciones, presentando un análisis de la psicología anglosajona.

Pero el inglés protestó.

—Esto no es inglés, afirmó. La evolución ha separado de tal manera a los dos pueblos hermanos, que se distinguen substancialmente en la actualidad. Los yanquis ni siquiera tienen el derecho de decir que hablan el idioma inglés, porque la lengua en que se expresan no es el inglés.

Todo eso lo decía medio en broma y nadie podía molestarse por ello. Pero sus palabras expresaban, además, la protesta de la vieja Europa contra el Nuevo Mundo.



Aquel inglés—y como él hay muchos—, se había acomodado, sin duda, perfectamente en el ambiente exótico de la Pampa y probablemente iba a morir en ella. Amaba a este país, pero no era su patria. Toda la simpatía que profesaba a lo nuestro, provenía de la situación que se había formado. Había en su tolerancia el cariño que el conquistador tiene por lo conquistado. Como señor soberano de un pequeño mundo, uno forzosamente tiene que defender lo suyo. Pero detrás de esta actitud de benevolencia hay una conciencia de la fuerza que uno representa y cierta dulce nostalgia por las verdes praderas de la lejana patria. Para hacer revivir los recuerdos del terruño—y quizá también, a veces, para suprimirlos—hay un remedio infalible: el whisky. El whisky es para el inglés, lo que es el opio para el chino, o sea, un «hachich» de maravillosas cualidades.

Despiertos por él los ánimos, el Administrador comenzó a desarrollar por segunda vez su teoría social. Evidentemente, había leído a los tecnócratas, y creía en la posibilidad de resolver los problemas de la Humanidad, así como se construye un planta salitrera. El gran enemigo, que se encuentra en el fondo, la barricada que hay que salvar: ese es el capital, el mundo de los banqueros, incomensurable e ininteligible para el ingeniero genuino. Cree éste que está dominando y no se da cuenta que hay una fuerza avasalladora que lo domina a él. La presiente, y la odia. Pero no ha reflexionado sobre las posibilidades de destruirla.

Fué casualidad o existen aquí relaciones más profundas, el hecho es que el Administrador comenzó a hablar otra vez sobre Vavílow. Parece que este personaje ha dejado una impresión muy profunda y que la inmensa sombra del comunismo no desaparecerá tan pronto del desierto.

---

Lo más curioso es que mis amigos europeos habían desarrollado toda su filosofía anti-técnica, antes de haber visitado las plantas modernas de Pedro de Valdivia y María Elena. Hice, al día siguiente, esta observación al Diplomático.

—Eso no tiene nada de particular, ni debe usted admirarse en lo más mínimo de ello. El verdadero europeo no se deja impresionar por la acumulación de instalaciones. Quizá un examen demasiado cuidadoso y atento de las maravillas técnicas, contribuya solamente a perturbar el criterio y el juicio sano. Usted comprenderá que todo microcosmo se exterioriza en forma espiritual, de alguna manera. El alma de las creaciones humanas



reside en todas sus partes y se encuentra tanto en una máquina gigantesca como en cualquier rincón de estos edificios. El arte consiste, precisamente, en descubrirla donde menos piensan que pueda morar. El espíritu de fineza nos permite hacer este análisis. Todo el ambiente de ayer en la noche, las conversaciones, las modalidades, los hábitos, si usted quiere, la manera de colocar los labios o de mover los pies: todo eso fué una revelación maravillosa del espíritu que reside en estas obras. Yo ya lo conozco perfectamente y tengo la seguridad de que no tendré que agregar ningún detalle al cuadro que poseo acerca de sus condiciones.

Fuimos en seguida al desierto y vimos funcionar las palas mecánicas. Los barreteros habían perforado la sobrecarga con barrenos mecánicos y colocado 400 tiros. Mediante una leve presión sobre un botón eléctrico, hicieron explosión esos tiros. Como un tanque, dotado de un inmenso brazo, la pala mecánica se movía sobre la Pampa, bajaba el brazo y cargaba la mano de material, para levantarlo en seguida y depositar el material estéril en el terreno ya explotado. Una vez separada la sobrecarga, una nueva serie de 400 tiros colocados en el caliche preparaba el terreno explotable para su extracción mecánica. La pala se movía a través de los trozos tronados y cargaba el material sobre los carros del ferrocarril. Extraído el caliche, la pala tomaba la línea férrea y la transportaba algunos metros más hacia atrás, para poder iniciar la explotación de una nueva faja.

Antes, todas estas operaciones demandaban un extraordinario esfuerzo físico humano. El desierto devoraba al hombre, destruía su salud, lo aniquilaba. Ahora, el hombre se limita a dirigir la máquina. Ella le obedece ciegamente. Se mueve a través del terreno accidentado, en forma soberana, con suma libertad, como si todo eso no significare el menor esfuerzo.

—Antes, 400 hombres, sometidos a condiciones de trabajo sumamente pesadas, no lograban realizar la labor que ahora está a cargo de 40, nos explicó el Administrador, feliz de poder demostrar los progresos alcanzados. Este trabajo, que antes era infernal, se ha convertido en una rutina, agregó.

El ferrocarril conduce el caliche a la planta y lo deposita en las chancadoras. Cada carro es volcado sobre una abertura gigantesca, en cuyo fondo hay una garganta de infierno. Se levantan inmensas polvaredas.

Abajo, una cinta recoge los trozos y los conduce a los tanques de lixiviación, de 7,000 toneladas de capacidad, cargados mecánicamente. Aquí se agrega agua salobre del río Loa, recalén-



tada a 50°C y se prepara así la legía. Los caldos pasan en seguida a la planta de cristalización. En la planta de cristalización se bajan las temperaturas con la ayuda de amoníaco. Cristalizado así el salitre, se extrae el agua por medio de una centrífuga. En seguida se funde el salitre producido. El líquido, que tiene 350°C, es conducido a la planta de granulación. Una especie de soplete produce una lluvia dentro de un enorme edificio, y al caer el salitre, adquiere la forma de granos. Una nueva cinta mecánica conduce los granos a la cancha, donde se secan, y se pasan a la ensacadura, que también es mecánica, con pesadura y cosedora igualmente mecánicas.

Una vez extraído el salitre del material depositado en los tanques, una gigantesca draga mecánica se encarga de vaciarlos.

Para mover la planta y los ferrocarriles y producir el calor necesario, Pedro de Valdivia dispone de una central eléctrica de 27,000 H. P.

—Lo único malo que tienen estos motores Diesel, nos explica el ingeniero, es que son de procedencia alemana.

En sus ojos azules se destaca una sombra, motivada por el recuerdo del rival europeo.

—¿Y por qué razón han empleado motores alemanes? le pregunto.

—Porque tales turbinas de 5,000 H. P. cada una no se construyen en ningún otro país del mundo, fuera de Alemania. Sin embargo, ellas se han comportado admirablemente bien, agrega. Jamás nos ocasionan la menor molestia. En realidad, ellas constituyen el alma de toda la planta. De aquí sale la fuerza, que nos permite recuperar una tercera parte de las calorías del petróleo. Otra tercera parte la recuperamos utilizando el calor del agua que refrigera las turbinas y que se emplea para calentar los líquidos, a fin de facilitar así la lixiviación.

En verdad, todo esto es gigantesco, grandioso, inmenso. Funciona automáticamente. El hombre se limita a dirigir las máquinas. Hay absoluto dominio de la materia. La técnica ha celebrado uno de sus mayores triunfos.

Agréguese a esto el exagerado aseo que reina en todas partes, el orden, la cleanliness, la línea sencilla y armoniosa de los edificios, construídos todos, incluso las viviendas para los obreros, de cemento armado, las maestranzas, dotadas de todo lo necesario, aun de instalaciones que permiten construir plantas para elaborar subproductos, la obra de arte que constituye la contabilidad y estadística, la organización del trabajo, el bienestar, el hospital modelo, el buen trato: ¿no es todo eso una maravilla?



—Sin embargo, afirma el Diplomático, con 27 millones de dólares invertidos en María Elena y 32 millones en Pedro de Valdivia, es muy sencillo hacer todo esto. Cualquiera lo haría. Es un problema material. Disponiendo del capital, es muy fácil hacer todo esto.

—Pero la verdad es que nadie lo hizo antes de nosotros, replica el Administrador. Aun más: nadie creyó que fuera posible hacerlo. Cuando nosotros manifestamos que mecanizaríamos la extracción del caliche, empleando palas automáticas, todos los antiguos salitreros de la Pampa, sin ninguna excepción, se reían de nosotros y afirmaban que se trataba de un bluff yanqui. Lo mismo decían cuando introdujimos el nuevo procedimiento Guggenheim de elaboración del salitre. Sin embargo, es un hecho que este procedimiento es mucho más barato que cualquiera otro y que no se trata de un puro bluff yanqui.

Mientras el Administrador hacía estas declaraciones, pasábamos al frente de un inmenso edificio, al parecer sin uso. Le pregunté que objeto tenía.

—Oh, replicó, esta es una planta de granulación que hemos construído y que no sirvió para nada. Aquí se han botado dos millones de dólares.

Observé una sonrisa sobre la cara del Diplomático.

Y pensar que toda esta maravilla ahora ya no funciona. Que allende el océano existen las plantas de Leuna, de Oppeln y otras tantas, que han venido a desplazar a nuestro salitre, que todo esto se gastó mientras que se había iniciado la lucha a muerte con la competencia y que quizá esta lucha esté perdida.

Después, en la hora de almuerzo, continuó la discusión del problema. Alguien preguntó qué sería del destino de los obreros desplazados por la máquina en la Pampa, pues es sabido que en vez de los 60,000 obreros que antes demandaba la producción de tres millones de toneladas de salitre, ahora esa misma cantidad podía ser producida con la ayuda de sólo 20,000.

El Administrador contestó:

—Hay bastante que hacer en el mundo, para darle ocupación a todos los individuos. Lo que ocurre es que el mundo se encuentra desordenado y desquiciado. El progreso social y político no ha guardado relación con el desarrollo de la técnica. La técnica es perfecta y puede hacer milagros, pero la organización social lo impide. La culpa la tienen los bancos, que son instituciones infernales.

Y en seguida recordó impresiones de Venezuela, donde trabajó en las faenas petrolíferas.

—El único hombre que se dió cuenta del problema, fué el



Presidente de Venezuela, afirmó, don Vicente Gómez. Gómez no toleró a los bancos. En una ocasión tuve que presentar un proyecto de organización de la Cía. Nacional de Refinación del Petróleo. Nuestra mayor preocupación consistió en evitar la emisión de bonos, pues sobre esta base el Presidente jamás habría autorizado el negocio. Gómez detesta todo lo relacionado con los bancos y el crédito. Y ustedes ven, que Venezuela es quizá el único país no afectado por la crisis actual.

El Ataché también había estado en Venezuela, y así la conversación no se apartó de este tema.

Sobre la aridez del desierto se proyectó la visión de selvas tropicales, ríos caudalosos y el exotismo de una psicología humana, exuberante como el paisaje que se extiende bajo el húmedo sol de la zona del ecuador.

#### PUEBLOS PERDIDOS DEL OTRO MUNDO

En la tarde, el automóvil recorrió los 150 kms. que mide la distancia de Pedro de Valdivia a Chuqui, en dos horas.

El valle del río Loa parece una paradoja en medio del desierto. No se concibe que la aridez no absorba la corriente líquida. Pero pronto nos rodea otra vez la soledad. Es aquí de color café amarillento.

Avanzamos por una depresión del terreno que es encerrada por altas montañas a ambos lados: a la izquierda se encuentran los cerros de Chug-Chug, a la derecha los de Montecristo y al frente el macizo del Inca.

Nos acompaña una doble fila de torres que conducen la energía eléctrica desde Tocopilla.

Poco a poco. subimos a las montañas. Arriba, en la cumbre, nos sorprende un paisaje soberbio. El manto gris de la tarde cubre ya el valle del Loa, pero la transparencia diáfana del aire nos transmite los suaves colores, de finísimos matices, de las altas cumbres de la Cordillera. Es un panorama amplísimo, de un sabor indescifrable. Al frente, brillan los terraplenes amarillos de Chuquicamata.

El «guest-house» de Chuqui no se caracteriza por la «neue Sachlichkeit» de las oficinas salitreras. Recuerda a un hogar burgués de Yanquilandia.

La conversación había cesado casi completamente durante la tarde. Sentíamos algún cansancio, después de las fuertes impresiones que habíamos recibido en las salitreras. Además, el paisaje del desierto nos entretenía suficientemente.



# HOMBRES, IDEAS Y HECHOS

## EL GAVILAN

NOVELA DEL CAMPO COLOMBIANO

**N**O conocíamos una novela moderna que nos describiese la vida rústica de Colombia. Si descontamos las escenas campesinas de «María» de Isaac y las descritas por Marroquín en su novela «El moro», no es frecuente en Colombia este género novelesco. Conozco algunos cuentos de Efe Gómez y de Tablanca. Parte de «La Vorágine» es también descripción de las estancias de la llanura; pero, en general, la novela de ambiente en los países del Norte de la América Austral no había sido cultivada como en las zonas templadas del continente. Abundan en aquellas regiones, caldeadas por el sol, de prodigiosa fecundidad los poetas líricos, y es natural. La poesía es crisis, exaltación como es una crisis de la naturaleza la maravilla de la selva y la violencia de las lluvias tropicales. La novela, en cambio, cada día se hace más científica y reflexiva. Así me explico su mayor desarrollo en Chile y en Argentina.

En este último tiempo, sin embargo, la novela ha tenido en toda América una floración inesperada. La revolución mejicana ha dado «Los de Abajo». El llano de Venezuela, «Doña Bárbara». Las sierras del Ecuador «Plata y Bronce» de Chavez y «Don Goyo» de Aguilera Malta. El altiplano «Raza de Bronce». La pampa argentina a «Don Segundo Sombra» y el matto brasileiro «Macumbirá» de Coelho Netto y «Macunaíma» de Mario de Andrade.

Une a todos estos novelistas, descontando sus modalidades de raza y de técnica, un mismo sentido estético: el americanismo del asunto y su intención heroica. Los protagonistas son héroes. Un curioso rebrote de la epopeya aparece tardíamente en pleno siglo XX. Ciertamente es que la novela europea ha tenido en este siglo un carácter francamente épico, como intérprete



de un nuevo mundo y de un nuevo concepto de la vida. Exaltación proletaria es el populismo francés y los novelistas de la Rusia Soviética, Gladkov o Piniak, entonan un canto grandioso al comunismo naciente.

La novela, sin que los autores se den cuenta, vuelve de nuevo a las fuentes de donde nació. Sus componentes son simples y objetivos, pero la síntesis es de gran efecto artístico. La novela psicológica, aun en manos de Proust y de Joyce, iba perdiendo, poco a poco, su carácter narrativo para hacerse disertación científica, mero análisis de estados de alma. Existía en ellas el documento, la observación novelesca, pero no la novela propiamente tal.

La novela del escritor colombiano Gregorio Sánchez Gómez (Baldomero Arjona) «El Gavilán» nos ha sugerido las observaciones que encabezan estas notas.

En Chile no conocíamos al novelista de Cali. Muy pocos datos he logrado reunir sobre su personalidad literaria y sobre su labor, considerable por el número de obras que figuran en la edición de su último libro.

En la Biblioteca Nacional, sección Americana, encontramos otro libro de Sánchez Gómez «Rosario Benavides», premiado por la Academia Colombiana en 1927.

Son dos novelas de diversa índole, pero ambas se completan, dándonos una visión concreta de la vida colombiana moderna. La ciudad es Cali y el campo ha de ser el valle caucano, donde esa ciudad ha nacido.

Es el señor Sánchez Gómez un novelista nato. Su técnica de narrador es simple, pero de una gran eficacia. Observa bien la realidad y la interpreta sin falsearla. No hay en él pretensiones de estilista, tan frecuentes en los prosistas del trópico, incluso el propio Eustasio Rivera. De ahí que los hechos evocados y los personajes que los realizan surjan por sí mismos, con una objetividad rica en detalles esenciales. Y es ésta, cualidad de verdadero novelista. El autor no aparece nunca entre sus personajes, pero el creador está en todo los momentos de su vida y en todos los lugares que describe. Y además de esto, mejor, como consecuencia de esto, posee el señor Sánchez Gómez el don de exteriorizar el medio urbano o el paisaje campesino, particularizándolo sin excesivo regionalismo. Nos convencemos que esa ciudad es Cali, en Colombia y que esos campos y esos bosques son, efectivamente, los bosques y los campos del valle del Cauca.

La técnica de «Rosario Benavides» pudiera merecer algunos reparos. La novela se inicia magistralmente, pero su final es



flojo, sin interés. Pertenece, seguramente, a la primera época del autor. No así «El Gavilán» en que vemos al novelista en plena madurez. Su concepto artístico no ha cambiado. Ambas novelas son hermanas y revelan iguales condiciones de observación y de técnica, pero en la última hay mayor soltura y un dominio seguro del arte de novelar.

Debemos agregar que el medio campesino en nuestros países de América está menos explotado literariamente y desde luego, más diferenciado por el clima y la producción en cada provincia. En la vida ciudadana, los conflictos se repiten con ligeras variantes. En Chile, en ciudades provincianas como Rancagua, a donde llega el cobre elaborado por los yanquis en «El Teniente», hemos observado un caso semejante al descrito por Sánchez Gómez en «Rosario Benavides».

El caso de Cortada, explotador de los colonos y corruptor de sus hijos, también es común en el feudo inquilinaje de los fundos chilenos y en la colonización de las selvas de Temuco y de Llanquihue; pero la diferencia es grande en la psicología de los personajes. En el Cauca y supongo que en otras regiones de Colombia, las pasiones tienen una violencia desatada. Los hombres parecen estar siempre al borde de la tragedia. En Chile, el campesino se caracteriza por su resignación humilde. Rara vez la venganza es el asesinato del terrateniente que ha arrebatado una hija al inquilino. A menudo, la represalia se resuelve en robos de animales o incendios de sementeras costosas, en que es muy difícil descubrir al hechor, porque toda la comarca se ha hecho cómplice del robo o de la quemazón. Casos como el de don Cacho, de un individualismo épico, casi no se ven en los fundos chilenos.

La figura central del libro es, sin duda, Tiberio Cortada, el gavilán, maestramente dibujado por el novelista.

Se nos presenta de cuerpo entero, vivo y humano desde el principio de la novela, recorriendo sus campos en compañía de Madristo, sus testaferro legal.

«La cabeza de recia pelambre, lo dibuja el novelista, sostenida por el cuello toruno y los hombros fornidos y cuadrados de boxeador; las manos gruesas que casi ni le permitían encoger los dedos; las piernas musculosas, parecidas a columnas de roble. La oscura pupila zahorí, de singular movilidad, pero de mirar penetrante y fijo cuando quería, se tornaba frecuentemente sanguínea como la de la bestia irritada; tenía la boca sensual, delgada y de aspecto cruel; la nariz aguileña, aguda y amenazadora, muy semejante al pico del pájaro rapaz.»



Veamos, ahora, el indumento del ricachón calentano:

«Ancho sombrero de fieltro le cubría la testa imperiosa; tirado hacia atrás, sobre las espaldas, revolaba al golpe del aire la ruana oscura y fina; una zamarras amplias, de cuero flexible y lustroso, envolvían las piernas desde la cintura hasta los pies. Completaban el atavío, las espuelas de tamaño heroico, el revólver indispensable y el rebenque, que es como símbolo de autoridad.»

A tales características físicas, corresponden instintos primitivos y torpes. No hay en Cortada nobleza alguna. Todo él es negativo y brutal. Un sentido oscuro de dominio encauza su vida. Ni piedad ni remordimiento abaten esa vitalidad poderosa. Es la sicología del mestizo americano, sea en los ranchos mejicanos, en los ingenios de la sierra peruana, en el altiplano, en las pampas argentinas o en los fundos chilenos. Las diferencias las determina el medio y los componentes étnicos, indios o negros, que han contribuido al mestizaje. El ricachón del Cauca es un hermano de Pancho Villa o del Pantoja de «Raza de Bronce».

La figura noble, austeramente religiosa de su mujer, doña Dolores Hinojosa, contrasta con la desatada vesanía del latifundista. Tiene esa mujer una raíz profundamente americana y española. Su generosidad piadosa neutraliza los abusos del marido

Y en torno a los poseedores de la tierra se mueve un mundo de servidores y allegados, hábilmente descritos por el novelista; la familia Lucumí, el colono Zacarías Aldana, don Cacho, Madrido, el alcalde Moncayo, el Jefe de policía Roque Muñoz, el padre Servando. La vida toda de una aldea y de las tierras a medio formar que la han hecho nacer, vive y se agita en el libro del escritor colombiano.

Por sobre sus cualidades de narrador y de psicólogo, posee el señor Sánchez Gómez una cualidad poco frecuente entre los novelistas de América: la de animar el paisaje en el cual actúan sus personajes. Las violentas lluvias de las tierras calientes, las claras mañanas, ruidosas de pericos, las noches cuajadas de astros, los descampados abiertos a filo de hacha, el trágico incendio de la selva, los pájaros y las bestias tienen vida propia y real junto a los hombres que se han establecido cerca de ellos y viven de su explotación.

Véase, por ejemplo, entre otros aciertos pictóricos, esta descripción, musical y colorida de la lluvia tropical que cae sobre la tierra agrietada y sedienta, después de prolongada sequía:

«Impetuosa y recia, semejante a pequeño diluvio, la deseada



lluvia cayó sobre los sedientos campos. Y así continuó durante una hora. Bajo el turbión espléndido, que golpeaba la tierra y la vegetación con inusitada violencia, la montaña parecía estremecerse con temblor largo y voluptuoso. El suelo que el verano reseco y tostó, empapado ahora y reblandecido, se agrietaba superficialmente y cada grieta, cada poro desobstruído, era como boca abierta con avidez para beber el licor benéfico del riego milagroso.»—MARIANO LATORRE.

## UGARTE EN LA CONCIENCIA DE AMÉRICA

(LOS INTELLECTUALES SE DIRIGEN AL GOBIERNO ARGENTINO)

**H**ACE dos meses, un grupo de intelectuales de diversas nacionalidades, encabezados por la excelsa mujer de América, Gabriela Mistral, nos dirigimos al Ministro de Instrucción Pública de la República Argentina, en los siguientes términos:

«París-Madrid, Julio 1932.—Excelentísimo señor Ministro: Los escritores suscritos, sudamericanos, españoles, hispanistas franceses, tienen la honra de elevar a la consideración de S. S. una petición informada en la solidaridad profesional y en el aprecio y el interés común de la cultura latinoamericana.

El Gobierno argentino, con una atención efusiva que le honra, ha creado y mantenido desde hace años un gran premio destinado a recompensar la obra o el conjunto de obras más importantes publicadas por un escritor nacional. Esta recompensa ha sido atribuída con un admirable sentido de selección a los mejores escritores argentinos y el acto de honra gubernativa ha señalado al público de manera particular la obra de sus intelectuales representativos, incitándole con ello a conocerla mejor.

El escritor don Manuel Ugarte no ha recibido esta distinción posiblemente por vivir hace muchos años en Europa.

Los suscritos conocen de cerca la labor ilustre de este compañero en sus amplias ramas de libro y de periódico y han apreciado además en muchas ocasiones su labor leal de propaganda de la cultura argentina en Europa.

En los más diversos géneros, novela, poesía, cuentos, ensayos políticos, Manuel Ugarte ha probado las cualidades literarias que corresponden a un maestro de su raza y a un director de la juventud; su influencia espiritual se extiende a la América Latina entera y la raza ha recibido de él doctrina y consejo en sus asuntos vitales.



Invocando la unidad de la lengua y el interés común de las literaturas nacionales de nuestra América, los suscritos se permiten presentar a S. S. de manera respetuosa y cordial su petición de que El Gran Premio Nacional de Literatura sea concedido en la próxima ocasión a don Manuel Ugarte.

Saludamos a Su Señoría con sentimientos de distinguida consideración: FIRMAS: *Gabriela Mistral; Francis de Miomandre; José Vasconcelos; Francisco García Calderón; Rufino Blanco Fombona; Ramón Pérez de Ayala; Eduardo Santos; Gregorio Martínez Sierra; María de Maetzu; Enrique Díez Canedo; Adolfo de Falgairolle; Max Grillo; Alcides Arguedas; Jean Cassou; A. Hernández Catá; Alberto Insúa; Hugo D. Barbagelata; Manuel Machado; Julio Vicuña Cifuentes; Charles Lesca; Manuel Bueno; Francisco Contreras; Froylán Turcios; A. Ballesteros de Martos; Homero Seris; Edmond de Nerval; Carlos Deambrosis Martins. etc., etc.*

Exprofeso, no hemos dado antes a la stampa este documento, para no entorpecer el trámite que debió haber seguido nuestra solicitud; petición que, sin duda, interpreta no tan sólo la opinión pública argentina, sino también el sentir español e hispanoamericano. Estamos convencidos que todos los hombres de pensamiento de América, sin faltar uno solo, se hubieran adherido también a este acto de espléndida confraternidad. Desgraciadamente, tal empresa era difícil llevarla a cabo en poco tiempo, dada las distancias entre nuestros pueblos y la dificultad material para ponerse en comunicación directa con los escritores.

Sea lo que fuera, las firmas transcritas, simbolizan—salvo la del cronista que escribe la presente glosa,— grandes valores en las letras de nuestros respectivos países.

No es un gesto de simpatía privada lo que nos ha movido a elevar este Memorial al Gobierno argentino. Nosotros creemos que era tiempo más que suficiente para rendirle a don Manuel Ugarte, el homenaje público a que es acreedor desde hace tantos años.

Porque, ¿qué es, qué significa en este instante del mundo contemporáneo, el autor de «La Patria Grande»? Sin necesidad de saber, de vaticinar lo que el destino reserva a nuestro porvenir, al porvenir hispanoamericano, no es tarea imposible situar a aquellos que sintetizan ya la cultura total en nuestro Continente.

En momentos se dijera que Ugarte, es el continuador, el realizador del Rodó de *Ariel*. Es como una visión. Pero no es propiamente lo exacto. El inconmensurable artífice uruguayo, dió el toque de alarma, y toda América, inclusive los sordos, oye-



ron la clarinada. Estas señales de Montevideo fueron lanzadas desde la tarima de la cátedra. Y después de este discurso magistral, denso en enseñanza y en optimismo, el maestro pasó a dictar otra lección. La simiente estaba en el surco; más tarde, los discípulos recogerían el fruto opimo.

La revelación de Ugarte como futuro intérprete de la inquietud y de las aspiraciones de su raza, la tuvo allá por el año de 1900, cuando apenas cumplidos los veinte años, realizó su primer viaje a Nueva York. ¡Veinte años! Edad en que el hombre comienza a enfrentarse con la realidad y la quimera, a vivir la vida y los sueños...

Nosotros, que en plena mocedad llegamos también a la metrópoli de hierro, atraídos por la «Sirena del Norte», nos imaginamos sin ninguna dificultad, el problema interior de este joven literato rioplatense que llegaba de París, después, de haber publicado en la Ciudad Luz varios libros, y cuyo viaje—como él mismo nos lo afirma en «El Destino de un Continente».

«era exclusivamente de turista curioso, de poeta errante que busca tierras nuevas y paisajes desconocidos.»

Su convicción anti-imperialista, palpada en el corazón de Estados Unidos, desde su primer contacto con la civilización saxoamericana, nació puede decirse, leyendo un libro acerca de la política de ese país, en cuyas páginas encontró citado aquel famoso y atrevido concepto del senador Preston, en 1838:

«La bandera estrellada flotará sobre toda la América Latina, hasta la Tierra del Fuego, único límite que reconoce la ambición de nuestra raza.»

Frase histórica y ¡cuán nefasta en su brutal realidad! Gracias a ella, don Manuel Ugarte abrió los ojos a la tragedia de un Continente y se reveló en su espíritu la vocación de apóstol. ¡Su vía estaba encarrilada para siempre!

«¿Era acaso posible dormir en la blanda literatura, cuando se ponía en tela de juicio el porvenir y la existencia misma de nuestro conjunto?»

El crítico ecuatoriano César E. Arroyo, que después de haber escrito una fantasía política sobre Vasconcelos, ha publicado un folleto notable sobre Ugarte, preguntóle en Niza a su ilustre biografiado, en dónde le fué revelado el «peligro formidable» que se plasmaba en torno a la América Española:



«Fué en El Paso, en el lugar fronterizo entre ellos y nosotros. Yo era muy joven; vivía con mis padres en París, rodeado de los halagos de la fortuna; pero eso no podía satisfacer las inquietudes de mi espíritu. Partí para México por la vía de los Estados Unidos, a estudiar el país en sus variados aspectos. Me detuve en la frontera y pude apreciar en toda su magnitud la tragedia del choque de las razas.»

Estamos todavía en 1900 y en Norte América. El cronista elegante, el hacedor de versos, el flamante novelista, el ensayista literario, se despojó de su vestidura de artista, —del gran artista que había y hay en él—, y se entregó alma, cuerpo y bolsillo, al problema neurálgico del Continente. Estudió, compulsó textos y tratados, visitó bibliotecas y archivos, se interesó por todo cuanto atañe y se refiere a la historia política, geográfica, social y económica de los pueblos del norte y del sur, y con una generosidad mesiánica, se propuso ser en adelante el caballero de la Nueva Cruzada, el defensor de oficio y sin soldada de una causa a medio perdida ya.

Cuatro años después, don Manuel Ugarte, asumiendo toda la responsabilidad de su acto, tocó a rebato desde el periódico *La Epoca* de Madrid, en una serie tremenda de estudios de política anti-imperialista, y cuya introducción apareció el 26 de octubre de 1904. Precisamente, en 1929, en ese mes y en ese mismo día, un núcleo de admiradores suyos, conmemoramos sobriamente en Francia *Las Bodas de Plata* de su enhiesta hispanoamericana, y varios fuimos quienes pergeñamos para la prensa de lengua española, algunas cuartillas evocadoras de los 25 años de lucha incesante de uno de los más nobles y más desinteresados paladines de nuestra causa.

En este mes de octubre de 1932, hace pues 28 años que don Manuel Ugarte, después de haberse documentado cerca de un lustro, denunció, clamó, gritó la verdad a secas a las veinte naciones de la raza, conquistándose, por supuesto, inmediata y gratuitamente, la mala estrella, el boicoteo, la maldición, los humores y la bilis de los falsos ídolos y de los detentadores de la hora.

28 años justos que este hombre de voluntad de granito, se ha consagrado a defender el patrimonio que nos legaron los libertadores; tres décadas sin desfallecer un solo día, un solo minuto; en seis lustros ha recorrido por su cuenta y riesgo varias veces la América entera, el Norte, el Sur, el Centro, las Antillas, compenetrándola íntimamente, arrancándole los secretos; analizando en cada zona, el conflicto y los incidentes de las razas, predicando siempre la resistencia frente a la absorción.



En el libro «Los Creadores de la Nueva América» (Arguedas, F. García Calderón, Ugarte y Vasconcelos), Benjamín Carrión, otro ecuatoriano, escribía en 1927: «Veinte años rectilíneos, tensos, hacia el ideal... ¿Hay alguien que haya hecho más que él?»

---

En 1912, en Nueva York, en la célebre Universidad de Columbia, en el mismo anfiteatro que diez años más tarde nos tocó el honor de hablar, el maestro de Buenos Aires, en una conferencia trascendental en español (traducida simultáneamente al inglés), se dirige a la *élite* del pueblo norteamericano haciéndole ver gráficamente, la monstruosidad de la alta finanza de Wall Street amparada por la Casa Blanca.

«Yo no vengo a hablar aquí como adversario de un pueblo. Vengo a hablar como adversario de una política». «... Admirable país que, ocupado en su labor productora y benéfica, no sabe el uso que está haciendo de su fuerza en las comarcas limítrofes, no sabe que está levantando las más agrias antipatías en el resto del Nuevo Mundo, no sabe la injusticia que se está cometiendo en su nombre, no sabe, en fin, que sin que él lo sospeche, por obra de los políticos expeditivos y ambiciosos, se está abriendo en América una era de hostilidad, un antagonismo inextinguible, cuyas consecuencias tendrán que perjudicarnos a todos.»

Y, ante un auditorio alerta, universitario y atento, el abogado de ochenta millones de almas impugnó con severidad, aunque serenamente, punto por punto, las diversas fases de la política exterior e imperialista de Estados Unidos con respecto a la América Latina, constituyendo su pieza oratoria una de las acusaciones más fuertes, más audaces, más inexorables y más documentadas también que se hayan pronunciado en el grave recinto académico antes los propios adversarios, para pulverizar, rechazar y condenar la acción intromisora, imprudente y abusiva de una potencia extranjera.

A pesar del limitado espacio de que disponemos, no nos resistimos a la tentación de copiar un pasaje de su portentosa disertación neoyorquina de 1912; ¡es pasmosa la actualidad de estos renglones trazados hace veinte años!

«... Pero las heridas y las injurias se multiplicaron. Un espectro de dominación y de despojo empezó a flotar sobre los países indefensos. Varios pueblos sucumbieron. Y la injusticia se ha acentuado de tal suerte, en los últimos



tiempos, que rotos ya los vínculos de antes, nos volvemos hoy hacia los Estados Unidos para gritarles: «*Las mismas injusticias que la Metrópoli cometió con vosotros, las estáis cometiendo ahora con nosotros, que no tenemos más defectos que el que vosotros teníais ayer: EL SER DÉBILES.*»

---

Era la voz de un mensajero de la raza, de su hombre público más representativo, del ciudadano libre, rebelde, que resumía nuestra cultura, nuestros anhelos más legítimos, nuestra propia historia; tenía él toda la autoridad moral de quien no ha aspirado nunca a una prebenda, a cargo cualquiera, y su alforja de preregrino estaba virgen de toda ayuda oficial o privada, de toda limosna; sus manos no habían firmado ninguna nómina de presupuesto... No era tampoco el político vencido o burlado que rompe lanzas contra el poder consolidador de gobiernos y dispensador de empréstitos. Este embajador extraordinario nada pedía ni nada quería; una sola cosa, sí, exigía, y la exigía con voz de trueno: *la autonomía hispanoamericana; el derecho de disponer de nosotros mismos.*

---

¿Qué cosa queda de este cuarto de siglo de incesante lucha; de esta batalla contra los elementos, de este choque que no conoció jamás ningún titubeo, ninguna capitulación, ningún pacto, ninguna *transacción*, ningún retroceso ante nada ni ante nadie?

No es la hora de responder aún a esta pregunta inconmensurable; será contestada ciertamente mañana y constituirá materia fervorosa y seductiva para el ensayista del porvenir.

Pero aprovechemos la oportunidad que se nos presenta hoy, para declarar enfáticamente, interpretando acaso los sentimientos de toda nuestra generación que, si por desgracia un día, lejano o no, el Sur fuera conquistado por el Norte, no por ello el prestigio inmaculado de Manuel Ugarte sufriría mengua. El vió el mal, lo examinó a fondo, lo discutió en el laboratorio mismo, determinó el diagnóstico... Se convirtió en el sacerdote de la nueva religión; sacrificó los mejores años de su existencia, su bienestar, su fortuna, su familia, sus más caras inclinaciones literarias... Si los hombres estaban tan engreídos, si fueron tan locos para no escuchar su profecía, no por culpa de los obstinados, de los enceguecidos, de los carniceros y de los traficantes, disminuye la grandeza de su obra y el monu-



mento de su vida. Y si la catástrofe se consumiera íntegramente, los nuevos amos se descubrirían ante el recuerdo del adversario caballeresco, luminoso, intransigente, y que tuvo la santa altivez de no odiar:

«Hubo un hombre aquí, que, sin admitir un instante la derrota de los suyos, ignorándonos hasta el último aliento, abandonado sin estar vencido, se sintió tan grande como nosotros, más grande que nosotros.»

«Y de él, también son estas palabras de oro: *Amigos, siempre; súbditos, jamás.*

Nuestras naciones, nuestros contemporáneos, nuestros sucesores podrán ser ingratos con él; olvidarlo, voltearle la espalda, negarle tres veces; apuñalearle por detrás; hacerlo morir de hambre; o darle el beso de Judas. No por ello, ¡entiéndase bien! dejará de ser, en el tiempo y en el espacio, la figura más diáfana, más abstersiva, más purificante, más redentora de Hispano América. Su sola evocación sirve ya para borrar muchos agravios de hombres y pueblos. Magno ejemplo de desinterés, de sacrificio y de fortaleza. Es la conciencia más alta de un Continente.—CARLOS DEAMBROSIS MARTIN

*París, 1932.—Octubre.*

## EL FRACASO DE LA DEMOCRACIA

### II

**L**A esencia de un gobierno democrático consiste según la conocida fórmula que define el sistema—en que el gobierno proceda realmente del pueblo; en que sea controlado en su ejercicio por el pueblo, y, finalmente, en que la función de gobierno se ejerza en favor de los intereses del pueblo, o sea de la mayoría. Tres son, en consecuencia, los fundamentos de toda democracia: procedencia, control y finalidad populares. De estos factores los dos primeros sirven de medios para alcanzar el tercero de ellos, o sea la finalidad de tener un gobierno que atienda a los intereses de todos los asociados y no solamente a los del grupo que hace el gobierno o que le rodean inmediatamente.

De estos principios que parecen suficientemente claros derivan algunas conclusiones no menos precisas. En primer lugar,



se tiene que siendo el fin, o sea el gobernar en favor de los intereses del pueblo, lo más importante, son antidemocráticos los gobiernos que ejercen sus funciones con descuido de los intereses del pueblo y sólo en beneficio del grupo social dominante, aunque aparentemente procedan de extracción popular en virtud de haberse llenado las formalidades electorales. En segundo término, se tiene que un grupo que gobierna en favor de los intereses del pueblo hace, en realidad, un gobierno de finalidad democrática, aunque ese grupo gobernante no aparezca como de designación popular. El primer grupo usa los medios del gobierno democrático para el interés particular de un grupo; el segundo grupo hace un gobierno para el pueblo sin usar los medios democráticos porque éstos se hallan todavía en poder de los que los emplean para sus fines propios. El antidemocratismo del primer grupo está en el fin perseguido; el antidemocratismo del segundo está en los medios, pero no en el fin. En consecuencia, el antidemocratismo del primer grupo es permanente, y esencial y el antidemocratismo del segundo es accidental y transitorio. Ahora bien, por una de esas contradicciones frecuentes en el lenguaje corriente, y que derivan de un insuficiente análisis de las ideas, se llaman gobiernos democráticos aquellos que tienen un antidemocratismo esencial, o sea en los fines; y se llaman antidemocráticos o de dictadura a aquellos gobiernos en que el antidemocratismo es sólo circunstancial y transitorio y que no afecta a los fines sino a los medios.

En el momento actual el mundo se halla, en general, dividido en los hechos y en las ideas entre estos dos grandes grupos. De un lado, los que, por medio del sistema profundamente viciado de las elecciones llamadas populares, gobiernan para los intereses de una clase reducida que ha comprado el poder en los comicios; y del otro lado, los que, irritados con la desviación y corrupción del sistema político, tratan de restablecer la verdadera finalidad democrática del gobierno para el mayor número. Podría también señalarse un tercer grupo que, en realidad, está comprendido en el primero y que aplica la dictadura, o sea el antidemocratismo en los medios, para afianzar el antidemocratismo en los fines propios del primer grupo.

Nuestra época presencia hechos que no pueden explicarse por razones de circunstancias locales o por la acción personal de uno o más hombres. La extensión de esos fenómenos, la manera cómo se propagan, a pesar de todas las barreras que le crea un medio hostil a la innovación, todo indica que el mundo se halla frente a fenómenos sociales determinados por la acción de fuerzas que escapan hasta ahora al control del hombre. Si la demo-



cracia estuviera en crisis sólo en el terreno discutible de las ideas cabría poner en duda ese estado de crisis, pero son en, primer lugar, los hechos los que hablan en esta materia un lenguaje que no tiene réplica posible.

Todos los países del mundo se encuentran más o menos afectados por esta crisis política que nuestros sociólogos nacionales atribuyen a «las ambiciones de individuos audaces». ¡Cuán de desear es que nuestros originales sociólogos y políticos tengan la razón por lo sencillo que sería entonces resolver el más grande y complejo de los problemas del mundo contemporáneo! Pero cuán de temer es también que nuestros sociólogos estén en relación a la verdad, como lo están los indígenas araucanos cuando atribuyen las enfermedades, cuyas causas desconocen, a los actos de hechicería del brujo de la aldea o localidad.

La marcha creciente de los principios contrarios al actual régimen demo-liberal se manifiesta de diversas maneras en los distintos países del mundo. Así, hay un grupo de pueblos considerables por su número, por su población y entre ellos algunos por su cultura que han abandonado decididamente el dicho régimen. Y los dictadores de esos países,—Stalin, Mussolini, Hitler, Kemal Paschá, etc., etc.—tienen una popularidad que jamás conocieron los políticos que les reprochan su falta de designación popular. Cada uno de esos hombres tienen más adeptos que cualquier partido político y aun que varios de ellos juntos.

Otros países viven bajo el régimen de Facultades Extraordinarias, o sea lo que se llama «dictadura larvada». En ellos la máquina democrática funciona «con frotamientos, chirridos y detenciones» (1) o dicho de una manera más prosaica, con ruido de fierros viejos. Por otra parte, la mejor comprobación de que el sistema demo-liberal ha dejado de ser una cosa natural, una forma espontánea de organización social es que hay necesidad de mantenerlo artificialmente con la especie de oxígeno de las facultades extraordinarias.

Finalmente, hay un tercer grupo de países en los que se producen y desarrollan grandes movimientos contra el régimen democrático liberal, movimientos que todavía no están en estado de influir decisivamente en el Gobierno. Tal ocurre, por ejemplo, en Inglaterra, donde se desarrolla el movimiento que dirige Sir Oswald Mosley; en Francia, con L'Action Française; en Portugal con las fuerzas de Rolao Preto; en el Japón con el movimiento llamado «Kokumin Domei» dirigido por el ex-Mi-

(1) Barthélemy—La Crise de la Démocratie—Annuaire de L'Institut International de Droit Public—París.—1930. (Pág. 45).



nistro del Interior Kenso Adatchi. Hay también movimientos similares en Holanda, Suecia, Noruega, Dinamarca, Argentina, etc., etc.

Mas aun, el espíritu contrario al régimen demo-liberal está tan extendido que se da el caso de que instituciones organizadas para la defensa de ese mismo régimen aparecen con los síntomas claros del antidemocratismo. Así ocurrió en Alemania con la Asociación de los Cascos de Acero destinada a defender la Constitución de Weimar y que era en realidad extra constitucional. Del mismo modo, entre nosotros, la organización denominada Milicias Republicanas, creada para defensa del régimen democrático liberal, contiene elementos contrarios al principio que defiende.

En efecto, la fórmula del juramento expresa: «Juro por mi honor dar hasta la vida si fuere necesario por imponer en Chile el sistema de gobierno republicano democrático» (1) Ahora bien, una de las características del sistema democrático republicano es el derecho que se le reconoce al pueblo para darse la forma de gobierno que estime convenirle; en consecuencia, no se le puede imponer un sistema determinado. No parece necesario insistir en el sentido que tiene en el idioma la palabra «imponer» para darse cuenta que la Institución armada no permitirá al pueblo elegir, ni aun constitucionalmente, como se verá más adelante, otro sistema de gobierno diferente del republicano democrático. Esta primera parte del juramento habla muy claro a este respecto.

Sin embargo, el segundo párrafo del mismo juramento parece modificar esta situación si se le considera aisladamente, pues dice: «Luchar sin temor y con las armas en la mano si así se me exigiere, para que imperen en mi patria el respeto a la Constitución y a las Leyes». De este texto parece deducirse que si se declarara, por ejemplo, la república socialista por las vías constitucionales, la Milicia haría respetar esa Constitución. Pero si esto puede colegirse de este párrafo segundo, esta conclusión no estaría de acuerdo con lo que establece claramente el párrafo primero, pues allí se dice que se luchará hasta dar la vida si fuere necesario para «imponer» el régimen republicano democrático que es muy diferente del socialista. La Milicia oscila entre dos principios contradictorios: si respeta el párrafo segundo debería luchar sin temor y con las armas en la mano en defensa de la Constitución socialista que se supone por vía de ejemplo, que se ha dado el pueblo; pero al mismo tiempo el párrafo pri-

---

(1) Milicia Republicana—Boletín Informativo N.º 6—15 octubre 1933. (Pág. 11).



mero la obliga a dar hasta la vida si fuere necesario para imponer en Chile el sistema de Gobierno republicano democrático.

El párrafo tercero añade: «Juro asimismo combatir por cualquier medio toda tiranía ya sea comunista civil o militar». Es evidente que al decirse en este texto «por cualquier medio» no excluye naturalmente medio alguno y por tanto, pueden entrar en juego medios legales o ilegales constitucionales o inconstitucionales. Se estaría una vez más ante el viejo principio político tan rechazado en doctrina como aceptado unánimemente en la práctica por los políticos de todos los tiempos: el fin justifica los medios.

Sin entrar a considerar los fines de la institución y estimándola sólo como un fenómeno social revelador de un cierto estado de espíritu en un momento determinado de la vida política del país, puede decirse que los párrafos transcritos anteriormente presentan síntomas de un espíritu general antidemocrático por las siguientes consideraciones: 1) porque un grupo de personas se arma militarmente con el objeto de «imponer» un sistema de gobierno determinado, así pudiera ser este el democrático, el soviético, el monárquico, y el feudal»; 2) porque ese grupo se constituye por sí mismo en autoridad que resolverá cuando se ha violado o cuando no se ha violado un principio de Derecho Constitucional y esa autoridad suprema no ha sido conferida por el pueblo como sería lo lógico en el sistema republicano democrático; 3) porque ese grupo señala al pueblo un solo régimen aceptable para gobernarse y le prohíbe darse una dictadura comunista, civil o militar. Por tanto, es claro que este grupo es ya antidemocrático, pues ejerce el mismo una dictadura por cuanto dicta de su propia autoridad y sin el control ni noticia del pueblo una resolución acerca de lo que el pueblo puede hacer o no hacer en materia de gobierno. He aquí, pues, dentro de una organización demo-liberal los síntomas reveladores del avance del espíritu antidemocrático. Es la influencia del medio a la que nadie puede sustraerse por completo. Nada más cierto que las sociedades humanas no pueden retroceder, y que todas marchan en una misma dirección aunque se muevan todas con diversas velocidades. Así un conservador de mediados del siglo pasado, por ejemplo, al leer el actual progreso de su partido creería leer el programa del radical o avanzado de su época; y un radical de aquellos días al leer el actual programa del partido radical creería estar frente a las más audaces y anárquicas doctrinas de su tiempo.

En consecuencia, en este punto relativo a los hechos es posible fijar las siguientes conclusiones: 1) Una parte considera-



ble del mundo ha adoptado formas de gobierno que rompen francamente la tradición demo-liberal y van en busca de una organización democrática que sea verdaderamente la traducción práctica del principio que no ha sabido cumplir la actual organización política de que el gobierno debe ser del pueblo, por el pueblo y para el pueblo; 2) otro grupo de países no menos importante vive bajo el régimen de facultades extraordinarias, lo que constituye una forma larvada de dictadura y una comprobación de que el régimen demo-liberal no puede ya mantenerse por sí solo; 3) En el resto de los países se desarrollan vastos movimientos contra el régimen político imperante y aun instituciones o asociaciones fundadas para defender este régimen presentan los síntomas de un espíritu antidemocrático.

\*  
\* \*

Si del terreno de los hechos se pasa, ahora, al campo de las ideas, podrá constatarse la existencia de una poderosa corriente no sólo diferente de la ideología liberal individualista sino aun francamente contraria a ella. Desde los grandes conductores de pueblos, como Lenin, Stalin, Mussolini, Hitler, pasando por tratadistas, profesores universitarios, artistas, escritores, etc., hasta el Pontífice Pío XI en su encíclica «*Quadragesimo Anno*» en todas partes no se oye sino el vasto rumor de una formidable batalla sostenida contra un régimen que hoy resulta injusto porque no corresponde a las condiciones económicas de la época. Se hace, en verdad, difícil aceptar que, en lo político, pueda llamarse realmente democrático un sistema dentro del cual el gobierno en vez de ser controlado por el pueblo es directamente dirigido por las grandes empresas industriales que tienen a su servicio una prensa que confunde la «opinión pública» con la opinión publicada por ellos mismos en resguardo de sus intereses de grupo. Del mismo modo resulta irónico llamar liberal en lo económico, a un sistema en el que toda posibilidad de libre competencia está eliminado ya por leyes protectoras, ya por la acción de los grandes cartells o trusts que dirigen la economía de un país.

El problema de la crisis de la democracia hace tiempo que está planteado con toda claridad para cualquiera que sepa ver los acontecimientos sin prejuicios de grupos o supersticiones políticas, viejas ya de cerca de dos siglos. Sólo para nosotros, para nuestro país privilegiado, el problema no existe sino que se le estima creación arbitraria de la ambición o de la audacia. Posiblemente debido a que esta opinión no es conocida en los centros



intelectuales de Europa es que allí se continúa estudiando seriamente el asunto. Así, por ejemplo, en junio de 1929 el Instituto Internacional de Derecho Público se ocupó en París de un informe presentado por el Profesor de la Facultad de Derecho de la Universidad de París, Mr. Joseph Barthélemy, titulado «La Crisis de la Democracia». Presidió aquella sesión el Profesor Gastón Jèze y asistían entre otros Alejandro Alvarez, Fleiner, Jellinek, Gronski, Mirkine-Guetzevich, Politis, Gascon y Marín, Steinof, etc., etc.

Comienza el informe del Profesor Barthélemy (1) por constatar los progresos que ha hecho la democracia representativa desde 1820 en que había sólo tres repúblicas: Suiza, Estados Unidos y Haití, hasta nuestros días en que hay cuarenta países gobernados por este sistema. Pero al mismo tiempo señala el hecho de que en todas partes la cuestión de la crisis de la democracia es la cuestión de actualidad. Se debe ello a que efectivamente, a pesar de la multiplicidad de los gobiernos populares, existe una crisis de la dicha democracia representativa. Sería extremadamente largo para las proporciones de este artículo, seguir, paso a paso, el brillante estudio de Barthélemy. Pero baste decir que, siendo el autor, como es sabido, sincero partidario de los gobiernos democráticos hace la más aguda e irrefutable crítica de la actual forma de democracia y sostiene (pág. 85) que «la libertad y la democracia no son el pasado sino el porvenir». Es decir, que hasta ahora, a pesar de las apariencias, no ha existido democracia ni libertad, y que esas aspiraciones se realizarán en lo porvenir; o sea, en el fondo lo que sostienen todos cuantos no creen que la forma actual de gobierno sea lo más perfecto que el hombre puede alcanzar en el mundo.

Durante la discusión de este informe el señor Gronski, dijo: «Para remediar la crisis de la democracia contemporánea sería necesario establecer relaciones normales entre la opinión pública y el poder; crear condiciones para que las instituciones fuesen el portavoz de la opinión pública del país. La crisis de la democracia es provocada menos por la imperfección de las instituciones del régimen representativo que por las costumbres políticas formadas bajo la influencia de los que hacen la opinión pública. El foco de contaminación (pág. 319 obra citada) del que proceden todas las enfermedades de la democracia contemporánea se encuentra no en la mala organización de las instituciones políticas sino en el hecho de que estas instituciones se encuentran en manos de hombres que en la mayoría son movidos

(1) *Annuaire de L'Institut International de Droit Public.*—Paris, 1930, págs. 43 a 165.



más por intereses egoístas y frecuentemente demagógicos de sus partidos que por la preocupación del bienestar de su país. La responsabilidad de estas enfermedades de la democracia contemporánea corresponde mucho más a los partidos políticos y a la prensa que a los Ministros y a los Parlamentos». La ciencia política que busca descubrir las causas de la crisis debe estudiar menos la estructura de los Estados contemporáneos que dirigir una atención especial sobre los métodos por los cuales los partidos políticos y la prensa obran sobre el poder y el parlamento.»

La opinión de Gronski, como se ve, hace resaltar la carencia actual de medios para que la opinión pública pueda manifestar y llegar al poder público y marca también con toda claridad el rol que en la crisis tienen los partidos políticos y la prensa. En realidad y sin el ánimo de disculpar a la prensa, parece que la responsabilidad de los partidos excede en mucho a la de la prensa que obra sólo como instrumento en manos de éstos. En la práctica así lo han entendido todos los movimientos contra el actual sistema de organización política. Rusia, Italia, Alemania, etc., han luchado con tenacidad por desembarazarse definitivamente de los grupos políticos profesionales; y desaparecidos éstos ha sido eliminada fácilmente la acción funesta de la prensa que los amparaba y obedecía.

En esta misma discusión el señor Alejandro Alvarez, profesor y uno de los fundadores del Instituto de Altos Estudios Internacionales y Consejero del Gobierno de Chile dijo (pág. 323): «En la hora actual hay no solamente una crisis de la democracia sino también una crisis de las principales instituciones del Derecho Constitucional: crisis de garantías individuales, de gobierno, de parlamentarismo, de partidos políticos. En resumen, afecta al régimen individualista todo entero, que ha sido derivado de la Revolución Francesa y que es aquel sobre el cual reposa desde entonces toda la vida política y social». Estudiando las causas de estas crisis indica las siguientes: 1) las profundas transformaciones que se han producido en todos los órdenes de las actividades, especialmente económicas, lo que ha creado una interdependencia creciente de los individuos y los pueblos y hecho nacer un nuevo régimen llamado de cooperación o solidaridad; 2) la complejidad creciente de todas las relaciones que tiene ahora conjuntamente caracteres jurídicos, económicos, morales y sociales, caracteres que antes se presentaban separadamente en cada problema; y 3) la formación de nuevas ideas, doctrinas y aspiraciones de los pueblos que desarrollando el espíritu



crítico hacen ver como censurables y en desuso instituciones que se tenían hasta hoy por intangibles.

Finalmente el señor Alvarez indica los remedios para el mal y dice: (pág. 325): «Hay un medio para remediar esta crisis general y consiste en someter a una crítica rigurosa, fundada sobre antecedentes de observación, esencialmente objetivos, no solamente las principales instituciones políticas, internacionales y sociales, sino también sus fundamentos, a fin de ponerlos en armonía con las nuevas condiciones de la vida y las aspiraciones de los pueblos». Si entre nosotros alguien se atreviera a sostener esas doctrinas de revisión fundamental sería, según la costumbre nacional, considerado un ambicioso despreciable y recibirla, sin duda alguna, abundante regalo de todas las elegancias de lenguaje que se usa en nuestros círculos políticos y parlamentarios.

\* \* \*

Según las ideas del profesor Barthélemy, el sistema parlamentario padece una triple crisis: de personal parlamentario, de partidos y de métodos parlamentarios. La primera se manifiesta en la baja creciente del valor del personal que llega a los parlamentos. «Desde hace algunos años—dice—parece difícil caer más bajo, pero a la próxima renovación del parlamento se cae más abajo aun sin que todavía se haya tocado fondo». Para apreciar en su verdadero valor este descenso periódico e ilimitado conviene recordar que, según el mismo autor, se viene cayendo desde hace cincuenta años.

Es indudable que una parte de todo parlamento está afectada por la mala calidad del personal, que los turbiones de la política arrojan dentro del recinto parlamentario. Pero tal vez la razón principal de este juicio desfavorable que afecta a la capacidad parlamentaria se debe no a una creciente incompetencia individual de cada parlamentario, sino a la participación que se exige a estos dentro de lo que han llegado a ser en las labores del Congreso. En efecto, el personal parlamentario en cualquier país del mundo cuenta con hombres de sobresaliente valor intelectual, y moral, pero aun éstos deben hacer un mal papel puesto que, en razón de sus funciones, están obligados a intervenir en asuntos que no son de su especial competencia. En otra época, en los comienzos del parlamento cuando los asuntos que llegaban al Congreso eran sencillos bastaba una cultura más o menos general para hacer un papel acertado; pero hoy la cuestión es completamente distinta, pues los asuntos que solicitan un pronunciamiento del parlamento, son cada vez más comple-



jos y cada vez más se necesitan también conocimientos especializados y técnicos para resolverlos. De aquí, pues, que dentro del Congreso, personas de condiciones sobresalientes hagan una labor deslucida, pues cuando intervienen en lo que no entienden dejan de ser sobresalientes.

En consecuencia, al apreciar las causas de este fenómeno, parece justo tener en cuenta que la diferencia de nivel que se advierte no siempre se debe a un descenso efectivo en la calidad del personal sino a una alza en la naturaleza de los asuntos que se proponen al conocimiento de la asamblea. El resultado práctico es el mismo, pero por lo menos esta consideración permite ver que el grave defecto anotado desaparecerá naturalmente en una Cámara gremial.

La crisis de partidos que afecta también gravemente al prestigio de los parlamentarios se revela por la carencia de jefes y el fraccionamiento de los partidos. Por jefe de partido debe entenderse en este caso hombres de pensamiento y acción capaces de orientar, dirigir y sostener las actividades de la colectividad o de sintetizar y dar forma práctica a sus anhelos difusos. Son los hombres que se imponen a las colectividades más que lo que estas los eligen. Son hombres que no tienen nada de común con los funcionarios que están a veces a la cabeza de un partido y que se distinguen tan sólo por el honorable y correcto cumplimiento de las funciones que le están indicadas en los reglamentos. Los primeros son jefes antes de que les elijan y les eligen porque son jefes; los segundos sólo son jefes porque les eligen. En la época actual los verdaderos jefes faltan en absoluto en la mayor parte de los países: en cambio, sobran los funcionarios que en las asambleas se disputan tumultuosamente el honor administrativo de ser llamado jefe de un partido.

La carencia misma de los grandes jefes hace nacer la muchedumbre de aspirantes directores de colectividades, lo que provoca la segunda faz del problema de la crisis política, o sea el fraccionamiento de los partidos. Este fraccionamiento repercute en el parlamento esterilizando toda labor de interés general. En efecto, cada partido o fracción de partido, procura obtener ventajas para su grupo y como este es cada vez más reducido, resulta que la ley consulta cada vez menos el interés general y cada vez más el interés particular de un grupo que logra, por la técnica parlamentaria, imponer sus deseos o intereses. Con toda razón se ha podido decir que «el vicio característico de la democracia es que nadie está encargado de los intereses del público».

En el mundo político de nuestro país pueden verse claramente todos los defectos que se señalan en general como vicios de la



actual democracia parlamentaria. En primer lugar faltan los jefes en el sentido político de la palabra. Sólo hay respetables funcionarios que supervigilan el reparto de los puestos públicos entre sus adeptos y maniobran para conseguir ventajas en este sentido. sin preocupación alguna por el interés público. Así, por ejemplo, si para la provisión de un cargo se presentaren dos candidatos uno perfectamente capaz, pero no miembro del grupo reinante y otro notoriamente incapaz, pero miembro de la fracción que gobierna, no cabe dudar que el jefe-funcionario designará o se empeñará inevitablemente por el incapaz, pues antes que la razón del buen servicio está siempre la razón de partido.

Posiblemente nuestros políticos tiene bastante espíritu público, pero lo disimulan con habilidad, de manera que no es fácil verlo a simple vista. Las últimas convenciones de varios partidos aportan una comprobación dolorosa a este desagradable aserto. Lo que hubo de mayor importancia en esas magnas asambleas democráticas fueron los banquetes y las «once-comidas», institución esta última que por su carácter ambiguo e intermedio se ha revelado muy eficaz para la manifestación de ideas liberales. Como consecuencia de estas actividades, parecían perfectamente exactas las declaraciones de la prensa diaria, que, comentando los resultados de esas asambleas decían: el partido tal o cual ha salido robustecido de la convención.

En general, las convenciones se manifestaron incapaces de abordar los graves y complejos problemas de la hora actual, o incapaces para analizar principios o rectificar direcciones. En otros términos, o se eliminaron los problemas o se les consideró vagamente a la luz vacilante de ideologías anticuadas, lo que es, en realidad, peor que no haberlos encarado en forma alguna. Por otra parte, estos acuerdos que pudieran llamarse doctrinarios fueron anulados posteriormente por interpretaciones de los funcionarios encargados de aplicarlos o bien cayeron en el vacío en las colectividades respectivas.

En cambio, las cuestiones personales tuvieron amplia y preferente consideración para que no quedara duda alguna acerca de la desorganización y decadencia de esas colectividades. Un sistema que cabría llamar de venganza privada y un deplorable régimen de recriminaciones pueriles obcecan los espíritus y les inhabilitan para dirigir el país. Es elemental que no puede organizar el que está desorganizado, ni dirigir el que no se sabe dirigirse a sí mismo.

Puede decirse que entre nosotros el gobierno es siempre concebido como una actividad contra alguien y no como una fun-



ción en favor de todos los ciudadanos. Por otra parte, los partidos políticos, a pesar de la representación parlamentaria que pueden exhibir y que todos sabemos como se obtiene, carecen de toda vitalidad. Ninguno de ellos es capaz de conquistar adeptos por la bondad de sus principios. Por eso tal vez, íntimamente convencidos de esta verdad, luchan con aspereza entre ellos por los puestos de la administración pública, que es el único medio barato y eficaz que les queda para conquistar prosélitos. La grandeza de una colectividad política se mide no por la elevación de su programa o el acierto de las soluciones que propone a los problemas colectivos, sino por el número de puestos que ha logrado ocupar dentro de la administración del estado. Los partidos se hacen así sin verdadera base en la opinión pública, y se forman de arriba hacia abajo por la presión de las autoridades que llegan hasta esos cargos para trabajar por su partido y no por el país.

Además de su nulo poder de crecimiento, síntoma que por sí solo es bastante claro en orden a la vitalidad colectiva, presentan los partidos políticos otras muchas muestras de una avanzada senilidad. Les falta, desde luego, la fuerza para llevar a la práctica las doctrinas que figuran en sus programas. Una pasividad doctrinaria parece el máximo de lo deseable. Cada grupo se limita a defender sus principios cuando por casualidad son atacados por algún proyecto; ni aun entonces se afronta la lucha sino que se buscan arreglos para evitarla; y una vez alejado el peligro se vuelve a la somnolencia anunciadora del sueño eterno. El partido, como entidad, no se preocupa de traducir en proyectos oficiales su programa político. Se suelen presentar proyectos aislados que sorprenden a los mismos correligionarios del autor. Falta en absoluto una labor sistemática y orgánica y cada cual hace sólo lo preciso para ser reelegido.

A la crisis de personal y a la crisis de partidos se añade la crisis de los métodos parlamentarios. Basta recordar brevemente algunos de los síntomas que según los tratadistas son los reveladores de esta forma de la crisis general de la democracia. En primer lugar puede indicarse dentro del parlamento el abuso de la discusión. No hay, en realidad y por regla general, un mal uso deliberado de la discusión hasta convertirla en abuso, pero de todos modos las discusiones se eternizan por causas fáciles de explicar. En efecto, llegan al Congreso asuntos técnicos que son planteados ante personas no técnicas en su mayoría. Este hecho por sí solo prolonga la discusión del asunto. Cada congresal desea naturalmente entender la cuestión y comienza a estudiarla por primera vez dentro del debate. Ahora bien como no es posi-



ble que en breves días lleguen a conocer y dominar extrañas y complejas materias, se enredan en detalles que oscurecen la cuestión principal y la discusión comienza a zigzaguear vacilante, empujada sin rumbo al azar del debate. Por lo contrario, si para abreviar la discusión se reduce el debate la ley será votada sin ser comprendida; entonces puede decirse, con justicia, que la Cámara deja de ser legisladora para entregar esa función al legislador desconocido que agita el proyecto entre bastidores. En consecuencia, este abuso de la discusión sólo podrá evitarse cuando las leyes se hagan por organismos técnicos gremiales.

Otro defecto del sistema es que produce una gran cantidad de leyes junto a una insuficiencia de legislación. En realidad, ocurre que cada diputado o congresal, exige leyes, para su circunscripción, un camino, un puente, una escuela, un ferrocarril, un edificio público u otro beneficio cualquiera. Resultan así muchas leyes, pero inarmónicas. Nadie se interesa por un plan de conjunto para caminos, puertos o edificación escolar que interesaría a todo el país. El sistema de legislación fraccionada significa no sólo pérdida de tiempo sino también mayor gasto en las obras. Además, con frecuencia no se atiende al interés del Estado, pues este tiene deberes y derechos que no siempre coinciden con los intereses locales de una región o lugar.

El número exagerado de sesiones que celebran los parlamentos es otro de los factores que contribuye a esterilizar su labor o a reducir su mérito, pues falta el tiempo para un estudio y preparación siquiera medianos de los asuntos por resolver. Y como, por otra parte, el prolongamiento de las sesiones es consecuencia de la complejidad de los problemas discutidos se está en un círculo sin salida dentro de la actual forma de composición de las Cámaras

Finalmente, puede indicarse entre otras, como una prueba de la crisis del método parlamentario la pérdida creciente de la autoridad dentro de la Cámara. Puede decirse sin exagerar que la autoridad del presidente de la Corporación está en relación inversa al poder de los aparatos silenciadores, que sirven para apaciguar los tumultos con otro tumulto mayor. Cada vez que el presidente se ve en la necesidad de oprimir el timbre que acciona los instrumentos silenciadores, comprueba una disminución de su autoridad, otrora respetada, y que ahora se hunde sin gloria entre la incultura de los debates parlamentarios y la estridencia mecánica de los timbres. Y así hasta que llegue el momento en que se toque definitivamente a silencio sobre la bulliciosa democracia liberal, que hace tiempo dejó de ser democracia y que probablemente nunca fué liberal. — L U I S D. C R U Z O C A M P O.



## REGIMEN DE LA PROPIEDAD RURAL

**E**L primer decreto de la República Socialista de los Soviets relativo a las tierras, disponía:

- a) Las tierras que no sean cultivadas por sus propios dueños pasarán al estado sin indemnización alguna;
- b) Los trabajadores de campo que carecen de ella, recibirán un lote que les permita subsistir por sus propios medios; y
- c) Las tierras de la Corona, de las Comunidades religiosas, y de las iglesias pasan a ser propiedad municipal con sus animales y enseres.

Tenía su importancia, es claro, que unos 250,000 grandes propietarios fuesen así destituidos, sin compensación alguna, pero la mayor estribaba a mi ver, en los efectos que la nueva distribución pudiera traer sobre la producción, y consecuentemente, sobre la alimentación del país.

Este modo de explotación, más que al sistema estrictamente socialista, pertenece al sindicalista, que se caracteriza más o menos, dentro de un grupo político, teórico, por el principio fundamental que podemos definir así: Las industrias deben ser manejadas por los que en ellas trabajan.

Las industrias manejadas por capitalistas, tienen quien o con qué se responda por sus varios pedidos, especialmente de las materias primas que les son indispensables; esta responsabilidad desaparece en las industrias manejadas por los obreros, y los proveedores suspenden sus entregas, paralizándose la industria. Además, entre los obreros no prevalece la voz de orden de los maestros, que conocen mejor el trabajo o industria, sino la voz de los más exaltados de entre ellos, que, generalmente, son los más inútiles, dañándose con esto la cantidad y la calidad de la producción, hasta que llega la fábrica al fracaso completo.

Lo mismo tiene que suceder en la industria agrícola, principia por faltar el capital y el crédito, sigue la falta de materiales, enseres, semillas o animales; conjunta y paralelamente a la deficiencia por falta de disciplina en el trabajo, todo lo cual concluye con pérdidas en las cosechas y demás productos.

Es el caso general de todas las industrias de Italia, en los dos o tres años que precedieron a la instalación del fascismo.

Viene en seguida un cambio en la política socialista de los Soviets, con una segunda ley parte sindicalista, y parte cooperativa (febrero de 1919):



a) Toda propiedad queda abolida en la República Socialista;

b) La tierra pasa en usufructo al pueblo trabajador;

c) La explotación del subsuelo, bosques, aguas y fuerzas naturales corresponde a las autoridades;

d) El material agrícola pasa de los que no trabajan a las autoridades;

e) El reparto de las tierras cultivables entre los trabajadores de campo estará asegurado por las secciones agrarias de los Soviets;

f) Todo exceso de producción, resultado de la fertilidad natural de las mejores parcelas y de la mejor situación de proximidad a los mercados, se entrega al Gobierno para la atención de las necesidades sociales;

g) La República Socialista otorga todo su concurso a los cultivos, dando prioridad a las explotaciones comunistas en cooperativas;

h) El derecho de usufructo de la tierra, destinada a la industria agrícola, bajo la condición *de trabajar por sí mismo*, se realiza iniciando el trabajo industrial en la primera estación agrícola;

En la primera de estas leyes el fracaso de la pequeña propiedad agrícola proviene de que el pequeño propietario no tiene crédito para proporcionarse la maquinaria que le abarate su producción, y tendrá, por esto, que trabajar con métodos anticuados, de donde resulta una producción de menor cantidad y más cara, fuera de que muchas veces, en lugar de determinado producto, que más se necesitará para el consumo del país, tendrá que optar por sembrar otro, cuya producción estará más a su alcance. En general, el pequeño parcelero no podrá dedicarse a la ganadería, por ser más cara, y de aquí provendrá una escasez y un alza de la leche y de la carne.

En la segunda ley el funcionamiento de las cooperativas, que se disponía en ella tiene el inconveniente que se trabaja con un sistema semejante al capitalista, pues sus altos empleados quedan en la situación de los capitalistas, mientras que los demás tienen que pasar a la categoría de peones. Es muy difícil que el trabajador quiera trabajar así, pues no saca para sí ninguna ventaja, con lo cual la labor tiene que hacerse floja y descuidada y sobrevenir una menor producción.



M. Paleologue, muy conocedor de Rusia, en una conferencia dictada en París en diciembre de 1931, decía al respecto:

«Y no solamente son los cereales lo que el campesino está  
« obligado a remitir a los funcionarios del estado comunista,  
« sino que también la avena, la paja, las frutas, las legumbres,  
« la mantequilla, el queso, el cáñamo, el lino, la colza (aceite  
« de alumbrado), los cueros, la lana, toda la remuneración, toda  
« la recompensa de su duro trabajo, puesto que en adelante el  
« estado comunista es el solo dueño.»

«No habréis, tal vez olvidado, la guerra obstinada y sangrien-  
« ta que las masas rurales declararon hará unos once años, a los  
« potentados bolchevistas. Y yo no tengo tampoco, que re-  
« cordaros, que este duelo ha traído, para los campos, una larga  
« serie de calamidades, persecuciones y hambres, un empobre-  
« cimiento sin remedio de toda la economía agraria, y la  
« muerte de varios millones de hombres».

Llega el país en estas condiciones hasta el año 1929, es decir a la iniciación del famoso plan quinquenal. Al mismo tiempo —llegó la tercera ley de la propiedad rural.

En lo que respecta a la agricultura se suprimió en absoluto todo lo que pudiera asemejarse a la propiedad privada, y se ordenó, no ya la explotación cooperativa, sino que *se emprendió la colectivización de toda la agricultura* del país, «lo que significa, dice M. Paleologue, que en adelante, la nacionalización  
« absoluta de la tierra se hace obligatoria a todos como un  
« principio de Derecho eminentísimo, y que la menor viola-  
« ción de este principio trae consigo, para el infractor, un ejem-  
« plar castigo».

«Para comenzar se han suprimido radicalmente, por los me-  
« dios más expeditivos, una clase numerosa de campesinos que,  
« más laboriosos, más económicos y más hábiles que los demás,  
« habían llegado a constituirse una propiedad de alguna im-  
« portancia, y a los cuales se llama los *culacs*. Ya sin obstáculos  
« ante sí, han abordado la parte orgánica de su programa: la  
« creación de inmensas explotaciones colectivas, en que los  
« trabajadores se reclutan como en un ejército, bajo el control  
« del Estado, y quedan sometidos a todas las severidades de  
« la disciplina militar. La empresa fué conducida con tal vigor  
« y con tan implacable energía, que a la hora presente las gran-  
« jas colectivas, o, por su nombre oficial, las *colcoz*, han absor-  
« bido por lo menos, un millón cuatrocientos mil propiedades  
« campestres.

«Karl Marx lo había declarado hace mucho tiempo a sus  
« discípulos: Entre todas las naciones yo no veo sino única-



« mente a Rusia que, con su cultura primitiva, su economía  
 « rudimentaria, y su masa innumerable de campesinos analfa-  
 « betos, sea capaz de construir una sociedad en que la propie-  
 « dad individual no exista más, la verdadera sociedad del  
 « comunismo.

A todo esto, el mujik, el campesino, no ha ganado nada:  
 « «En los trenes, en los caminos, en los mercados, en las oficinas  
 « de los soviets, en todas partes, dice el mismo autor, he oído  
 « a los mujiks denigrar y gritar contra sus maestros actuales  
 « con una violencia inaudita. Es como si la Revolución no sola-  
 « mente hubiese abierto su boca, sino también su corazón, y que  
 « todas las impaciencias, todas las rabias, todos los rencores,  
 « reunidos en él durante siglos, saliesen fuera de su pecho. Apa-  
 « rece así, sobre la escena rusa, como un hombre nuevo, de  
 « proporciones desmesuradas, con una potencia nueva, un ardor  
 « y una audacia nuevos y por encima de todo, con una intrépida  
 « resolución de hacerse oír».

El principal producto de estas granjas o haciendas es el trigo, y un agricultor, cuando este plan se hizo público, me dijo: El trigo se vende en el mercado a término, o como dicen los ingleses, mercado c. i. f., es decir que el que lo envía debe pagar costo, seguro y flete. Si acaso el precio del nuevo mercado es bajo, por haber existencias suficientes, es difícil que alcance a pagar costo, seguro y flete, si se le trae de lejos, aunque sea por mar, cuyo flete nunca es muy alto. Ahora, si el precio es bajo, como ya dijimos, y hay que sacarlo de un país mediterráneo, como Rusia, por largas líneas de ferrocarril, cuyo flete es siempre caro, el costo de este trigo sube y sólo puede venderse al precio del mercado a término sufriendo gruesas pérdidas. Otra cosa es, si hay escasez de los mercados compradores, porque el precio sube y los costos se pagan.

Este es el fracaso del *dumping*, que consistía en vender trigo ruso en todos los países a un precio menor que el local, el objetivo de cuya operación era casi exclusivamente de propaganda.

Creer muchos, especialmente los hombres de negocios de la Europa Occidental y de los Estados Unidos, que este sistema agrícola e industrial socialista está llamado a desaparecer. Sin embargo, si vemos que desde la Revolución Francesa, en que se hizo la declaración de los derechos del hombre, proclamando la igualdad de todos ellos, se viene desarrollando este principio, de modo que todos los países capitalistas tienen instituciones socialistas de diversos géneros, podemos tal vez creer que el socialismo es algo a que todos los países llegarán en un futuro



próximo, y como no será posible detener ahí el progreso humano, el comunismo puede ser universal después.

Eso sí, necesitamos llegar allá, sin violencias, y con una igualdad efectiva para todos, y si este avance se hace poco a poco, todos tendremos que conformarnos con que desaparezcan rentas, propiedades, potentados y capitalistas.

Volviendo al tiempo presente, y a las condiciones de la agricultura en nuestro país, un agricultor me decía hace poco tiempo a propósito de las parcelas que principiaron a venderse y que compraron algunas personas que vivían en la capital:

Una cuadra de tierra buena, regada, tiene una producción suficiente para mantener la familia de un colono, que trabaje por sus propias manos, sin sacarlo de su pobreza. Se deduce de aquí que un parcelero con diez cuadras buenas, puede vivir sin hacerse rico, siempre que viva en el campo y no en la ciudad, porque en la ciudad sus gastos se duplican o triplican.

Pero tendrá inconvenientes de capital o de crédito para hacer determinados negocios. Una propiedad grande producirá, y, por consiguiente, tendrá crédito para comprar determinada maquinaria que baje el valor de su producción, y le dé ganancia para pagarla. Bajo la base que esta maquinaria, digamos un arado, de patente con sus caballos, puede servir a varios parceleros, se ha imaginado las cooperativas, en que se prorratan estos gastos. En la provincia de Chiloé existe un sistema de trabajo de pequeños propietarios, que podríamos llamar cooperativo. Todos trabajan en las faenas, por ejemplo, en la cosecha de papas, incluyéndose las mujeres y los niños, y en estas ocasiones vienen los vecinos a tomar parte con sus familias en el trabajo, no existiendo los inquilinos, ni peones, y teniendo el propietario que darles a todos solamente la comida en esos días, y cuando es el vecino el que cosecha, él va con su familia a ayudarle. Para esta y otras faenas se prestan yugos, carretas, bueyes, etc. En todo esto no entra el dinero.

La apariencia general de estos grupos cooperativos de Chiloé y parte de Llanquihue es que ni tratan de mejorar sus cultivos ni sembrar una mayor extensión; se contentan con lo que buena-mente les da el pedazo de tierra trabajándolo descansadamente. Se ve que este trabajo de parcelas y cooperado de colonos, hace que las gentes no tengan ambiciones de fortuna, y que no contribuyan, por esto, a la economía general del país con una producción máxima.

Estó es perjudicial en los países en que hay grandes ciudades que alimentar y aprovisionar o donde hay zonas o provincias, como el norte de Chile, cuya capacidad de alimentar la población



es sencillamente nula. Si en una ciudad, digamos de unos 700,000 habitantes, cada habitante consume unos 400 gramos de pan diarios, esto exigirá aproximadamente 250,000 kilos de harina diarios, que para entrar en la ciudad exige un tren diario de harina de unos 12 carros con 20,000 kilos cada carro.

En el año serían 365 trenes iguales a este. Ahora, ¿cómo podría el país, si se compusiera de pequeños propietarios o de cooperativas de éstos, proporcionar esa harina o ese trigo? Es indudable que no podría.

Y tampoco podría suministrar la leche ni la carne para el consumo si hacemos un cálculo parecido.

El norte de Chile se provee de animales en pie, pero en Europa, en los países en que la producción de animales es deficiente, se llevan bueyes o carneros congelados. Si el norte se provee de animales, ¿podrían los parceleros proveerlos? Claro que no. Y si se cambiara el sistema, ¿habría alguna esperanza que los pequeños propietarios entregaran corderos suficientes para cargar un vapor frigorífico; no digamos de los grandes de 10,000 toneladas, sino de unas 5,000 toneladas? Ninguna esperanza ni probabilidad. ¿Podrían los parceleros proporcionar trigo para cargar un vapor triguero de unas 8,000 toneladas como se cargan en los puertos argentinos desde los elevadores de granos? No podrían.

En esto consiste el fracaso de la pequeña propiedad agrícola y de las cooperativas.

Es un hecho que no se discute que la pequeña propiedad arraiga a las gentes y que les da el bienestar. En Llanquihue, un colono alemán recibió una parcela de unas 40 cuadras a la que puso por nombre El Conejo, trabajó allí unos 30 o más años y decidió al cabo de ellos irse a Alemania, a su pueblo natal. Ofreció El Conejo en venta y le dieron por él 4,000 pesos. Se fué a Europa, en su pueblo todo había cambiado, y antes de un año de hallar todas las ciudades caras e inquietas, vuelve, y le propone al otro alemán que le venda nuevamente El Conejo; le pidieron 16,000 pesos, y los pagó sin titubear para tener de nuevo su querida tierra.

Hay en esto de la propiedad algo de afección, que no está conforme con la idea corriente de hacer fortuna. Un colono compra una parcela de 10 cuadras en 50,000 pesos y ésta le producirá un tanto por ciento del valor de la propiedad, que hace tres años podía avaluarse en catorce por ciento. o sea unos 7,000 pesos al año. Con la mitad de ese valor, 25,000 pesos, puede arrendar una propiedad de valor, también hace tres años, de 416,000 pesos, que le producirá al mismo 14 por ciento, unos 58,000 pesos al



año. Es entonces, mucho mejor arrendar una propiedad grande que comprar una chica. Se pueden variar estos números como se quiera, y siempre se tendrá esta diferencia en contra de la compra, siempre que el porcentaje de producción se ponga el mismo para ambos casos.

Cuando una propiedad la administra su dueño, que trabaja personalmente y sabe trabajar, esta produce un 14 por ciento de su valor, en buenos tiempos, sin crisis, buenas cosechas, etc. Cuando una propiedad tiene administrador, hay que darle casa, comida para varias personas y sueldo, total unos 30,000 pesos al año. Si acaso se necesita otro empleado caballero, un agrónomo, o contador, sus gastos sumados a los anteriores doblarán esta suma, o sea se llegará a unos 60,000 pesos. Hay que agregar a esto, que los administradores trabajan con exigencias de máquinas que a veces tienen un costo subido, y que pueden no corresponder a la amplitud del negocio, y entonces toda ganancia se reduce a muy poco o desaparece; especialmente si la propiedad, como sucede en Chile, tiene una fuerte deuda hipotecaria.

Puede aplicarse muy especialmente esto a las industrias manejadas por el Estado, donde nunca se trabaja con una estricta economía, suelen pagarse jornales mayores, y muy a menudo se tiene más personal que el necesario.

La situación de un inquilino hace dos años no era mala: entre su jornal, la casa que se le daba, lo que ganaba la mujer como ordeñadora, su ración, y lo que ganaba como mediero de la chacarería, sumaba al año unos 7,000 pesos o sea unos 700 pesos mensuales. Un zapatero, con taller propio pequeño, gasfiter, o un electricista, aquí en Santiago, ganan un poco más, mientras la gran mayoría de los empleados de comercio y oficinas ganan menos.

La costumbre tan antigua, de dar una cuadra o más en medias a un inquilino, es una socialización al 50 por ciento de esa porción de terreno, y tal vez un poco más, pues se parte la ganancia bruta, sin tener en cuenta deudas, hipotecas, etc. La ley de empleados particulares asigna a estos un 25% de las ganancias netas, pero, desgraciadamente, la ley no abarca a todos los trabajadores, ni se aplica en la agricultura a los peones, y por otra parte se faculta al mismo tiempo al capitalista para cambiar esta suma por la de tres meses de sueldo.

Los países en que la propiedad está más dividida, como Italia y Francia, se hallan generalmente en la situación de que su producción no es suficiente para la alimentación del país, y estos países han recurrido con este fin al auxilio de sus colonias



de Africa. En Chile existen muy pocas propiedades a las que pueda darse el nombre de latifundios, porque las de mayor extensión casi todas tienen grandes superficies de terrenos de las cordilleras de los Andes o de la costa, que son por lo general inútiles para los cultivos agrícolas. De una lista incompleta de hace 20 años, hemos tomado el dato de que la sola provincia de Buenos Aires en la República Argentina, tenía más de 50 propiedades de una extensión que fluctuaba entre las 3,750 hectáreas y las 67,000 hectáreas.

Con el sistema de herencias legales que se estatuyen en nuestro Código Civil, copia del francés, la propiedad ha venido dividiéndose sola, y esto es fácil comprobarlo prácticamente. Una propiedad cercana a Santiago que en 1860 tenía unas 2,400 cuadras está en este año 1933 dividida en ocho propiedades de una extensión entre 200 a 300 cuadras. Esto es equivalente a que la propiedad se divida por dos unas tres veces en 72 años, o sea que en Chile la propiedad rural se divide por dos cada 24 años. Tal vez convendría comprobar esta afirmación con algunos otros ejemplos, para tener un número exacto.

Como todos los socialistas, Mr. Ramsay Mac-Donald, primer ministro de Inglaterra cree que el capital agrícola no puede ser equitativamente utilizado cuando se encuentra en manos de particulares. La substitución de la propiedad privada por la pública, dice no se efectuará en un sólo día, ni afectará a la vez a todas las cosas, sino que vendrá paulatinamente y por distintos conductos.

En otra parte, dice: La idea común es que el socialismo se propone abolir la propiedad privada, pero esta opinión es errónea.

Se puede ver en todo esto que si los teóricos como Marx y Lassalle se aventuraban con toda confianza y seguridad en todas las especulaciones de estos temas, los políticos, como Mr. Mac-Donald, titubean bastante, aun hoy día, sobre todo en un país de mayorazgos como Inglaterra, en que el hijo mayor hombre de la familia hereda todo, y los demás nada, o casi nada, y donde las familias que no son de la nobleza y hasta las gentes pobres imitan estas mismas condiciones de herencia.

Se nota que estos hombres de la política preveen las dificultades de los experimentos rusos, de los cuales no podemos todavía ver la fase final, definitiva.

Después de los años de las vacas gordas, José, ministro de Faraón, compró para éste toda la tierra de Egipto, y sólo la devolvió a condición de que en lo sucesivo la quinta parte de la producción debía ser del Gobierno (Génesis, cap. 47).



Parece que esta ha sido la primera idea en el mundo de un sistema permanente de contribuciones, a base de la producción de la tierra:

Mr. Mac-Donald con una idea muy semejante, dice: «El tipo de la renta inmerecida es la renta de la tierra. Por tal razón el socialista propone grabarla. El objeto de esta contribución es asegurar la renta económica del Estado».

Piensen así, que mientras llega el momento de la oficialización de las tierras, esta debe soportar el peso de los gastos del Estado. Aplicándole a un fundo de Chile la tasa de Faraón por un valor, o tasación oficial de \$ 1,000,000; el producto anual al doce por ciento daría \$ 120,000. La quinta parte sería \$ 24,000.

Mac-Donald es enemigo de la pequeña propiedad. «Debe prevenirse también al Estado, dice, contra la inconveniencia de la multiplicación de los propietarios, porque la creación de pequeños poseedores aumentará la renta económica, y, por consiguiente, las dificultades para el Estado de proteger esta renta, si la clase interesada en su explotación se hace más numerosa».

Es decir, que si son muchos, su poder será suficiente para influenciar las leyes a su favor.

Es una característica de la propiedad rural chilena y de otros países el tener que responder por deudas hipotecarias muy grandes. Debe ser esta la razón por la cual los agricultores se quejan tanto de los impuestos. Las dos leyes dictadas antes de la última de impuesto a la renta, hacía pagar el impuesto sobre la tasación, sin descuento por las hipotecas en la primera de ellas, y con descuento de la mitad de las hipotecas en la segunda. Sobre el número resultante se avaluaba una renta de 6%, seis por ciento, sobre la que se pagaba la tasa del impuesto. En la última ley se descuentan las hipotecas, y para aplicar la tasa del impuesto de toma 4% como producto de la propiedad. Con todo esto las quejas continúan.

No es bien clara la razón por qué se obliga a los pequeños industriales y comerciantes a llevar sus libros, y esto no se extiende a los agricultores. En realidad hay una gran deficiencia en la Instrucción Pública de nuestro país a este respecto: Si tomamos un bachiller en Humanidades y lo ponemos en una oficina, o en cualquier negocio no entenderá nunca ni los libros, ni menos el llevarlos. Si tomamos a cualquier inglés o americano que haya hecho sus estudios completos en la High School, Escuela Superior, este entenderá los libros desde el primer momento y al poco tiempo podrá reemplazar a sus jefes anteriores. Se pueden considerar los estudios del bachillerato y



los de la High School como equivalentes, teniendo el bachiller muchos conocimientos que no son de utilidad en los negocios, y el alumno de la High School una sólida preparación de Aritmética comercial y redacción.

Volviendo al impuesto reducido del seis al cuatro por ciento, el mismo fundo de \$ 100,000 al cuatro por ciento se estimaría su producción al año en \$ 40,000 o \$ 60,000 tomando el seis.

Una propiedad agrícola comprada el año 1928, en \$ 750,000 estuvo arrendada en 1929 en 50,000, pesos en 1931 en 40,000 pesos y en 1932, en 32,000 pesos. Estos cánones de arriendo corresponden a un valor sobre el de la propiedad de seis y medio, cinco y un tercio, y cuatro por ciento; valores sobre la tasación oficial; puede ser que el fundo haya bajado de valor, salvo que se estime que la menor producción es cosa pasajera.

Si suponemos, lo que es efectivo, que el que toma en arriendo un fundo trata de sacar para sí, y un hombre que trabaja bien lo saca, una cantidad igual o mayor que el canon, hay que llegar a la conclusión forzosa que la producción efectiva de ese fundo sobre su valor o tasación será de trece, once y ocho y medio por ciento para los años indicados.

La característica de la propiedad agrícola es su gran deuda hipotecaria. Un fundo de valor de \$ 1.000,000 con una deuda de \$ 400,000 paga por ésta \$ 34,000 al año. Si produce 12%, dejará para impuestos y para el propietario \$ 86,000; si sólo da 4%, dará para impuestos y el propietario sólo \$ 6,000. La situación de vida de los agricultores que viven en la capital nos permite decir que la renta mayor es la efectiva.

En las circunstancias generales de todos los países, y en las particulares nuestras de este momento, la propiedad es la base que debe producir la renta menos variable del Estado, según los socialistas, especialmente los ingleses. Ellos se dan cuenta de la imposibilidad de que hay de reunir sumas apreciables para manejar las modernas exigencias del Estado si acaso las colectividades son pobres e igualitarias, y prefieren soportar a los ricos privilegiados siempre que éstos se presten, como se prestan en Inglaterra los contribuyentes, a cargar con las necesidades del Estado.

Cuando las deudas son muy grandes y suelen venir años sin ganancias suficientes, llega el caso, según algunas opiniones, de que la propiedad debe cambiar de manos, según otras, debe venderse una parte de la propiedad para poder trabajar con una deuda menor. Por sobre todo esto hay que recordar que si los intereses de los propietarios merecen consideración, también la merecen los tenedores de los bonos hipotecarios que, en



cantidades grandes son las cajas de previsión social y seguros, y en cantidades menores muchas personas de modesta condición.

Los préstamos que necesitan los propietarios dependen de la existencia de dinero en el mercado y de la garantía que se ofrezca. Sin garantía los préstamos no se consiguen. El precio, en cambio, que se consigue vendiendo los bonos varía con la demanda en el mercado, la que depende de la existencia de dinero disponible.

Para un negocio que va a dar un cuatro por ciento de utilidad no se puede pedir dinero al ocho por ciento. Hace unos tres años, y con una producción de un 14 o 12% sobre el valor de una propiedad rural, los agricultores no podían aceptar préstamos a más del nueve, comprendidos todos los gastos. Si la producción baja de valor del catorece o doce a ocho, los propietarios no podrán pagar más del cinco. En Chile no se consigue dinero a este tipo.

Se dice muy a menudo imitando la fraseología socialista y comunista extranjera que tenemos una clase privilegiada que monopoliza la propiedad rural en sus manos. Querría esto decir que la propiedad no sale de algunas familias. Si revisamos los trasposos por compraventa de la propiedad rural, podemos ver que esto no es efectivo: de diez propiedades que conozco y tomando de 60 años a esta parte, dos han permanecido en manos de la misma familia con trasposos por herencia solamente, dos se han vendido a otras gentes dos veces pasando por tres manos, y seis han cambiado una vez de propietario por compra. El término medio es, entonces, que el equivalente al total de las propiedades cambia de dueño pasando a otra familia cada 60 años. Esto comprueba que, aunque existen familias que poseen propiedades desde hace 100 o más años, la mayoría de éstas sólo las tienen en su poder, durante dos o tres generaciones.

En dos correspondencias desde Alemania para *El Mercurio* de octubre de 1933, se pueden ver las condiciones de la nueva ley que allá consideran la medida más fundamental para combatir el endeudamiento agrícola.

Esta ley crea los mayorazgos en la pequeña propiedad agrícola, con el objeto de evitar el exceso de subdivisión, y al mismo tiempo elimina la pequeña propiedad agrícola, no mayor de 125 hectáreas, del proceso de las quiebras y remates.

Según esto, un heredero se hace cargo de la propiedad; los demás no tienen parte, tienen derecho a educación y a refugiarse en ella, en caso de necesidad.

Hasta ahora los coherederos recibían en dinero su parte de



la propiedad, para pagar el cual el heredero hipotecaba generalmente.

El Gobierno alemán cree que debe emplearse cualquier medio para evitar que siga el endeudamiento creciente de la propiedad agrícola. Es muy probable que las razones que tenga el Gobierno alemán sean las mismas que tuviera Mr. Mac-Donald para no desear que aumente el número de propietarios agrícolas. Si fueran muchos influenciarían sobre la política y la ley; lo mismo estos deudores, si son muchos influenciarán de un modo semejante.

La reunión de los datos que contiene este artículo es difícil. Su publicación tiene por objeto hacer notar las divergencias que hay entre las ideas existentes al respecto en nuestro país y las que dominan en Europa, debiendo creerse que nuestras circunstancias se aproximarán en el futuro a las de allá en cuanto a población, y que, para esta emergencia, hay que estudiar las actuales condiciones que en esos países prevalecen. —J U A N  
M A R S H A L L .



# NOTAS Y DOCUMENTOS

## LA UNIVERSIDAD DE CONCEPCION

### SUS ACTIVIDADES Y LA LOTERÍA

**L**A señora Adela Edwards de Salas ha creído necesario salir a engrosar el coro de las lamentaciones de la Beneficencia. A juzgar por el clamor que se ha levantado, en este país viviría solo un pueblo de enfermos, y, lo que es peor, de enfermos desamparados. Cualquiera que sea la verdad sobre este punto, lo malo está en que la señora Edwards, para servir su propósito, ha juzgado indispensable atacar a la Universidad de Concepción y así lo ha hecho en un artículo publicado en El Mercurio del 18 del presente mes.

Considero mala suerte de la Universidad de Concepción que no goce de la simpatía de una dama como la señora Edwards; pero esta señora no conoce nuestro instituto. Por lo menos así se desprende de lo que dice. Muy poco sabe también acerca de la verdadera gestación, desarrollo y significado de la Lotería.

No ha sido esta una Lotería de Beneficencia de la cual se haya apoderado indebidamente la Universidad como podría desprenderse de las palabras de la señora Edwards. La Lotería ha sido una creación de la Universidad, afianzada y prestigiada por ella misma en virtud de la escrupulosidad e intachable honradez con que ha sido manejada. Hoy se han olvidado todos los riesgos que esta empresa significó y los despliegues de ca-



rácter, de vigilancia y de labor que ha exigido su mantenimiento. Esos riesgos los corrieron los directores de la Universidad de Concepción y ese carácter, esa vigilancia y esa labor han sido la obra de los mismos directores y del gerente de la Lotería, miembro también de la Universidad.

Los primeros sorteos empezaron en 1921 cuando la Universidad no hallaba de que recursos echar mano para atender al modesto pago de todos sus servicios.

Suspendidos por obra de la Junta de Gobierno que ocupó el poder en septiembre de 1924 fueron autorizados legalmente por el decreto-ley N.º 484, de 20 de agosto de 1925, dictado por don Arturo Alessandri, que había sido instaurado en la presidencia de la República en abril de ese año. El decreto-ley N.º 484, verdadera fe de bautismo de la Lotería, faculta a la Universidad de Concepción para continuar practicando las operaciones de sorteo que había llevado a cabo antes. No se habla de la Beneficencia en ese decreto-ley fundamental. Se establece en él que las utilidades se deducirán primeramente 600,000 mil pesos para la Universidad y del remanente tomará todavía esta institución setenta por ciento más. El treinta por ciento restante sería para la Cruz Roja Chilena.

Cuando en 1930 se iba a presentar en el Congreso un proyecto de ley relativo a la Lotería para hacer posible el aumento del fondo de reserva que debe tener la Universidad apareció la Beneficencia solicitando una participación en sus utilidades. Era muy cómodo entrar tranquilamente a coger los frutos de una empresa que se hallaba en plena prosperidad después de nueve años de buena y honrada labor directiva de nuestro instituto docente. La pretensión era plausible por el solo hecho de que se podía presumir que no faltarían votos en el parlamento que la apoyaran. Así fué también como por una simple indicación de la comisión del Senado, que estudió el proyecto de ley, la Lotería pasó a llamarse de Beneficencia Pública. Pero este accidental cambio de nombre, debido al malhadado talento abogadil de algunos senadores que calculaban las proyecciones que ello podría tener, no altera ni el origen ni la historia de la Lote-



ría que establecen su indestructible vinculación a la Universidad penquista.

La discusión del mencionado proyecto-ley en 1930 fué como un toque de rebatiña para repartirse las utilidades de la Lotería, jornada de la cual no salió bien parado nuestro instituto, a pesar de la muy favorable opinión con que contaba en los círculos parlamentarios y de gobierno. No era posible poner dique a tanto apetito que se desencadenó. Y esto tendrá que ocurrir siempre cuando se trate de cualquier parlamento que resuelva una distribución de fondos.

El decreto-ley N.º 312, de 28 de julio de 1932, tan impugnado hoy día, mejoró la situación de la Universidad por cuanto empezó por asignarle una cuota inicial de 2.900,000 pesos para asegurar su funcionamiento. Después de descontada esta suma se hace la repartición de las demás cuotas establecidas. La Universidad necesita de esta garantía para que sus servicios no sufran interrupciones o tropiezos. Ella vive por ahora casi exclusivamente de las entradas que le proporciona la Lotería y hay que sustraerla a las contingencias que pueden resultar de oscilaciones en la venta de los boletos. Para la Beneficencia y otras instituciones que reciben cuotas la contingencia apuntada no tiene mayor importancia por cuanto ellas cuentan con otras fuentes principales de entrada y lo que les da la Lotería constituye sólo una pequeña suma al lado de sus ingresos fundamentales. Como ya lo hemos dicho, el decreto-ley de agosto de 1925 se hizo cargo de la necesidad de que hablamos y fijó para la Universidad una cuota inicial de \$ 600,000 que para entonces se consideró suficiente.

La señora Edwards afirma en su artículo que el decreto-ley N.º 312 privó a la Beneficencia de las utilidades que le había asignado la ley 4885 de septiembre de 1930, que en una utilidad total de seis millones de pesos deberían ascender a 1.008,000 pesos. Esto no es exacto sino aparentemente. En el decreto-ley 312 no figura en verdad la Beneficencia entre los copartícipes de las utilidades, pero aparecen en cambio dos partidas nuevas que no se encuentran en la ley de septiembre de 1930, para el Ministerio de Salubridad, una del 15 por ciento del remanente



de las utilidades y otra formada por el rendimiento del impuesto del 4 por ciento sobre la venta de los boletos. Estas dos partidas han estado destinadas a la Beneficencia. Ese 15 por ciento en una utilidad total de 6.000.000 significa 465 mil pesos y el producto del impuesto del cuatro por ciento equivale poco más o menos a un millón de pesos, de manera que, según los propósitos de los que dictaron el decreto-ley 312, la Beneficencia debería recibir anualmente un millón y medio de pesos en lugar del 1.008,000 que le correspondía de acuerdo con el reparto establecido por la ley de septiembre de 1930. Pero el Fisco se ha negado a entregar a la Beneficencia el producto del impuesto del 4 por ciento, accidente de que no es responsable la Universidad de Concepción. En cambio se ha decretado el pago de la cuota del quince por ciento, o sea de una suma que fluctúa alrededor de 450,000 pesos, lo que quiere decir que el decreto-ley 312 habría traído para la Beneficencia una pérdida, siempre por culpa del Fisco, de sólo 500,000 pesos o muy poco más en comparación con lo que hubiere tocado percibir en caso de continuar vigente la ley de 1930.

«La situación que se ha expuesto, dice la señora Edwards, es uno de los motivos que ha producido a la Beneficencia la grave situación económica que sufre». Para ser exacto habría que agregar que es un motivo muy pequeño. Según publicaciones que se han hecho, las deudas solas de la Beneficencia ascienden a 11 millones de pesos y para dejar en regla sus servicios necesitaría 6 ó 7 millones más. En verdad no es decisiva al lado de estas cifras enormes la cantidad que la Beneficencia ha dejado de percibir de la Lotería.

Las impugnaciones de la señora Edwards y otras que suelen repetirse de lados no cuidadosos de informarse bien pueden hacer creer que la Universidad de Concepción obtiene utilidades muy considerables de la Lotería.

Debemos dejar bien en claro que no hay tal cosa. Es cierto que el decreto-ley 312 vino a mejorar la situación de la Universidad en comparación con la que le había creado la ley de 1930, pero ya hemos probado que estas ventajas no se obtuvieron a expensas de la Beneficencia, como afirma la señora Edwards.



Ellas se han logrado suprimiendo una cantidad de pequeñas asignaciones que significaban un desmenuzamiento injustificado y que fueron consultadas en aquella ley para satisfacer exigencias de los parlamentarios de entonces.

En el artículo de «El Mercurio» se dice que la Universidad de Concepción obtiene de la Lotería en virtud del decreto-ley N.º 312 una renta anual de 3.760,000 pesos. Esto será verdad en caso de que dicho decreto-ley siga en vigencia por año y medio más. Mientras tanto no ha percibido la Universidad ni tres millones y medio. El resto ha sido entregado a la Cruz Roja Chilena en obediencia a disposiciones del mismo decreto-ley. Pero ni una ni otra suma pasaría de ser una cifra modesta para atender al presupuesto de una verdadera universidad. Recuérdese que la Universidad de Chile, cuyos recursos no han sido nunca suficientemente amplios para sus necesidades, ha tenido en años recientes un presupuesto de más de diez y nueve millones de pesos y en el año actual, año de penurias, creo que sube a más de once millones.

Quien se ha llevado la parte del león en las ganancias de la Lotería ha sido el Fisco. Este percibe las siguientes cantidades:

Impuesto del diez por ciento sobre los premios . . .	\$ 1.700.000
Impuesto del cuatro por ciento sobre la venta de boletos . . . . .	\$ 1.000.000
Diez por ciento para el Hospital Clínico de la Universidad de Chile . . . . .	\$ 310.000
Cinco por ciento para el Hospital Militar. . . . .	\$ 155.000
Cinco por ciento para el Hospital Naval. . . . .	\$ 155.000
	<hr/>
	\$ 3.320.000

Si agregamos todavía los \$ 465.000 destinados al Ministerio de Salubridad Pública, que el Fisco ha entregado por este año a la Beneficencia, tenemos un total de \$ 3.785.000 que ingresa en arcas fiscales.

El decreto-ley N.º 312 consulta aún una asignación del cinco por ciento, o sea de \$ 155.000 a favor del Hospital Clínico de



la Universidad Católica, y otras que llegan a enterarle un millón de pesos a la Cruz Roja.

Entonces ese decreto-ley, tan denostado por haber olvidado a la Beneficencia, consulta partidas para dos Hospitales clínicos, para un hospital militar y un hospital naval, o sea, para cuatro hospitales, fuera de los gruesos ítems ya mencionados en favor de la salubridad pública y de la asistencia social que tiene a su cargo la Cruz Roja, o sea un total de 3.240,000 pesos. ¿No es esto servir a la Beneficencia?

Con lo dicho dejamos refutados no sólo las afirmaciones de la señora Edwards sino las contenidas en el editorial de «El Mercurio» del 20 de octubre, también gratuitas donde dice que las utilidades de la Beneficencia fueron escamoteadas en aquel decreto-ley.

\* \* \*

Hemos dicho anteriormente que la señora Edwards no conoce a la Universidad de Concepción. Así se explica que con la más tranquila desaprensión proponga que se recorte su presupuesto. No se ha dado cuenta de lo que esto significa.

Para la señora Edwards la Universidad no hace otra cosa que formar profesionales que están demás. Pero nuestro instituto forma ingenieros químicos que hacen mucha falta en todo el país y dentistas, farmacéuticos, profesores y abogados que vienen a llenar las necesidades de la zona austral de nuestro territorio y de la zona central inmediata a esta última. Santiago está muy lejos para centenares de jóvenes y sin la Universidad de Concepción no hallarían qué hacer. En nuestra facultad de Medicina no funcionan sino los cuatro primeros años de estudio y se ha tratado de darles un carácter principalmente científico.

Donde muestra la señora Edwards una falta de información o una mala información inaceptable es cuando habla de «una enseñanza que no consulta lo que la mayoría del país desea. Salvo honrosas excepciones es en general imposición sectaria de la minoría, que se sirve de la enseñanza para adueñarse de las



conciencias y propagar doctrinas disolventes haciendo de los chilenos, ciudadanos sin Dios ni ley y cuyas consecuencias estamos sufriendo todos».

La señora Edwards se halla profundamente equivocada.

Los universitarios de Concepción hemos orientado nuestro instituto dentro de los principios y del ambiente que conviene al desarrollo de la ciencia y de la alta cultura. Perseguir una imposición sectaria para adueñarnos de las conciencias y propagar doctrinas disolventes nos parecería indigno de nuestra obra, del claro concepto que tenemos del desarrollo que conviene a nuestra colectividad y del cariñoso interés que nos inspiran los estudiantes.

Profesores y alumnos se dedican aquí al estudio y a la investigación dentro de un espíritu de serenidad y libertad. La preocupación profesional no es la primordial entre nosotros. Nuestra Escuela de Medicina se halla organizada sobre la base de institutos de investigación científica dirigidos por profesores contratados que se dedican exclusivamente a ellos, como son los doctores Alejandro Lipschütz, Ernesto Herzog, Carlos Hamkel, Ottmar Wilhelm, cuyos trabajos circulan acreditados con justo renombre en todo el orbe científico. En esta categoría debemos agregar igualmente a los doctores Liborio Moraga y Enrique Solervicens. Otros, sin estar contratados en la misma forma que los anteriores, hacen también obra científica, como el doctor Guillermo Grant, autor de un *Tratado de Patología* que ha sido premiado por sociedades científicas, y el doctor Alcibiades Santa Cruz, autor de un *Tratado de Botánica*, recibido con general aprobación por los entendidos.

En el Instituto de Farmacia se llevan a cabo investigaciones y ensayos de producción que pueden ser de trascendencia para la industria nacional.

Las clínicas perfectamente instaladas de la Escuela Dental sirven gratuitamente a una masa enorme de la población, lo que, dicho sea de paso, es además hacer obra de beneficencia.

En la Escuela de Ciencias Jurídicas y Sociales no sólo se preparan abogados sino que funcionan seminarios de investigación.



Las publicaciones periódicas de la Universidad llevan el nombre de Chile a todo el mundo y contribuyen a prestigiarnos como país de cultura. También lo llevan a una nación de habla inglesa como es Estados Unidos de Norte América. Esas publicaciones son el *Boletín de la Sociedad de Biología*, la *Revista de Derecho*, dada a luz por la facultad correspondiente, y *Atenea*. De esta última nos decía en carta reciente Gabriela Mistral: «Es lo único de Chile que nos hace bien en el extranjero». Por muy exageradas que puedan parecer las palabras de la eminente y bondadosa amiga, ellas contienen de todos modos el juicio de quien entiende en valores espirituales.

Acerca del carácter de nuestra Universidad y de la manera elevada y severa como ella comprende su misión podría todavía consultar la señora Edwards a cualquiera de los numerosos conferenciantes que han venido invitados por el Departamento de Extensión Universitaria o que han usado las tribunas de la Universidad, muchos de ellos eminentes en la cátedra, en las letras, en el periodismo, o en las profesiones liberales, como ser los señores Ramón Salas Edwards, Eduardo Cruz Coke, Carlos Charlin, Carlos Mönckeberg, Lucas Sierra, Enrique Marshall, Amanda Labarca, Carlos Silva Vildósola, Pedro Prado, Hernán Díaz Arrieta, Armando Donoso, Mariano Latorre, Domingo Melfi, Hernán Fabres Valdivieso, Francisco Vives, Tomás Cox Méndez, Mariano Picón Salas, Juan Gómez Millas, etc.

La Universidad de Concepción no teme el testimonio ni el juicio de nadie que la haya conocido de cerca.

Voy a colocarme por un momento en el terreno unilateral que han elegido los que para defender a la Beneficencia han creído necesario atacar la obra universitaria. Hacen ellos mucho caudal de que quieren salvar. ¿Hasta cuando se juega con esta palabra «vida»?

¿Acaso no sirven a la vida las universidades y demás establecimientos educacionales que saben cumplir con su deber? ¿Acaso el problema ardiente de las universidades no es proceder acertadamente con la vida de miles de jóvenes que forman las esperanzas y han de ser futuras *élites* de la nación? En cual-



quier momento de la existencia de la colectividad millares de almas jóvenes esperan desorientadas en el dintel de la vida que se les ayude a descifrar el enigma de sus destinos. Si encuentran institutos educacionales y sobre todo universidades bien equipadas y con maestros sabios y capaces de servir de guías podrán llegar a ser ciudadanos útiles y eficientes. ¿No es servir a la vida formar el carácter de los jóvenes, desarrollar en ellos un sentido moral sólido y preparar y enriquecer su inteligencia para que sean elementos capaces de mantener y de llevar más lejos de manera segura los adelantos alcanzados por la sociedad? Si esas almas jóvenes no son oportunamente objeto de la acción educadora que su naturaleza reclama crecerán sin ideales, sin vigor moral, sin capacidad para resistir las tentaciones que conducen a la descomposición y degeneración espiritual, a los vicios y al crimen. ¿No significaría esta omisión faltar a un deber que reclama de nosotros la vida? ¿No sería pecar contra la vida dejar que los que podían haber sido hombres buenos, sanos y fuertes no sean más que enfermos del alma, tullidos de la inteligencia e inválidos de la voluntad?

Las universidades que trabajan bien sirven, pues, a la vida. La diferencia entre los establecimientos de educación y beneficencia al respecto no estriba más que en lo siguiente, diciéndole sin que esto envuelva la menor falta de estimación de las obras de asistencia social; los institutos de beneficencia se consagran a salvar la vida de los enfermos, de los valetudinarios, a veces de los anormales, en general de los que ya han servido. Los institutos educacionales cuidan del buen desarrollo de la vida de los seres sanos y fuertes, de los equilibrados y normales, de los que forman la esperanza de la sociedad, de los que van a servir.

Santa es la misión de las obras de beneficencia. ¿Quién va a cerrar su corazón al dolor de los enfermos? A todos ellos se les debe la más cariñosa atención y hay muchos que son venerables. Pero es menester que para enzalzar los bienes de la beneficencia, sea sinceramente o con fines de captación de recursos, no se crea necesario denigrar las funciones educacionales.

Comprendemos que es más fácil apreciar los valores de la



caridad que los valores educacionales y que los primeros despierten un concurso emocional de que carecen generalmente los segundos. Para ser estimadas las actividades educacionales y sobre todo las de alta cultura requieren cierta preparación espiritual que no necesitan las de caridad. En algunas colectividades, en las de los fueguinos por ejemplo, no se siente la necesidad ni de la escuela primaria. En otras se prescinde sin molestia alguna del liceo o instituto secundario. Y para sentir la conveniencia de que haya institutos de educación superior y de investigación científica es menester llegar en el clima cultural a una altura no fácil de alcanzar.

No dudamos de la elevada cultura de la señora Edwards. Pero por lo mismo habría sido de desear que no hubiera adelantado juicios sobre la labor de nuestra Universidad antes de haberla conocido bien.

¿Por qué, sin embargo, contraponer funciones tan esenciales para la sociedad como la educación superior y la beneficencia? ¿Por qué, para salvar a ésta ha de ser menester dañar los servicios de una Universidad? Piénsese en lo que significa el menoscabo de sus recursos para un instituto universitario. Supresión de clases y cursos, tal vez clausura de institutos y de escuelas, decenas de profesores y empleados cesantes, centenares de jóvenes en la calle. Todo esto también es vida que merece atención. ¿Qué les esperará a esos jóvenes a quienes les cerrarán las aulas? A los más afortunados un modesto empleo a los otros el escaño del ocioso, el garito, la cantina, el prostíbulo. Esto significa igualmente pérdida de vida, y de vida en flor. Es uno de los caminos por donde se llega además a la amargura, a la desorientación a la rebeldía.

El Directorio de la Universidad ha manifestado a la Junta Central de Beneficencia la mejor voluntad para arreglar las presentes dificultades aun con sacrificio de su parte. Espera por lo demás, encontrar en los poderes públicos y en la opinión ilustrada el necesario apoyo y estimación para una obra que sirve eficientemente al país y que, a juicio de extraños, le hace honor.

ENRIQUE MOLINA.



# LOS LIBROS

## ENSAYOS

VOLTAIRE, de *André Maurois*.

Pocos hombres de letras más afortunados en su existencia que Voltaire. No obstante las persecuciones que padeció, todo en él parecía que estaba destinado a darle fortuna y gloria, es decir, a colmar su vida de felicidad. Su vida amorosa fué variada como convenía a su espíritu inquieto y ávido de sensaciones nuevas; tuvo la riqueza material que necesitaba para llevar una vida independiente y satisfacer sus ansias de placeres mundanos, propios de un epicúreo; y, por último, atesoró su espíritu de los más diversos conocimientos, lo cual le dió la categoría de enciclopedista. Su espíritu fué tan múltiple y se manifestó en tan diferentes actividades, que puede decirse, dada la influencia que ejerció en su época, que todo el siglo XVIII está impregnado del espíritu de Voltaire.

Si su obra literaria es interesante y sigue todavía preocupando a historiadores y críticos, su existencia no lo es menos; conozcamos algunos aspectos de ella, y podremos decir que si Voltaire escribió novelas amenísimas, la novela de su vida subyuga como la mejor de sus obras. Amó la vida y supo gozarla en todas sus formas; los placeres del cuerpo y del espíritu se dieron frondosamente en su existencia. Dos cosas debemos admirar en Voltaire: su dinamismo, en virtud del cual sus actividades se repartían entre el amor, el comercio y las letras; y la jovialidad de su espíritu, sin que jamás se ensombreciera aún en los días de la prisión, atento siempre a todas las palpitaciones



políticas y sociales de su época, pronto a apabullar a sus adversarios con su clásica ironía o a exaltar la libertad amagada por el fanatismo dominante. Este último aspecto de Voltaire es el más conocido; lo hemos sabido demoledor y mordaz y enemigo implacable de la Iglesia y de Luis XIV. Pero su psicología era más compleja. Así, al menos, podemos deducirla de la biografía que de él ha hecho Maurois, aun cuando en ella Maurois aporta escasas novedades (1).

Es Maurois un biógrafo ameno que hace revivir a sus biografiados, presentándolos con todo el calor humano que tuvieron en vida. Así, vemos a Voltaire enamorado de Mme. du Chatelet, inclinando amorosamente su figura esquelética, sin poder abandonar su sonrisa mordaz, porque se había estereotipado en su labios finos y apretados, como lo inmortalizó Pigalle en el mármol; negociante de relojes en Ferney; cortesano altivo en la corte de Federico el Grande, y siempre un espíritu vigilante de la libertad humana. «La lucha por la libertad de pensamiento—escribe Maurois—, que sus amigos los enciclopedistas habían emprendido y que no podían continuar en París sin peligro, iba a ser dirigida por él desde su retiro. Contribuyó a aquella lucha con su ingenio y su fantasía, una infinita variedad de formas, una deliberada uniformidad de ideas». Acaso por ello el prestigio que ha gozado entre los jacobinistas, no obstante ser Voltaire un espíritu eminentemente aristocrático, que despreciaba a la multitud y la popularidad. Decía, en el momento de su apoteosis a su regreso a París, que esa misma multitud que lo aclamaba habría ido a verlo al cadalso.

Maurois nos hace una historia sucinta de la vida de Voltaire, juzgando al mismo tiempo su labor literaria y filosófica, con la claridad y amplitud de criterio suficientes para colocarlo en su justo valor de maestro de la lengua francesa y de excelente periodista. Según Maurois, la única obra de Voltaire que hoy se lee es la «nouvelle» «Cándido». Respecto a su labor filosófica, dice que ella es endeble y que no resiste un análisis serio; hay, como en toda su obra, trivialidades y excelen-

(1) *Voltaire*, de André Maurois, traducido del inglés, por Guillermo Alvarez C.—Editorial Ercilla. Santiago de Chile.



cias; pero, sobre todo encontramos claridad, medida, buen gusto y esa ironía que ha pasado a la posteridad con el nombre de su creador.

La reconstrucción histórica, la evocación de las costumbres, la pintura de los numerosos personajes que actúan alrededor de Voltaire, todo ello le da a esta obra el clima histórico indispensable para sentirnos inmersos en la época en que vivió Voltaire, y, depurada de erudición, debemos reconocer que Maurois mantiene, con esta obra, su prestigio de biógrafo ameno, cuyas vidas ilustres se leen con la apasionada atención que despiertan las obras meramente recreativas.—*Milton Rossel.*

MUSSOLINI Y EL FASCISMO, por el prof. *Ferdinand Güterbock.* (1)

Sea cual fuere la actuación de Mussolini, lo cierto es que aparece ante nosotros como la figura más interesante del panorama de la política contemporánea. Muerto Lenin, Mussolini es la única personalidad de verdadero relieve histórico que ha producido esta época amorfa y turbulenta. Lenin y Mussolini han tratado de darle estilo, una fisonomía propia, alterando violentamente su ritmo histórico; el uno con frialdad asiática; el otro con fervor meridional, no exento de histrionismo. Corresponde a la historia dar su juicio definitivo sobre la labor política que han iniciado estas dos figuras egregias, que desde planos diferentes, colocadas a la misma altura, se repelen, yendo ambos por distintos caminos hacia un mismo fin. Ambos son discípulos de Maquiavello y ambos se han valido de la violencia para la consecución de su política. Nosotros, faltos de la perspectiva que da el tiempo, carecemos de la serenidad indispensable para que nuestros juicios sean justos y desapasionados, ya que somos beligentes en esta contienda social que agita el pensamiento contemporáneo.

De ahí que todo libro que se escriba acerca de estos conductores de pueblos, tiene que resentirse de partidismo, aun cuando

---

(1) *Mussolini y el fascismo*, del prof. Ferdinand Güterbock.—Editorial Ercilla.—Santiago de Chile.



sus autores sean de países distintos al de ellos, pues la atmósfera que han creado Lenin y Mussolini rebasa el límite de sus respectivas patrias, desparramándose por toda la tierra: comunismo y fascismo son credos políticos que se rezan tanto en la Habana como en Londres. De los libros que se publiquen sobre comunismo y fascismo, sólo podemos aceptar los hechos, lo concreto, lo tangible, aquello que no admite interpretación; lo demás lo recibimos como dato, como elemento de juicio, como información. . . .

Por eso del libro del prof. Ferdinand Güterbock eliminados la parte elogiosa, que en el fondo no es nada más que propaganda, y sólo aceptamos aquello que nos da a conocer la personalidad de Mussolini a través de los hechos, sus propias palabras sólo nos interesan en cuanto ellas tienen su ratificación en la realidad, porque Mussolini es orador y a los oradores hay que creerles muy poco. Desde luego, lo que nos llama más la atención en la personalidad de Mussolini es su facilidad para cambiar de ideas y de táctica. Sin duda, es esta una cualidad sobresaliente, a pesar de que para las muchedumbres pueda ella significar timidez o falta de carácter. Mussolini es antes que nada el político de las realidades; sabe él que no es de la voluntad humana rectificar las leyes ineluctables del destino; por eso se adapta a la realidad, se amolda al carácter de su pueblo; su política está condicionada por los acontecimientos cotidianos. Su credo político nació de fuerzas negativas: su odio al comunismo, al parlamentarismo y a la política internacional de las grandes potencias. Es decir, a todo aquello que había provocado el malestar en un sector apreciable del pueblo italiano. Supo Mussolini aprovechar ese momento psicológico, y, valiéndose de sus condiciones de demagogo y de organizador, formó una fuerza disciplinada poderosa a través de todo el país y solo actuó de frente cuando los partidos políticos tradicionales habían llegado a su mayor descomposición. Republicano, halaga al Rey; anti-clerical, coquetea con la Iglesia; enemigo del parlamentarismo, es respetuoso con el Senado; manchesteriano en economía, se entiende con el Soviet. Toda esta política de Mussolini tiene un carácter aparentemente contradic-



torio; mas, son los hechos lo que la van encauzando en un sentido determinado, prescindiendo de toda norma escrita. Por eso, se puede decir que el fascismo es Mussolini. Lo único que hay de inmutable en el fascismo es la violencia. «El fascismo—dice Güterbock—se apoderó del gobierno por el terror». Y seguramente, pensamos nosotros, por el terror se mantiene en el gobierno. Mussolini hace el elogio de la violencia, dice que ella es santa. «Mi saludo es una palabra encantadora y pavorosa: ¡Guerra!» Estamos, pues, frente a un hombre de carácter, de fuerte personalidad, que como un artista ha ido plasmando la fisonomía política de su país, extrayendo de los elementos vitales del pueblo italiano los ingredientes primarios para amoldarlo a su imagen y semejanza.

Más que un estudio a fondo de la política fascista, es este libro la historia ideológica de Mussolini hasta el año 1923, libro interesante porque nos da a conocer, primero la vida de un socialista que repudia el socialismo, y en segundo término, la de un republicano que mantiene al monarca como un elemento decorativo.

Una poderosa voluntad y una gran inteligencia. Un hombre. Ese es el Mussolini que conocemos a través de este libro, sin tomar en cuenta el elogio desmedido que nace de la simpatía ideológica.—*Milton Rossel*.

#### LA AMERICA BÁRBARA.

El ensayo ideológico que postule el redescubrimiento espiritual de esta nuestra «tierra de todos» es siempre de dramático y cordial interés. «Conoce tu continente» debe ser el imperativo apotegma de estos días de triste miseria conceptiva y económica.

Sud América es la niña boba e ingenua, romántica e ilusa que noveló Jorge Isaac con nombre de aldeana semita y de santa católica a la par. Es menester que «María» deje el balcón enflorado y comience su labor. Es indecoroso que siempre espere al «príncipe de Golconda o de China», cantado por Darío. Por



lo demás, el romance dulce y llorón de Isaac representa patéticamente a este continente hembra en permanente estado de contraer... deudas, ideas y artilugios.

Y bien, Emilio Rodríguez Mendoza ha puesto la pluma en la llaga latinoamericana. Su libro (1) es el desfile dilacerante de «los caudillos bárbaros», para emplear el lenguaje de Alcides Arguedas.

¡Cuánta nobleza hay en estas páginas! No puede ser de otra guisa, puesto que es el examen de todo un siglo vergonzoso pasado en el «continente esperanza».

El libro de Rodríguez Mendoza forma una especie de friso babilónico. Ahí están los caciques sanguinarios, místicos y sensuales como los depositarios de la vida y los dispensadores de la muerte de sus semejantes.

El autor es un literato de gran fuerza evocativa. Al mágico conjuro de su péñola salen de la penumbra las pardas siluetas de los amos de «la América bárbara».

Cuando el continente colombino conquistó la independencia política, no estaba el pueblo preparado para tomar a su cargo el pomposo sistema democrático que adoptó. De ahí vino una larga y dolorosa época de cuartelazos y levantamientos. Generales y capitanes generales se alzaron en armas contra el poder. La visión política de los caudillos correspondía a su alma provinciana. No tuvo ninguno de los jefes de estado del siglo pasado una perspectiva histórica para unir estos países sureños. La ignorancia o mala fe, no permitió soñar con una generosa unión territorial. (Bolívar es la excepción que confirma la regla).

El caso más singular de lo que he afirmado lo representa el ascético dictador Gaspar Rodríguez de Francia. Quiso este peregrino «estadista» aislotar el Paraguay del resto del mundo. El país era una especie de cuartel monacal. Pero lo más insólito, no habría sido el propósito del solitario Francia, sino la ejecución de su personalísimo gobierno por casi cuarenta años.

En el bajorrelieve en que más ha penetrado el alma del ar-

---

(1) Editorial Ercilla.—Santiago de Chile.—1933.



tista que hay en Rodríguez Mendoza, es en el dedicado a García Moreno.

El «tirano» del Ecuador es una especie de Felipe II sudamericano. Es el catolicismo militante y triunfante; es la monacal creatura que oye misa a diario y hace decapitar también casi a diario a sus enemigos.

Frente al «tirano» se alza la noble figura del hidalgo de la pluma: Juan Montalvo. Vive en el destierro. Pero su sátira violenta y aceda cabalga en los signos inmortales de la imprenta.

Son dos fuerzas de la naturaleza que se repelen con igual pasión y violencia. Empero, es el espíritu liberal de Montalvo el triunfador. Su acusación panfletaria ha quedado vibrando de indignación. En cambio, el fanático García Moreno cayó signado por el arma vengadora, aunque ominosa.

La obra de Rodríguez Mendoza viene a presentar en una cinta literaria la galería de los caudillos de la América bárbara. Bárbara por su incultura, por su afán de copia absurda de regímenes y de legislaciones inadecuados.

No es necesario extenderse en consideraciones sobre el valor estético del libro. No. Es un volumen arquitectado y de grávida emoción creadora. «El hombre necesita claridad y alivio» ¿no lo dijo Goethe? Pues bien, el novelista de «Santa Colonia» ha dado esa claridad acerca de uno de los estadios más negros de la historia nuestra, y ha brindado alivio al que ha hambre y sed de conocimiento. ¿No es acaso el conocimiento el mejor don que el hombre pueda dar al hombre?—*Norberto Pinilla.*

SIN BRÚJULA, por *Domingo Melfi.* (1)

El libro de Melfi, desde su primera página despierta nuestra curiosidad, la cual, poco a poco, se transforma en un interés creciente, por la firmeza de sus conceptos, la gravedad de los problemas que aborda y la galanura y riqueza de su estilo.

Desde luego, el título mismo, así como las denominaciones de sus diversos capítulos, forman una especie de estroma invi-

---

(1) Ediciones Ercilla.—Santiago de Chile.



sible que le da a la obra un encadenamiento lógico bien definido y bien estructurado.

Tal vez la característica más sobresaliente de este libro consiste en esa sucesión de imágenes claras que llevan un nexo sutil de rasgos semejantes, llegando a formar por último una silueta única de nuestro complicado problema nacional, política y espiritualmente considerado.

Y, como, envolviendo toda la obra, sentimos el canto bellísimo a la cultura, pero a una cultura nueva, espontánea, natural y despojada de todo sentimiento antisocial.

Porque, una cultura es, por una parte, acción creadora; y por otra, principios, verdades, doctrinas o sean, productos de esa cultura.

«Sin Brújula» es a la vez creación y un producto de cultura, especialmente en lo que se refiere al análisis de nuestra vida intelectual y moral, y en lo que importa una crítica justa y honrada de nuestra realidad social y política, con sus vicios y defectos más sobresalientes.

Es verdad que los libros de esta naturaleza despiertan suspicacias en el medio ambiente y en especial entre los que se sienten ingratamente aludidos. Pero el escritor sincero no puede detenerse ante estos escollos que son lógicos en una sociedad en evolución, casi en formación, y que está muy lejos del grado mínimo de una relativa perfección.

Recordamos a este respecto la obra de Alejandro Venegas, publicada hace Más de veinte años, «Sinceridad», en la cual el distinguido maestro criticó duramente los vicios y defectos de la época, habiendo llegado a pronosticar, con su gran espíritu de analista vidente, todas las desgracias que hoy sufre nuestro infortunado país.

Creemos que nuestros escritores, siguiendo ese nuevo sentido del arte que hoy se expande por todo el mundo, no pueden desentenderse del ambiente que los rodea para vivir del exclusivo preciosismo de las formas, sino que deben vibrar con ese imperativo biológico que les ordena una participación activa en la experiencia intelectual y moral de la sociedad.

Entrando en la obra misma podemos decir que en ella no se



citan hechos precisos con fechas y con nombres determinados, como lo exigían los escritores estáticos de antaño, sino que sólo se analizan los defectos más notables de nuestra descomposición espiritual.

¿Y para qué necesitaba el autor puntualizar hechos y personajes, cuando ellos viven con rara precisión en la conciencia de todos nosotros, que hemos sufrido la vergüenza de las dictaduras más afrentosas de nuestra historia política?

¿No sabemos acaso cuáles fueron los culpables de esta derrota económica y de esta decadencia moral del país, y cuáles fueron los actos más culminantes de esos gobernantes, que, como dice Melfi, «envilecieron hasta la abyección la conciencia social»?

Y es digno de consignarse el hecho claro que fluye de la lectura de «Sin Brújula»: mientras las luchas políticas son fenómenos puramente externos, Melfi nos hace un análisis del fenómeno psíquico que los acompaña, el cual ha ido tejiendo en nuestra República, lentamente, esa maraña de inquietudes, desalientos, desorientación, vacilaciones y golpes desatentados de autoridad.

¿No es desgraciadamente, una verdad de granito aquella que el autor estampa en la página 31 cuando dice que «la nueva conciencia social se ha formado por el cansancio y el escepticismo de las generaciones nuevas respecto de los hombres que han manejado la política del país»?

Y para confirmar su acerto dice más adelante, refiriéndose a la revolución de Julio que derribó la dictadura de Ibáñez: «fue transformada en esa civilidad que no representaba en ese instante sino lo que siempre había sido: un confuso y contradictorio panorama de intereses, surcado de odios secretos, de ambiciones inconfesadas, etc...»

Es admirable cómo el autor analiza, anatómica y funcionalmente, todo ese rebullir de desilusiones, amarguras, sufrimientos, injusticias y maldades que han dado nacimiento a nuevas aspiraciones de mejoramiento colectivo y que en el mundo entero están hoy día fluctuando entre el fascismo y el comunismo.

El capítulo denominado «Los signos lejanos del desastre» está



descrito con mano maestra. Es una oración magnífica contra la guerra, contra esas carnicerías humanas que hoy, hasta los pueblos más «carnívoros» en el orden económico, tratan de alejar de la humanidad.

Dice en la pág. 47: «Mientras los hombres jóvenes se mataban en las trincheras, detrás de ellas, en las grandes ciudades alejadas del frente y aun en las pequeñas, una casta insolente de nuevos ricos, de especuladores y de ávidos capitalistas, danzaba y bebía a costa de los infelices que se ametrallaban en medio del fango y de la nieve».

Es esta una verdad macabra expresada con toda propiedad y sentimiento.

Y en el capítulo denominado «Sensualismo y descontento», al referirse a nuestra «falta de vida interior» y analizar algunos factores de nuestra decadencia moral, dice en la pág. 52: «La sed de goces exasperó por igual al hombre y a la mujer y como el vértigo del lujo, a veces imposible de satisfacer provoca sordas tragedias en la intimidad, la mujer salió del hogar. Su fragilidad era justamente el supremo bien del materialismo».

En general toda la obra de Melfi está impregnada de ese criterio de analista penetrante e implacable, por medio del cual llega a las causas más profundas del malestar político y social de Chile, y saca de ellas las consecuencias más acordes con su espíritu acerca del porvenir del país.

Sus páginas sobre la Colonia son justas y bien colocadas. Tienen la ruda elegancia de un recuerdo señorial, que a pesar de su fastuosidad, nos hiere el alma con mortificante severidad.

En resumen, la obra de Melfi es un ensayo que nos llama a la meditación, que es profundo, claro, preciso, posee belleza y, mal que nos pesen dice la verdad; pero la verdad del individuo que aun no está contaminado.

Es esa verdad que nos ofusca a veces, que nos impulsa a la acción en otras, que nos amarga, que nos irrita, que nos desespera y que muchos, abusando del poder o impulsados por su miopía, han tratado de acallar en diversas formas, pero que desgraciadamente salta fatídica en todos los rincones del mundo, en todas las naciones de la tierra, en todos los hogares, en todos



los espíritus, y en todas las formas de la actividad intelectual, moral y física de los hombres de este siglo, y en especial de los que estamos viviendo «la gran crisis» de la humanidad.—*Carlos Yáñez B.*

## LIBROS CHILENOS

CIELOS DEL SUR, por *Luis Durand*.

Es un libro aparecido hace cuatro meses, pero que merece ser recordado, aquí donde el recuerdo de la mejor obra se borra en pocas semanas. No es tan abundante la producción de libros chilenos como para que tal cosa suceda; es, más bien, la superficialidad del ambiente,—que superpone imágenes de teatros, cines, espectáculos deportivos, sobre el pequeño escenario de la vida intelectual,—la que contribuye al pronto alivio de los acontecimientos literarios.

Luis Durand, por otra parte, no es un escritor bullicioso. Tal como se le ve en la portada de su libro «Cielos del Sur», lo encontramos deambulando calladamente por las calles de Santiago. Alto, gordo, de movimientos lentos. Los gruesos cristales no agrandan demasiado sus ojillos mansos y escrutadores. Son unos ojos que disimulan su picardía irónica. Bajo un aspecto inofensivo, arde la pasión voraz y la ambición batalladora.

—Yo nunca creí que llegaría a ser escritor,—responde a una pregunta—Era empleado de Correos; transcribía notas. Esa era mi literatura. En cierta ocasión, después de una reunión gremial de empleados, se me dió el encargo de hacer una reseña para la prensa. La escribí cuidadosamente, con mi mejor letra de oficinista, y la mandé a «El Sur» de Concepción. Allí apareció con mi firma. Recibí felicitaciones de los compañeros, y... se apoderó de mi la vanidad literaria. Zañartu, un amigo empleado, como yo, en Correos, me alentó para que escribiera una narración y se la enviase a su hermano Sady, que era en esa época Director de «Zig-Zag». Seguí sus consejos, y mi cola-



boración tuvo buena acogida. Me consideré lanzado; tuve entonces valor para escribir cuentos, mandarlos a «El Diario» de Santiago y a otros periódicos importantes. De ese modo se escribieron las narraciones, reunidas, después, en «Tierra de Pellines» (1929) y en «Campesinos» (1932). En este libro que acabo de publicar, en realidad, no vienen mis últimos cuentos, sino los primeros.

En lo que se refiere a la vida íntima de Durand, nada sabemos; pero es sin duda, una de esas existencias que se deslizan, calladas y rutinarias, sin grandes saltos, sin tropiezos bruscos; vidas ordenadas, burguesas. Fué contador en una hacienda de Traiguén, y allí tuvo ocasión de recoger observaciones bien precisas, de la naturaleza y de las costumbres sureñas.

Tal vez no haya un observador tan minucioso como Durand, en literatura chilena. Sus croquis campesinos se acercan más al arte fotográfico que a la libre interpretación artística. «Compone» poco sus cuadros; los traslada al lienzo con maravillosa precisión, tal como los vió en la vida. Los diálogos de personajes del bajo pueblo, tomados en sus relatos, tienen una gran verdad. A veces, demasiada.

Sin embargo, su gran amor a la naturaleza, al enfrentarse al paisaje, hace que su imaginación se desprenda de la tierra y tome proyecciones hondas, dulces o vastas. En esos momentos, se transforma en poeta delicado, su lenguaje adquiere singular encanto.

«La selva tenía para él un latido de misterio, un susurro hondo; grandioso a ratos, como rumor de olas lejanas que se rompieron sobre los acantilados; luego un rumor quedo, suave como una ensoñación. Había allí un perfume desconocido para él. Olor a tierra sombría, a leños muertos, derrumbados por la tempestad, entre la suavidad de los quilantos, que se destrenzaban junto a él. Y siempre la voz de un estero gorgoriteando, indiscretas palabras de un idioma extraño que las hojas iban repitiendo tenues, como latidos de almas perdidas entre las breñas y las sombras». (Cielos del Sur, pág. 22).

«Afortunadamente el camino comenzaba a ensancharse, y entre las largas rasgaduras del pétreo farellón, se asomaban al-



gunas plantas raquílicas, de hojas ásperas y descoloridas. Y de pronto, como un dardo fantástico deslumbrador y que hubiera disparado un arquero gigantesco, un rayo de sol enceguecedor, penetró por la estrecha garganta. Primero fué un abanico de oro desplegado sobre un alto picacho, donde la nieve era tan tersa y maciza, que la azulidad del cielo se derramó sobre él, como sobre un raro y caprichoso jarrón que estuviera puesto al revés. Después, oro líquido, resbaló sobre los murallones blancos e inundó de claridad purísima la inmensa oquedad de las montañas, que hasta entonces sólo llenaba el silencio y el misterio» (Cielos del Sur, pág. 99).

Esta última transcripción está tomada de el cuento «El Derrotero» uno de los mejores que se incluyen en el libro «Cielos del Sur». Hay en él un taciturno desgarramiento de almas, una tragedia silenciosa que sobrecoge al lector como el espectáculo de la cordillera descrita.

Luis Durand ha pasado a ser uno de los valores positivos de nuestra literatura. En la pobre generación de escritores contemporáneos,—pobre por el escaso número de sus representantes—Durand descuella con indiscutible vigor. El premio que le ha concedido últimamente la Sociedad de Escritores de Chile, es uno de los más justos.

#### HOMBRES EN LA SELVA, por *Mariano Latorre*.

Predecesor de Luis Durand, podría llamarse a Mariano Latorre. Latorre ha cultivado con invariable constancia la narración novelesca, basada en la vida intensa de nuestras cordilleras, costas y montañas. Ha sido el creador de una literatura nacionalista de innumerables matices, sólida y conscientemente arquitecturada.

Si bien Latorre ha venido más tarde que Baldomero Lillo, Gana, y Labarca Hutbertson, su obra no sigue exactamente sus huellas. Posee vigorosa personalidad, libre de toda influencia extraña. Sólo tiene de común con sus antecesores cronológicos, el profundo amor a la tierra chilena. Sus métodos de tra-



bajo difieren de ellos en absoluto y los sobrepasa en el volumen y diversidad de los temas, en la acuciosidad de su labor de artífice.

Latorre ha llegado a obtener un perfecto dominio en su técnica literaria. Si en su primera obra pudo criticársele un exceso de descripciones, especialmente de paisajes, posteriormente ha llegado a un equilibrio que es casi la perfección. «Hombres de la Selva», la preciosa novelita que acaba de publicar en su N.º 9 de «Narraciones de Zig-Zag» es un testimonio de nuestro aserto.

Latorre, junto a su vigoroso poder narrador, posee cualidades de refinado estilista. La sobriedad de expresión y la justeza de imágenes, añaden relieve al relato.

Aquí tenemos, por ejemplo, esta novela breve en que se canta la epopeya de los conquistadores de la selva sureña. Los hombres desfilan con la pausada grandeza de las personalidades fuertes y representativas de nuestra raza. Juan Azócar, el «Toro Frutilla», «Juan Diablo», «La Brígida», son personajes que se mueven en su ambiente con asombrosa vitalidad. La montaña vibra y se adueña de nuestro ser, a tal punto que, al llegar al final del relato, con su tragedia culminante, sentimos la impresión de que ella es un protagonista más, que ha contribuido al lógico desenlace.

No se podrá hablar de Chile en el futuro, sin que se tenga que recurrir en consulta a Latorre, uno de los historiadores y descriptores más hondos de sus calladas epopeyas y de su imponente naturaleza.

DE REPENTE, por *Diego Muñoz*, Santiago de Chile.—Novela «Zig-Zag».

El autor de esta novela es un escritor que, según creo, no llega aún a la treintena. Ha hecho una vasta labor como periodista en «Las Últimas Noticias» en donde se han publicado crónicas diarias, durante un buen número de años.

Ya cómo «croniqueur» ha llamado la atención por su estilo



rápido, compendioso, lleno de imágenes nuevas y pintorescas. Durante la Dictadura de Ibáñez, fué suspendido de sus clases en la Universidad, en la cual seguía Leyes, por haber tomado parte en algunos disturbios estudiantiles. Se vió obligado a salir del país y continuar su curso en Ecuador, en donde recibió título de abogado. De ese país continuó enviando a «Las Últimas Noticias» crónicas ágiles y evocadoras.

En «El Mercurio» de Santiago se publicaron varios de sus cuentos. Es la primera obra netamente artística que conocimos y tuvimos el placer de saludar, en él, a un escritor de extraordinario vigor.

Publicó en 1931 una novela «La Avalancha» relato de los cruentos sucesos que se desarrollaron en las postrimerías de la administración Ibáñez y que motivaron su caída.

Su último libro «De repente» si no es una obra de esas que se suelen llamar definitivas en la consagración de un escritor, es, al menos, una novela que revela un temperamento nuevo y originalísimo.

Como en sus cuentos, la nota de amarga observación psicológica es la que domina. Tiene en eso alguna semejanza con los temas, y la manera de tratarlos de los escritores rusos de todas las épocas desde Gogol y Dostoyewsky, a Gladkow, Panferof, Lanof, y otros, de la última generación.

Algo de la fluidez adquirida en el periodismo, ha venido a servirle a Diego Muñoz, en su obra artística. Ni una sola descripción del ambiente material, ni el más leve relato retrospectivo, de la vida de sus personajes. Estos llegan a la novela, del mismo modo que en la vida. Enigmáticos e insondables. Y desaparecen del mismo modo. Nada sabemos de sus antecedentes familiares, ni de su desarrollo psicológico a través de su propia vida. Sólo lo que ellos mismos quieren decirnos, así de paso, en el leve discurrir de sus charlas eventuales. Y, a pesar de todo, viven con extraordinario relieve.

Sólo de vez en cuando, una frase dicha al pasar, como una espada de luz lanzada en la sombra, nos abre un horizonte en el medio ambiente, en la psicología de los personajes, en la intimidad de las almas.



«La puerta se abrió con violencia.»

«Era Pedro Cuenda. Nó; era, más bien, un abrigo larguísimo y descolorido que sostenía una cabeza calva y sombría, muy sombría.»

«El abrigo larguísimo se sacudió algunos pasos y cayó sentado sobre mi viejo sofá. Allí se inmobilizó Pedro Cuenda.»

He aquí un retrato. No olvidaremos en la vida a Pedro Cuenda.

Podemos, ahora, echar una ojeada sobre una pintura de ambiente:

«El sol se revolcaba sobre el tejado como un caballo que acabaran de soltar en el campo y en el interior de casi todas las habitaciones se oían pasos muy conscientes. En el corredor del otro lado, que no era visible desde allí, alguien cepillaba su ropa con entusiasmo de día Domingo.»

«Elena Cuenda apareció de repente en su puerta, al final del corredor, y me miró con un ojo único un momento, un momento tan chiquito como unas pequeñas manchas que había en los vidrios, de esas que dejan las moscas.»

Y van desfilando por la novela conocidos personajes de nuestra vida vulgar. Pablo Serpa, que toca violín en el cuarto vecino. Malas rachas militares y torpes canciones sentimentales. Es un teniente de ejército en cesantía. Su único sueño es volver al regimiento y toda su esperanza la cifra en el cariño con que lo distingue su viejo coronel. Cierta día, un antiguo camarada, le da la gran noticia: ha sido reincorporado. El pobre hombre arrastra a sus camaradas de pensión a una orgía para celebrar el acontecimiento. Sólo al finalizar la noche sabe que todo fué una broma.

«Serpa había palidecido intensamente. Sufría mucho; sus ojos brillaban con gran nerviosidad.»

—¡«Dime la verdad, dímela!»

«Pedro Orza no respondió, pues estaba ya espantado, y sobre su cara de maniquí de sastrería cayó una violenta bofetada que lo hizo rodar al suelo.»

«Entonces Pablo Serpa no pudo disimular sus deseos incontenibles de llorar y volvió la cara a un lado rascándose la cabeza



con una mano, como hacen a veces los proletarios desesperados.»

Y así va la vida. Gildo, el pobre hombre solitario, encuentra un día una mujer, dos mujeres. Una de ellas es Elena Cuenda, tuerta y apaleada; la otra es una ramera que baila al son de las monedas. Esta última lo toma un día y lo deja al siguiente, con la misma burlona e inconsciente crueldad con que el boquirrubio engaña al simple Pablo Serpa. Hilachas de almas, estropajos de humanidad. Ahí quedan todos, moliéndose unos con otros, para calentar los huesos ateridos. Y nada más...

Pero ¿para qué más? ¿No está toda la vida en eso?—*F. Santiván.*

### POESIA

ANTOLOGÍA POÉTICA por *Ismael Enrique Arciniegas*—Editorial «Artes Gráficas»—Quito—Ecuador.

Don Ismael Enrique Arciniegas es un conocido diplomático y político colombiano que años atrás fué Secretario de la Legación de su país en Santiago. Antes, lo había sido en Caracas. Después fué Ministro Plenipotenciario en Francia (dos veces). Esto, en cuanto a diplomático que, como político, su carrera también ha tenido fortuna. En varias ocasiones ha sido representante al Congreso, Presidente de la Cámara y Presidente de la Comisión de Relaciones Exteriores.

Paralelamente a estas actividades, ha actuado como periodista colaborando en diversos diarios y periódicos del continente sudamericano y desde el año de 1905 dirige el «Nuevo Tiempo» decano de la prensa de Bogotá. Además, ha cultivado el verso en varias y espaciadas ocasiones, conquistando en ciertos sectores fama de buen poeta.

Su labor en este sentido la empezó con su libro «Poesías», editado en Caracas, en 1893, continuándola con «Cien Poesías» publicado en Bogotá en 1911 y con «Traducciones Poéticas» aparecidas en París en 1925, obra con la que acrecentó su renombre en los «ciertos sectores» a que aludimos más arriba.

El señor Arciniegas es, según propias declaraciones, «fiel a las normas establecidas en cánones de preceptistas» mani-



festándose además «intransigente para sus infracciones». Esta declaración, que comprueba ampliamente su última obra, da a entender al instante la ubicación del señor Arciniegas dentro del panorama poético latinoamericano y hace casi innecesario leer su voluminoso libro para darse cuenta de su contenido y de su orientación.

Está demás, seguramente, que digamos que el señor Arciniegas es todavía un fervoroso devoto del *tabú* de la rima. Esto, casi no tendría nada de particular, siempre que el autor de «Antología Poética» hubiese sido propietario de un lenguaje diferenciado, de un temperamento definido y dentro de la extensión del verso hubiese colocado densidad de poesía. Es sabido, por ejemplo, que Paul Valery no ha abandonado la utilización de la rima en su obra y es fiel a la vestidura clásica de la poesía; no obstante la suya tiene los caracteres de lo fundamental y completo.

No es que nosotros pretendamos que el señor Ismael Enrique Arciniegas o todos los que aun no se evaden de la escolástica de la retórica alcancen la estatura de un Valery; pero si, nos parece necesario exigir ciertas condiciones de novedad en la estructura misma de la poesía, para justificar la fidelidad a procedimientos ya un tanto fatigados y que son difíciles de reanimar cuando no se reúnen la fuerza y la salud requeridas.

Pero el señor Arciniegas no es sólo leal a la rima sino que también le dedica largos versos en su defensa:

¿Decía que la rima ha muerto, y que es ruido  
De compás monótono, muy fuerte al oído  
Y que rotos ritmos son música interna  
Para los arcanos del alma moderna?

¿Música? Mas cuando lo que no es eufónico  
por suerte ha dejado de ser inarmónico?

En esta misma composición que titula «La Rima» dice que la

Poesía es Arte, del Arte la cima,  
Y la estrofa es alma, y es ritmo y es rima,  
Verdad que las reglas son difícil aula,  
Mas falta no hace que entréis a la jaula.  
Y de Arte de numen al soplo y al toque  
Tan sólo ha surgido la estatua de bloque.



Después de leer los versos recién transcritos estamos por creer que la rima se divorció para siempre de la poesía, por lo menos, cuando esta intentó realizarla el señor Arciniegas, porque, si hemos de ser justos, en los versos del autor de «Antología Poética» es imposible hallar una estrofa, un verso siquiera, que sobrepase la mediocridad rimada. Son abundantes de ripios, flojos, sin intensidad expresiva, ni emotiva; ausentes de novedad temática; ricos en rimas vulgarísimas, defecto por lo demás, inherente en la obra de todos los que abusan de ellas. Rima, por ejemplo el señor Arciniegas, ojos con rojos, ojos con hinojos, alma con calma, bellas con estrellas, leve con llueve, colores con flores, brisa con sonrisa, etc., etc.

En realidad, el libro último del señor Arciniegas, da la impresión de haber sido escrito a fines del siglo pasado entre cuyos poetas podría ubicarse al autor de la obra que comentamos y no, precisamente, ocupando los primeros lugares, pues por muy benevolentes que seamos al juzgarlo nos sería difícil reconocerle méritos que, en verdad, no posee. El lector puede juzgar por sí mismo leyendo la composición titulada «El Joyero» y que reproducimos:

Amo las palabras sonoras:  
Quiero de ellas hacer collares  
O sortijas deslumbradoras.

No me cuido de pesares  
O dolores, para con ellos  
Adornar rimas o cantares.

Quisiera en fino metal sellos  
Acuñar, o esculpir perfiles,  
O de mujeres rostros bellos.

¡Si los ritmos fueran buriles  
En la brillantez de oro y plata  
O en la palidez de marfiles!

Sílabas con música grata,  
Palabras suaves, armoniosas  
Con cadencia de serenata.

Os busco, cual gemas preciosas  
En el socavón, el minero  
Busca por vetas tortuosas.



Y las escojo con esmero .  
Luego las manos hundo en ellas  
Como en las gemas el joyero:

Y absorto miro las más bellas:  
Unas fingen perlas, corales,  
Otras diamantes cual estrellas. . .

Amo las voces musicales,  
La melodía leve y clara.  
Y así como la rima rara  
La cadencia de los finales.

Si hemos escogido el «Joyero» para reproducirlo es porque es una de las composiciones que mejor demuestra la modalidad literaria del señor Arciniegas y la vacuidad de su último volumen, que está lleno de versos por el mismo estilo. A algunos, es verdad, logra infundirles cierto suave romanticismo, poco propio de estos años, pero con el que alcanza a conquistar una pequeña simpatía en el lector.

Ahora, suponemos, ya es más fácil notar que no somos exagerados en la apreciación anti-elogiosa de la «Antología Poética», pues mientras los verdaderos poetas buscan ansiosamente los cauces diferenciados para vaciar la sensibilidad creadora, equivocándose a menudo, acertando a veces, pero siempre en pos de lo inédito y lo nuevo, el señor Arciniegas se conforma placidamente con ser fiel a los «cánones establecidos» y como consecuencia, fiel al espíritu que ha animado siempre a los seguidores de las normas consagradas.

Tal vez no sea inoficioso manifestar que desconocemos toda obra anterior del señor Arciniegas. No sabemos si es mejor o peor que la «Antología Poética»; pero, si la juzgáramos por ésta, el juicio no podría diferir al presente. Sin embargo, y aunque quisiéramos creer que la labor precedente del señor Arciniegas es de más importancia, nos sería imposible porque quien ha escrito «Antología Poética» no ha podido escribir nunca algo denso, interesante. Si así fuera habría entonces, por lo menos, algún indicio en el volumen recién comentado. Pero, no hay nada.—A. T.



CARAVANA PARDA, por *María Isabel Peralta*.

Es un profundo caudal de angustia—caudal largamente sostenido, con manos cariñosas,—lo que orienta hacia su latitud de poesía este libro (1) de María Isabel Peralta, poetisa muerta en 1926, cuando mucho podía esperarse de su emoción artística.

A los veinte años, fueron los vientos del dolor los que empujaron el ritmo de sus versos y sirvieron de justo trampolín para ese salto maravilloso hasta el territorio sin espacio que habitan los poetas.

Todo lo triste que había en ella y lo que rodeaba su existencia florecida en soledad, pegándosele a la piel del corazón, está acumulado en este libro póstumo; su propia vida aniquilada por la enfermedad, la tristeza infinita que oscurece las tardes del mundo o la quietud de los cerros que como guardias nocturnos suman su silencio en torno al sueño de las gentes de su valle del Norte...

Este material teñido de amargura sirve como de base a su obra lírica y la recorre extensamente y permanece con la insistencia un poco desesperada de la música de Chopin.

Y aquí es preciso señalar algo que diferencia su acento de la producción casi uniforme de nuestras poetisas, sobre todo de las más jóvenes. En pleno comienzo de su vida,—aun cuando su juventud fué como una flor dormida en su perfume—María Isabel no repite el eterno motivo amoroso ni desborda su inquietud en versos de arraigo sexual, y cuando lo hace, es sólo en forma transitoria, de accidente. Pero en cambio, con voz blanca de suavidad, dice:

Junto a la humilde cruz de mi sepulcro,  
siembra rosas, hermano,  
que ellas perfumen su rincón obscuro...  
¡ya todas sus espinas me clavaron!

Este aspecto interesa a los que desesperábamos del idioma, por desgracia demasiado habitual en la poesía femenina con

---

(1) Ediciones Letras.—Santiago de Chile.—1933.



su palabra clave el grito de la sangre ardiendo. Ya del otro lado de la cordillera se alzaba el llamado potente de un escritor: «Poetisas de hispanoamérica: ¿es qué el mundo se encierra para vosotros en vuestro cuerpo como en una urna votiva, sin que las emanaciones de aquel lleguen a conmoveros, logren conseguir otras resonancias que las de vuestra médula?»

No es que ingenuamente se pretenda dictaminar sobre los motivos en poesía. Por fortuna, este viejo pleito, está ya definitivamente resuelto. No hay temas poéticos o antipoéticos. La poesía es algo que corre muy por encima del asunto mismo y vive su vida independientemente de él. Pero esto no obsta a que sea censurable al menos, ese exclusivismo, esa voz monocorde, única, de la labor artística. El poeta viene a la tierra con una «misión de humanidad», como decía Alberto Gerschunof, y debe tener por tanto, el corazón bien dispuesto a toda clase de solicitudes.

Ahora bien, el dolor que exprimen los versos de María Isabel Peralta como su más pura calidad, es una simple queja inédita que circunda su libro como un agua subterránea. En el poema «La barca» dice por ejemplo:

La barca, la barca negra...  
De plomo el mar.  
Los forzados sollozan:  
¡Esta condena  
no ha de acabar!

La barca, la barca negra...  
De ágata el mar  
Los forzados aúllan:  
crujen los remos,  
solloza el mar...

La barca, la barca negra...  
De ébano el mar.  
Los mástiles rechinan...  
¡La barca negra  
se va a acabar!

La barca, la barca negra...  
Se hunde en el mar;  
los galeotes cantan  
rompen amarras...  
¡Bendito el mar!



La barca negra, la barca  
no está en el mar  
ni están los galeotes  
ni las cadenas . . .  
¡Bendito el mar!

Es bello este romance de intensidad dramática que parece que fuera a culminar en un grito desesperado, . . . que sin embargo no viene.

Ajena por completo a las nuevas modalidades del arte y a sus tendencias más elementales, sus poemas exhiben hoy su condición de gastadas acuarelas, pero firmes en su altura de belleza. Y limpios de complicaciones y de alardes retóricos, aparecen rubricados con toda la simplicidad originaria de los sentimientos que los inspiraron. Con seguridad, María Isabel, en esa «romería hacia la tristeza», que al decir de Angel Cruchaga es el camino de la poesía, escribió sus versos casi improvisadamente como obedeciendo a una verdadera necesidad orgánica de salir de su realidad, de romper el marco obligado de lo cotidiano y su contorno opresor.

Pero es precisamente aquí donde cabe hablar de los defectos de «Caravana Parda». Algunas de sus composiciones no han alcanzado su plena madurez artística, antes de ser lanzadas al comercio del lenguaje. Hay otras, que tal vez por esta misma circunstancia, tienen un vuelo lírico muy medíocre: a ratos, sus imágenes se arrastran, pesadas por el lastre de su vulgaridad. Poemas como «Organillo», no debieron figurar en el libro.

Bien nos advierte Miguel Munizaga,—el descubridor de esta poetisa desaparecida—que ella alcanzó escasa cultura literaria. Esto y su juventud, sirven para justificar por lo menos en parte, los defectos de esta su primera y única obra.

En todo caso, su muerte es una pérdida sensible en nuestras letras tan desprovistas de voces amplias y cordiales como la que informó la sólida estructura poética de «Caravana Parda». Y, aun cuando nos consideremos extranjeros de su plano estético, es forzoso reconocer que con María Isabel Peralta,—usando las palabras de Gabriela Mistral en su hermoso prólogo—nuestra literatura ha perdido una «sensibilidad verdadera que iba camino de la palabra definitiva».—*Jorge Herrera Silva.*



## NOVELA

PETRÓLEO Y SANGRE, EN ORIENTE, por *Essad Bey*.—Edit. Letras.

Essad Bey es un narrador delicioso. Posee el don de la amenidad a lo que se une el encanto de poner al lector en contacto con tipos y panoramas exóticos, y, al cual en cada página, va sorprendiendo con episodios y costumbres llenas de novedad y atracción, que para las gentes de Occidente estaban completamente ignoradas. Ya le conocíamos por su dramática biografía de Stalin, el sombrío dictador proletario de Rusia, a quien el autor tuvo oportunidad de conocer de cerca.

Ahora en estas páginas, Essad Bey, nos cuenta su propia vida, que por cierto tiene tanto interés como la más apasionante novela. Su mismo nacimiento, es el resultado de la atracción súbita y singular que uno de los magnates del petróleo, siente por una bella bolchevista rusa a quien ve por primera vez, asomada en una de las ventanas del presidio de Bakú. Ella fascina con su mirada al poderoso señor, quien, con la omnipotencia que le da su fortuna fabulosa, a la cual se une el poderío de una inmensa legión de bandidos y aventureros que tiene bajo sus órdenes y le obedecen ciegamente, logra sacar de la prisión a la joven, ante la estupefacción del director del establecimiento que le pregunta:

—¿Para qué demonio quiere Ud. a una revolucionaria que ha delinquido contra el Estado?

—Para hacerla mi esposa—contesta tranquilamente el magnate.

La ha visto hace apenas unos cuantos minutos, pero eso no importa. Es el Oriente extraño y fantástico en todas sus manifestaciones el que se muestra en este incidente. Así la bella joven, sin más trámite ni ceremonia, pasa a formar parte del harem del potentado. El escritor Essad Bey nace de esta unión tan curiosa como original.

Los dueños del petróleo hacen una vida opulenta y caprichosa en Bakú, que es el centro de todas las transacciones comerciales del oro líquido que surge rebotante de los pozos próxi-



mos a la ciudad. Se hacen construir los palacios y residencias más extravagantes por los arquitectos, que con su oro, traen de Occidente. A veces cuando el edificio está concluído, no les gusta. Pero eso no importa. Lo regalan con la indiferencia del que tira una moneda a un mendigo, o sencillamente lo destruyen para rehacerlo conforme a la nueva ocurrencia que les ha venido a la mente. Entre la ciudad y los pozos petrolíferos, hay un extenso desierto arenoso, el cual se puebla muy pronto de una amalgama de hombres de la más ínfima condición. Bandidos, comerciantes, barberos, vagabundos, leprosos y toda clase de hombres, algunos imposibles de clasificar. Allí en aquel medio miserable se imprimía un periódico, al cual según dice el autor, estaba mejor informado que los de la ciudad, de la situación de la industria petrolera del territorio del Aiserbeidjan, en el Cáucaso, que es donde se encuentra Bakú. Todos los vagabundos que iban a rematar allí, eran sus corresponsales, y así el «Obrero de Bakú» que este era el nombre del periódico, daba las mejores informaciones políticas de Rusia, Persia y Georgía. El redactor era un georgiano que en su juventud cursó la carrera eclesiástica, y su nombre Joseph Dughasvili, o sea Stalin (hombre de acero como le llaman sus partidarios).

Pero aquella existencia de cuento de las mil y una noche, en que viven los ricos petroleros, sufre de pronto una conmoción violenta. La guerra europea lleva también sus conflictos al Oriente. Bakú sufre la ocupación inglesa, turca y alemana sucesivamente. Y entonces los odios raciales se desencadenan como una tempestad formidable. En una ocasión los armenios pasan a sangre y fuego a las turbas mahometanas. Los ricos se guarecen en los subterráneos de sus palacios, desde donde oyen el siniestro alarido de las turbas enloquecidas. La sangre corre por las calles de Bakú casi en tanta abundancia como el petróleo por las cañerías que lo llevan a sus depósitos; y los cadáveres forman montones. Sobreviene un período de calma. Y después le toca a los mahometanos. Las tropas turcas salen por tres días a las afueras de la ciudad y entonces son los armenios los que sufren el degüello y la furia de la venganza. Es tan espantosa que son miles las personas que prefieren arrojarse a las



aguas del mar Caspio en donde perecen antes de entregarse a la crueldad diabólica del enemigo. Según el autor son cerca de 60,000 los armenios que mueren, en esa ocasión.

Entretanto, la revolución bolchevique arroja a los magnates del petróleo de sus fastuosas viviendas. Y Essad Bey, con su padre, se ven obligados a partir a través de las más extrañas regiones, a veces expuestos a los peligros más inesperados, de los cuales se sale siempre bien en Oriente, cuando se lleva bastante dinero, y buenas armas y servidores fieles con que defenderlo. En el Turquestán, se ven, además, expuestos a una terrible enfermedad, el tindinka, que es una afección de origen desconocido. y contra la cual nada puede la ciencia de occidente. Consiste en una manchita roja que aparece en el rostro, a la cual siguen otras y otras, hasta convertir la cara en una horrible máscara roja. Ataca principalmente al europeo y si le llega a la vista queda ciego irremisiblemente. Sólo el «hakim», especie de médico del desierto, conoce una salvia contra este mal. Los hakims saben los más estupendos secretos para curar enfermedades. También practican habilidades tan prodigiosas como las de cambiar el color de los ojos. Según la moda, en el Turquestán, todas las mujeres deben tener las pupilas negras, lo contrario, es una especie de maldición de Alah. Los curanderos, mediante una pomada que ellos hacen cociendo muchas yerbas misteriosas, logran hacer este milagro, de cambiar en negras unas pupilas claras.

El libro de Essad Bey, es una cinta cinematográfica, en la que vamos viendo panoramas de maravilla y costumbres exóticas a través del Turquestán y Persia. Un capítulo donde habla de Samarcanda nos da la impresión de existir aún el Oriente de la leyenda, donde en cualquier momento es posible encontrarse con Aladino.—*Luis Durand.*

FLOR LUMAO, novela de *Lautaro Yankas*.—Edit. Cultura.

En esta novela, Lautaro Yankas, enfoca el problema del colono, nuevo dueño de las tierras del sur, frente al indio, antiguo



poseedor de ellas, a quien el alcohol, los tinterillos y la audacia de los advenedizos ya sean chilenos o extranjeros que llegan hasta allí, han ido estrechando hasta dejarlos reducido a su ruca y a unos cuantos terrenos, que por un resto de decencia no le pudieron quitar. Yankas es un escritor de temperamento vigoroso, y original. Conoce bien el campo chileno y a más de interesarle, manifiesta sentir afecto por él y sus habitantes.

A través de su novela, conocemos la situación de los últimos hombres de la raza aborígen, quienes siguen siendo víctimas de la codicia de los colonos que ahora pueblan las tierras de sus antepasados, y que todavía no están contentos con lo que tienen. Pero el indio, reacciona lentamente de su modorra ancestral. Para él no hay diferencia entre chileno o extranjero. Todos son «huincas» ladrones y atropelladores que constituyen una amenaza permanente para sus bienes y sus vidas. Se advierte en todos ellos la desconfianza que existe de su parte, hacia los que ahora son los amos. Un encono sordo los divide. Y al hombre que nació y no vió otra cosa que la maraña susurrante de la selva, no le queda otra cosa que refugiarse en su tristeza que trata de aminorar bebiendo siempre. Sus reclamos son inútiles, la razón la tiene siempre el huinca que los desprecia y los molesta cada vez que puede, ya sea si los encuentra dentro de su predio, a donde se han metido para acortar camino, o cuando se pierde alguna bestia de la hacienda.

Esto, según la novela de Yankas, que como decimos conoce de cerca el problema y lo ha estudiado con interés. Pero, quien sabe si en el momento actual, el cuadro resulta un poquito recargado de crueldad de parte del colono, a quien mal que mal la justicia ha ido reduciendo poco a poco, y detenido en su desmedida avaricia. Creemos que ha pasado la época funesta de «matar y tapar con ramas» como se hacía hasta los comienzos de este siglo, en que cada hacendado era un especie de señor feudal, pues la raza haciendo uso de sus últimas reservas vitales bien encauzadas por la influencia dignificadora de los misioneros de la Araucanía, ha producido algunos hombres de esfuerzo y evidente valor intelectual, que han conseguido llegar hasta el Con-



greso a hacer oír la voz de su raza atropellada injustificadamente.

Esto en ningún caso resta méritos a la novela de Yankas que es un documento vivo y palpitante de una época triste que afortunadamente ya, si no ha pasado del todo, se ha mejorado mucho. Quien esto escribe ha visto en su niñez, algo de lo que el autor cuenta en «Flor Lumao». Por ese tiempo Traiguén, era un poblachón en cuyas calles el sesenta por ciento de las gentes que se veían eran mapuches. Ellos tenían sus reducciones muy próximas al pueblo y venían a éste a vender sus productos: ají, cebollas, tortas de culli, tejidos, aves y corderos. Pero todo el dinero quedaba en las cantinas del pueblo. El indio después de una semana de borrachera volvía a su ruca más infeliz de lo que había venido. Así llegaba el invierno y lo encontraba hambriento y casi desnudo. Entonces el agenciero, le compraba a cambio de unas cuantas monedas, cántaros de vino o varas de tocuyo, muchas cuadras de tierra.

Yankas ha novelado esta época. Su libro tiene y tendrá evidentemente, a más del literario, un valor documental. Su novela nos presenta el caso de cómo un hacendado, Marcos Strobel, de origen alemán, atropella, mata y roba sus tierras a los indios vecinos, sin más trabajo que correr los alambres de sus deslindes. También siente amor, o más bien deseos por una indiecita hermosa, Flor Lumao. Es el amo, duro y cruel señor, y todas las dificultades desaparecen ante el logro de sus deseos.

El autor nos ofrece además, en su libro la pintura de tipos muy bien observados, como ese Segundo el administrador, que no trepida ante nada, en el servicio del patrón. El fatalismo, resignado en apariencias, del indio, está admirablemente captado en estas páginas, con su dolor, oscuro, silencioso.

El relato es a la vez que recio, vivo e interesante. Coge al lector que se siente trasladado a esas tierras. En cada página quien ha vivido allí encuentra algún aspecto de la vida campesina, que hace surgir en su mente muchos recuerdos que ya creía adormecidos para siempre. Yankas no es idílico, por el contrario, hay en él una fuerte inclinación a lo trágico, y su temperamento afronta audaz y sólido este aspecto de su creación litera-



ria. Al paisaje como hombre enamorado de su tierra, le da la importancia que merece. En su novela «Flor Lumao» hay descripciones bellísimas de la selva austral, de sus ríos, de sus sembraderas inmensas. Todo envuelto en un hálito oloroso, a trigos maduros, a bosques recién verdecidos, saturado de ese encanto inolvidable de las tierras del Sur. Ese hermoso libro de Yankas, nos da la idea de lo que será capaz de alcanzar su mente creadora, en los libros que nos anuncia, que estamos seguros conseguirá realizar espléndidamente.—*Luis Durand.*



## GLOSARIO

**E**N la ciudad de Logroño, en España se ha celebrado el homenaje nacional al gran poeta Gonzalo de Berceo, «padre de la poesía y del idioma de Castilla» según expresan los periódicos peninsulares que dan cuenta de esta fiesta.

Entre todos los poetas del pasado—dijo Benjamín Jarnes—que fué uno de los que hablaron del inolvidable juglar de Santo Domingo, Gonzalo de Berceo, no sólo cronológicamente, sino también por el sentido del arte, debe ser colocado en el primer peldaño en la escala de nuestras veneraciones y entusiasmos.

Añadió luego el autor de «Rúbricas», que otros escritores como Góngora, hablarán sutilmente a nuestra inteligencia; pocos lo harán a nuestro corazón con tanta eficacia como Gonzalo de Berceo. Está más lejos que nadie históricamente; en el orden objetivo está siempre muy cerca de nosotros. Y entiendo por «nosotros» esos hombres sencillos, que aun quedan en el Mundo, capaces de vibrar al compás de un verso».

Berceo es el hombre humilde que no busca en su arte otros aplausos que los aplausos del pueblo. «Berceo—nos dice Ramón Menéndez Pidal—siente humildemente de sí, pues aunque clérigo, confiesa que no es bastante letrado para escribir la lengua de los doctos; sólo sabe algo de latín para entenderlo, y quiere entonces servir de intermediario entre la ciencia de los clérigos y la ignorancia del vulgo, informando a éste final y escrupulosamente de lo que halla en el latín de las vidas de santos, en los tratados piadosos y en los diplomas archivados en los monasterios, sin que al poeta se le ocurra casi nunca hacer alarde de invención personal. El público para quien Berceo escribe es, pues, el mismo para quien cantan los juglares; al público desigual de los iletrados quiere servir el clérigo piadosamente, hablándole en el romance claro y llano, «en el cual suele el pueblo hablar a su vecino»:



«Quiero fer la pasión de señor sant Leurent en romanz, que la pueda saber toda la gent.»

Se trata, pues, de una poesía escrita para el pueblo (pueblo en sentido amplio); por tanto, una poesía popular que, aunque procure ensayar novedad de tema y elevación de lenguaje, no se desvive tras lo extraño y rebuscado.»

Hasta aquí el maestro Menéndez Pidal ¿Para qué intentar ninguna nueva definición de nuestro clérigo después de la copiada? Por lo demás, aquí estoy hablando a convencidos. Y estas líneas no tenían más objeto que el hacer contar la ferviente adhesión mía y del Ateneo de Madrid a esta fiesta literaria y religiosa.

Religiosa—y subrayo—y en el más alto sentido, porque hay una religión libre de todo lazo confesional—la del espíritu—a la cual pertenecemos todos. Gonzalo de Berceo cantó a Nuestra Señora y a sus santos preferidos; esto no podía ser obstáculo para que los más ausentes de los tradicionales ritos se sintiesen ligados, religados, con el ilustre clérigo de San Millán. Ante todo, se trata de quien meció la cuna donde nuestro idioma niño comenzaba—rítmicamente—a pedir un puesto en la historia. Leer a Berceo es asistir a la encantadora lucha de un rapaz con su buena madre. Un nuevo modo de sentir se apunta en el Mundo, que está pidiendo su peculiar lenguaje; el sentir castellano, el sentir español. Un gran pueblo se anuncia y con él un gran idioma.

«Berceo—dijo otro de los que saludaron al poeta riojano, el Delegado del Gobierno, diputado Barriobero—estaba olvidado y era malquisto por la gente de pro, porque no había gustado a los católicos la forma con que Berceo cantó los milagros de la Virgen. A tal efecto, y en relación con esto, citó la cena de los pastores, que se describe en el «Quijote», haciendo ver con ello que la religión del arte es común a todos.

«Ha sido precisa la República, dice, para que se rompa una lanza en pro del vate riojano, y soy yo, como delegado del Gobierno, quien viene a honrar a un fraile, en comunión espiritual del arte.»

De este modo la República ha celebrado al poeta Gonzalo de Berceo, hermanando en una misma reverencia a los católicos y anticatólicos. Es una prueba de que en arte para juzgar los buenos ingenios no caben apreciaciones políticas.





**C**ontinúan llegando hasta nosotros los elogios por el N.º 100 de la Revista, esfuerzo valioso en homenaje a nuestra cultura. En «El Mercurio» de Valparaíso, del día 11 de octubre, encontramos las líneas siguientes:

«EL NÚMERO 100 DE ATENEA.—Con un interesante y valioso material de lectura ha aparecido el N.º 100 de la revista mensual de la Universidad de Concepción, ATENEA.

No puede existir satisfacción mayor para la cultura de un país, que ver llegar una revista de ciencias, letras y artes a su número 100, después de haber realizado una labor cultural que resume todo el desarrollo intelectual de un pueblo durante diez años de existencia.

Y esta satisfacción, que habla muy en alto de sus colaboradores y de su orientación ideológica, constituye un timbre de orgullo para una nación que en muy raras ocasiones se siente inclinada a favorecer las manifestaciones más puras del espíritu.

En sus páginas hemos encontrado siempre los estudios más interesantes y acabados sobre los problemas que apasionan a la opinión ilustrada de la República, y los ensayos más valiosos sobre las orientaciones políticas, económicas e intelectuales del continente americano.

Sus plumas, de reconocido prestigio, constituyen la garantía moral más segura de que su vida próspera, activa, independiente y abierta a todas las ideas y a todas las inquietudes del pensamiento moderno, seguirá su camino ascensional acompañada del respeto de todos y de la justa estimación de que goza hoy día en todos los círculos intelectuales de Chile y de otros países de América.»



## LIBROS RECIBIDOS

JOSEPH BIEDER.—*El Romance de Tristán e Isolda*.—Biblioteca Letras. N.º 32.

HERMANN KESSER.—*Sinfonía en la Pensión*.—Biblioteca Letras. N.º 33.

OLIVEIRA RIBEIRO NETO.—*Vida*.

PAUL RIVAL.—*La Vida de César Borgia*.—Biblioteca Letras.

# RASSEGNA ITALIANA

POLITICA · LETTERARIA · ARTISTICA · MENSILE

Fondata e diretta da Tomasso Sillani

ABBONAMENTO } Italia e Colonie: L. 50. Per militari e scuole L. 40  
ANNUO } Estero (con spedizione raccomandata) ..... L. 90  
          } Tunisia, Corsica, Malta, Dalmazia, Canton Ticino L. 80

Volume speciale: **Lo Stato Mussoliniano e le realizzazioni del Fascismo nella Nazione**

(Pubblicato nel Maggio 1930)


Volume de 500 pagine, con illustrazioni e grafici nel testo e una tavola con S. M. il Re e il Duce—Italia e Colonie L. 30; Estero L. 40.—Agli abbonati della Rassegna Italiana L. 20.—Per la spedizione del volume aggiungere L. 2 per l'Italia, e L. 5 per l'Estero. Yndirizzare richieste e vaglia alla

RASSEGNA ITALIANA, Piazza Mignanelli, 25 - ROMA









---


Se ruega a los escritores nacionales  
e iberoamericanos enviar sus obras  
a esta Revista, en cuyas páginas da-  
remos cuenta en notas bibliográfi-  
cas y críticas

**Dirección para estos envíos:**

**EDIFICIO LA MUTUAL DE LA ARMADA**

**Y EJERCITO. 4.º Piso - Oficina 22.**

**SANTIAGO DE CHILE**







DISTRIBUIDORES

Libreria **SALVAT**  
Barcelona-Santiago

















MCD 2018